La Guerra del Yom Kippur

A.J. Barker

enfrentamiento arabe-israeli 1973

San Martin Historia del Siglo de la Violencia



campañas libro n.º 8



El autor
coronel A. J. Barker

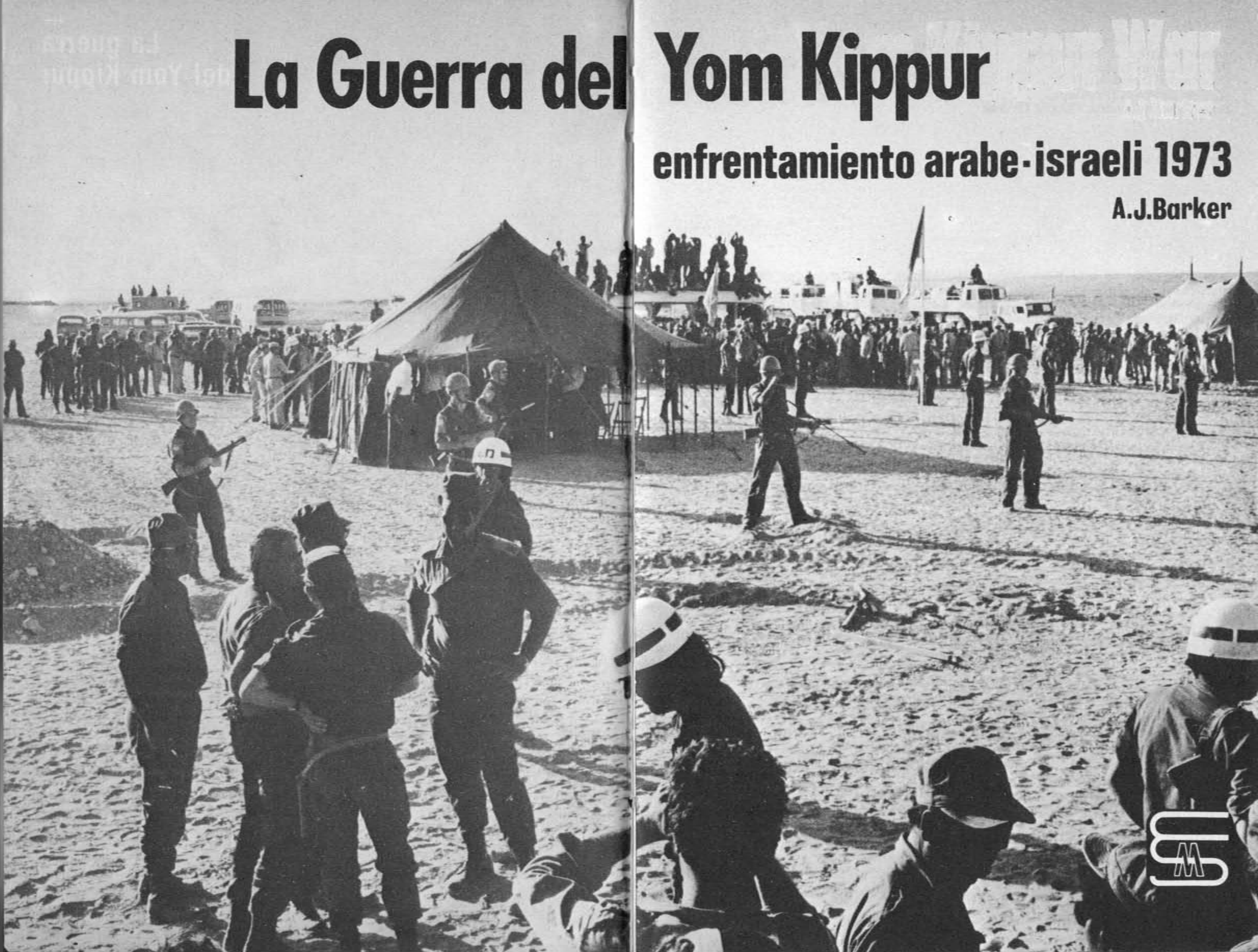
Graduado en la Academia de Estado Mayor de Quetta, India y en la Real Academia Militar de Ciencias de Shriveham, el coronel Barker ha intervenido en las campañas de Somalia, Etiopía, Birmania, Oriente Medio y Malaya. En 1958 trabajó para el Departamento de Energía Atómica del Reino Unido.

La guerra del Yom Kippur

La Guerra del Yom Kippur

enfrentamiento arabe-israeli 1973

A.J.Barker



Director Editorial: Barrie Pitt
Editor: David Mason
Dibujante: David Allen
Mapas: Graham Bingham
Investigación gráfica: Carina Dvorak



Las fotografías de este libro fueron especialmente seleccionadas de los archivos siguientes: de izquierda a derecha página 2-3 Israel Sun, Tel-Aviv; 8-9 Associated Press, London; 10-11 Topix, London; 12-13 A.P.: 12-13 Topix; 14-19 Israel Sun; 20 Egyptian Embassy, London; 20-24 Israel Sun; 26 A.P.; 12-13 Topix; 14-19 Israel Sun; 20 Egyptian Embassy, London; 20-24 Israel Sun; 26 A.P.; 28 Israelis Defence Force; 29-31 A.P.; 32-35 I.D.F.; 34-35 Keystone, London; 36-37 Israel Sun; 38 A.P.; 39-45 Israel Sun; 46-47 A.P.; 48-49 I.D.F.; 50-51 Israel Sun; 52-55 A.P.; 56-57 Joe Arad; 58 A.P.; 60-61 Camera Press, London; 62-63 I.D.F.; 64-65 Israel Sun; 66 Camera; 67 I.D.F.; 68-70 Israel Sun; 72-73 I.D.F.; 72-80 A.P.; 81 I.D.F.; 82-85 A.P.; 88-89 Israel Sun; 90-94 Camera; 95-97 A.P.; 98-99 Camera; 100-103 Egyptian Embassy; 104 I.D.F.; 104-108 Egyptian Embassy; 109 A.P.; 110 Israel Sun; 112 A.P.; 114-117 A.P.; 118 Israel Sun; 119 Egyptian Embassy; 124-125 Israel Sun; 126-127 I.D.F.; 128 Egyptian Embassy; 129-133 Israel Sun; 132-133 I.D.F.; 134-143 Israel Sun; 144-145 Camera; 146 A.P.; 148-149 Camera; 150-151 Egyptian Embassy; 152-153 Israel Sun, 154-155 A.P.; 156 Israel Sun; 157 Egyptian Embassy; 158 Camera.

Traductor: Lázaro Minué

Primera Edición Publicada en Estados Unidos por Ballantine

LIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6
MADRID-14

Impreso en España - Printed in Spain
Por Gráficas LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID-18
Depósito Legal: M-23.766 - 1975
I. S. B. N.: 84-7140-109-6

¿Una esperanza de paz?

Introducción por Barrie Pitt

Cuando se empezaba a imprimir el libro del coronel Barker sobre la Guerra de los Seis Días, de esta serie, estallaba la Guerra del Yom Kippur; al publicarse esta nueva obra suya llega la noticia, mucho más alentadora, de que los intentos del doctor Kissinger para separar las fuerzas en los Altos del Golan parecían tener éxito, y las fotografías de la firma del acuerdo de alto el fuego en Ginebra inundan las primeras páginas de los periódicos.

Cualquiera que sea la duración del acuerdo, por bien o mal fundadas que puedan ser las esperanzas del mundo de que se trata del primer paso hacia una paz permanente en el Oriente Medio, es justo que en este momento se deba rendir tributo de gratitud al secretario de Estado norteamericano por su incansable paciencia y determinación, todo lo cual debió de necesitar durante los treinta y dos días de continuos desplazamientos entre Jerusalén y Damasco que precedieron al momento del acuerdo. Lástima grande es que, en el curso de su desalentadora tarea, no contara con el apoyo de una figura comparable de la otra superpotencia, Rusia, cuyas responsabilidades por la duración y brutalidad de la Guerra del Yom Kippur fueron tan grandes como las de los Estados Unidos.

Pero aunque las superpotencias inundaran de material de guerra los arsenales de sus respectivos consumidores, resulta interesante darse cuenta de que ninguna de ellas fue responsable del estallido del conflicto, y que, más aún, ambas hicieron lo poco que pudieron para impedirlo. A pesar de su potencia, de su riqueza y de su influencia, Rusia y Norteamérica fueron incapaces de evitar que árabes y judíos riñeran esta reciente fase de su larga guerra, y, de hecho, se vieron forzadas a colaborar en ella. Uno se pregunta quién se sintió más sorprendida —la Unión Soviética, o los Estados Unidos— al descubrir que sus protegidos pensaban por cuenta propia.

Porque el ataque árabe a los puestos avanzados israelíes a lo largo del canal de Suez y en los Altos del Golan fue, claramente, un acto de guerra. Y, cualquiera que fuese el propósito que se declaró como justificación del ataque cuando se realizó por primera vez, no hay duda de que si los ejércitos árabes hubiesen alcanzado el mismo grado de éxito que el que coronó los esfuerzos de los israelíes en 1967, el Estado judío ya no existiría. Incluso si el presidente Anuar el Sadat hubiera refrenado a las tropas egipcias en el Negev, los sirios habrían arrojado a los israelíes al mar y tanto Rusia, como Norteamérica se habrían encontrado impotentes para impedirlo. ¿Dónde quedaría entonces la *détente?*

¿Qué detuvo a los ejércitos árabes? ¿Y por qué fue el resultado de la Guerra de los Seis Días un sombrío punto muerto mientras que la del Yom Kippur ha aportado, por lo menos en cuanto a Egipto, el reconocimiento de que Israel debe participar, junto con las primeras reuniones oficiales entre representantes de los mundos árabes e israelí?

La respuesta a la primera pregunta es, naturalmente la ayuda exterior y la capacidad combativa del soldado israelí, tan espectacularmente demostradas en 1967, y con menos espectacularidad, pero quizá con mayor realismo, en octubre de 1973.

Y acaso la contestación a la segunda pregunta está estrechamente relacionada con exactamente ese fenómeno de espectáculo. El luchador árabe forjó una vez un imperio que se extendía desde Córdoba a las puertas de Samarcanda; por desconocimiento que el *fellahin* pueda tener de su pasado histórico, la derrota de los ejércitos árabes en 1967 aseguraba que alguien, en algún lugar de sus filas, conspirara y planeara el restablecimiento de las primitivas fronteras.

Todo el mundo, y especialmente los soldados israelíes, ha rendido tributo a la recién hallada capacidad del combatiente árabe; su dominio de una tecnología bélica avanzada ha asombrado y atemorizado a sus enemigos. Que al final las fuerzas de Israel se hallaran en situación de estrangular al Tercer Ejército egipcio de su cabeza de puente en la orilla occidental del canal constituyó un triunfo de la experiencia y la iniciativa, y los árabes pueden ganar la una y desarrollar la otra con el tiempo.

Así, hay ahora nuevos sentimientos por todo el Oriente Medio; en un lado, el desprecio ha sido substituído por el respeto, y quizá en el otro se pueda haber mezclado el odio con esa admiración extraña que los buenos soldados propenden a experimentar en el campo de batalla por los adversarios que merecen la pena.

Para construir la paz, ellas deberían demostrar ser cualidades más sólidas que la amargura y la arrogancia.

Los años intermedios

Transportes blindados de personal pasan ante la tribuna durante la celebración del 25 aniversario de la independencia de Israel.

De la mañana a la noche, de cada en cada hora, los conductores de autobuses y taxis de Israel conectaban la radio para escuchar las noticias en hebreo. En una casa particular, el anfitrión pide disculpas para poder oir por lo menos el resumen; en las oficinas la gente no abandona sus aparatos de transistores. En 1974, Israel es como Gran Bretaña en 1944; la diferencia estriba en que los israelíes han estado en guerra, en mayor o menor grado, por espacio de veinticinco años, y todavía no vislumbran el fin.

Sin embargo, hasta el seis de octubre de 1973, en las conversaciones en Israel se aludía frecuentemente a «la Gerra» como algo pasado. Para los israelíes, «la Guerra» era la «Guerra de los Seis Días» de 1967. A ellos les habría gustado considerarla como la «guerra para poner término a la guerra» en el Oriente Medio, pese al hecho de que todas las apariencias señalalaban lo contrario. Se había infligido a los árabes una derrota militar; la «Línea Verde» de la frontera establecida en 1949 había dado paso a la «Línea Azul» del río Jordán y el canal de Suez; los judíos podían orar en el Muro de las Lamentaciones, y los barcos tenían libertad para navegar por el golfo de Suez. Por primera vez en veinte años, la seguridad de Israel parecía asegurada, y la propia guerra había promovido la confianza de los israelíes en su capacidad para sobrevivir. Mas la lucha no trajo la paz, y aquellos habitantes del país que pensaron en las setecientas nuevas tumbas, testigos silenciosos del



precio que habían pagado por la victoria, pronto se sintieron estremecidos al comprobar que la paz se hallaba más lejos que nunca. Los árabes aún no se hallaban preparados para admitir el derecho de Israél a existir; ni la guerra había hecho nada a fin de solucionar el tremendo problema de los refugiados. Un alto el fuego muy nominal se vulneraba repetidamente, y aunque nadie esperaba otro estallido de importancia, había un alerta inacabable, sin que estuvieran a la vista unas negociaciones de paz.

Además, arriba, en las fronteras de Siria y de Jordania, el «alerta» era una palabra muy suave para reflejar las condiciones allí existentes. Los establecimientos a lo largo del mar de Galilea que solían ser bombardeados a intervalos frecuentes por la artillería y los morteros sirios emplazados en los Altos del Golan, entre 1948 y 1967, ya no se hallaban al alcance de los cañones de Siria. Para los israelíes, por tanto, la idea de abandonar las citadas alturas, que dominan todo el valle del Jordán, resultaba totalmente irreal. En cualquier caso, los sirios, los más inestables políticamente de los vecinos de Israel, no mostraban indicios de buscar un acuerdo cualesquiera que fuesen los términos.

Mientras tanto, Kuneitra, el antiguo Aldershot sirio en la llanura situada detrás de los Altos del Golan, que había tenido treinta mil habitantes anteriormente, seguía siendo una ciudad fantasma. Sólo los drusos, la secta separada del Islam cuyos miembros en Israel aceptaban la plena ciudadanía —incluído el servicio militar obligatorio—, permanecían atrás; todos los demás paisanos árabes habían huído. Inmediatamente después de la Guerra de los Seis Días, tropas israelíes se instalaron en el viejo cuartel sirio de Kuneitra, y en los *bungalows* donde antaño se alojaban los oficiales se estableció un espartano *kibbutz* israelí. Pero los soldados salieron de Kuneitra en 1970, y los *kibbutz*-



Plegarias ante el Muro de las Lamentaciones tras ser conquistado a los jordanos en la Guerra de los Seis Días.

Soldados israelítas forman para pasar lista en su cuartel de Kuneitra, antiguo baluarte sirio.

nínsula y la orilla oriental del canal conferían a Israel beneficios concretos. Su frontera con Egipto quedaba acortada; los carros de combate enemigos tendrían que recorrer más kilómetros si se producía una invasión por sorpresa, y otros tantos minutos más transcurrirían antes de que los bombarderos enemigos pudieran atacar Jerusalén o Tel Aviv; los pozos de petróleo egipcios en el Sinaí constituían una gran ganancia adicional demasiado bien recibida. De manera clara, tanto esta región, como los Altos del Golan podían ejercer la misma función como zonas de expansión e inactivación de las situaciones de fuerza si se devolvían a Egipto, desmilitarizadas y bajo observación. Pero la aparente falta de disposición de los dirigentes árabes para negociar, y los dolorosos recuerdos de la retirada de la fuerza de pacificación de las Naciones Unidas de la franja de Gaza y el Sinaí en 1967, hacían las salvaguardas de esta naturaleza

niks evacuaron los *bungalows*, con lo que la ciudad quedó virtualmente desierta.

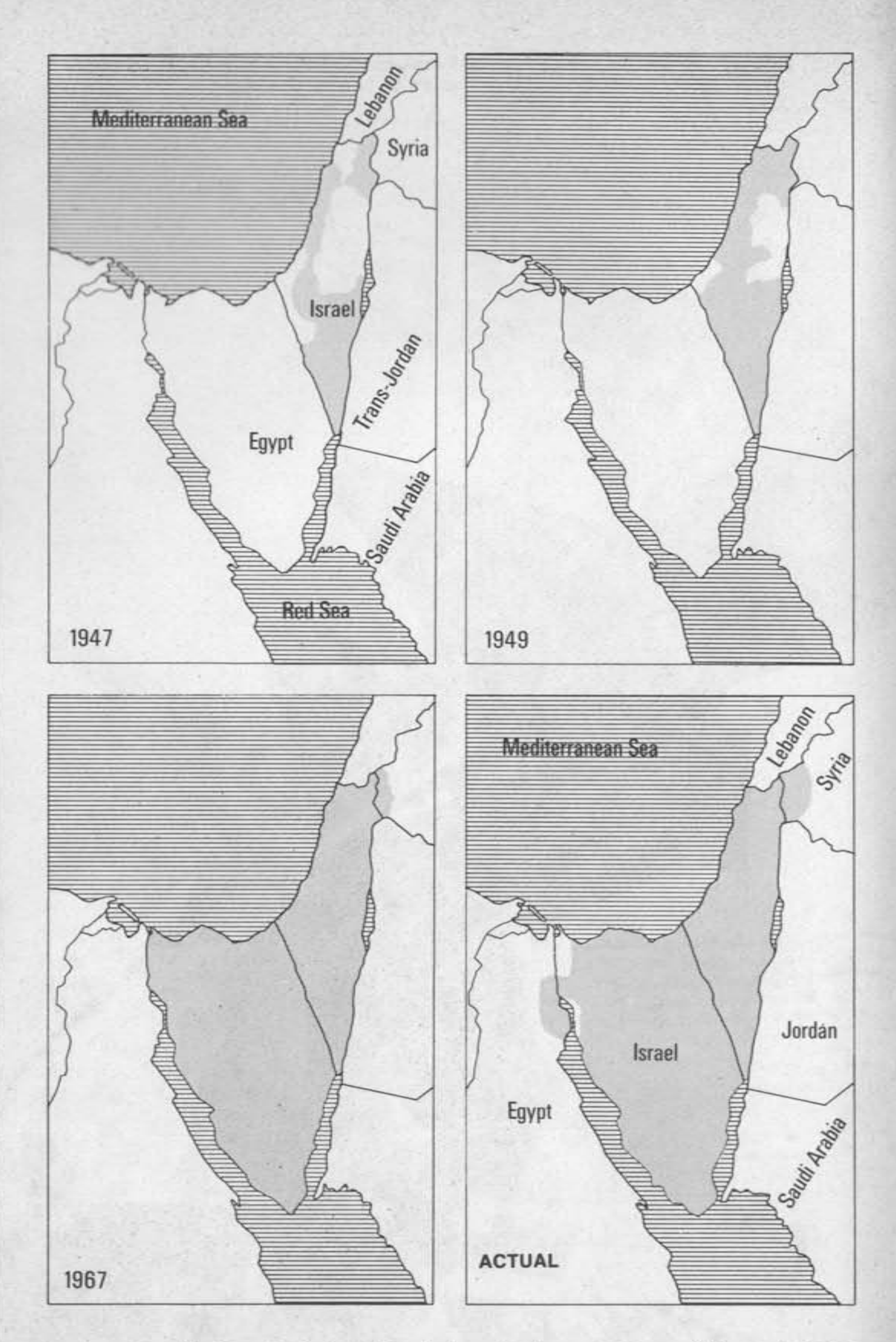
En Jordania, la ocupación de la parte occidental del reino de Hussein, con el río Jordán como frontera natural, llevó la paz a los *kibbutzim* situados a lo largo de la antigua divisoria. Y desde mediados de 1970, la frontera jordana había estado extremadamente pacífica. Una estrecha vigilancia en la nueva línea fronteriza, incursiones de represalia cuando estallaba la actividad guerrillera y la guerra civil en el reino hachemita durante 1970, todo ello contribuyó a frenar la «escalada» de la actividad guerrillera en la región. La población árabe del territorio ocupado tenía simpatía por la causa de los guerrileros palestinos. Pero dentro de las fronteras de Israel sólo se registraban incidentes terroristas aislados, y el problema de las guerrillas apenas existía en el propio Estado judío.

El Sinaí nunca fue un problema, porque la ocupación de esta desolada pe-

Arabes e israelítas en las calles de la Ciudad Santa.



Un proyectil antiáereo ruso SAM y su instalación de control por radar.



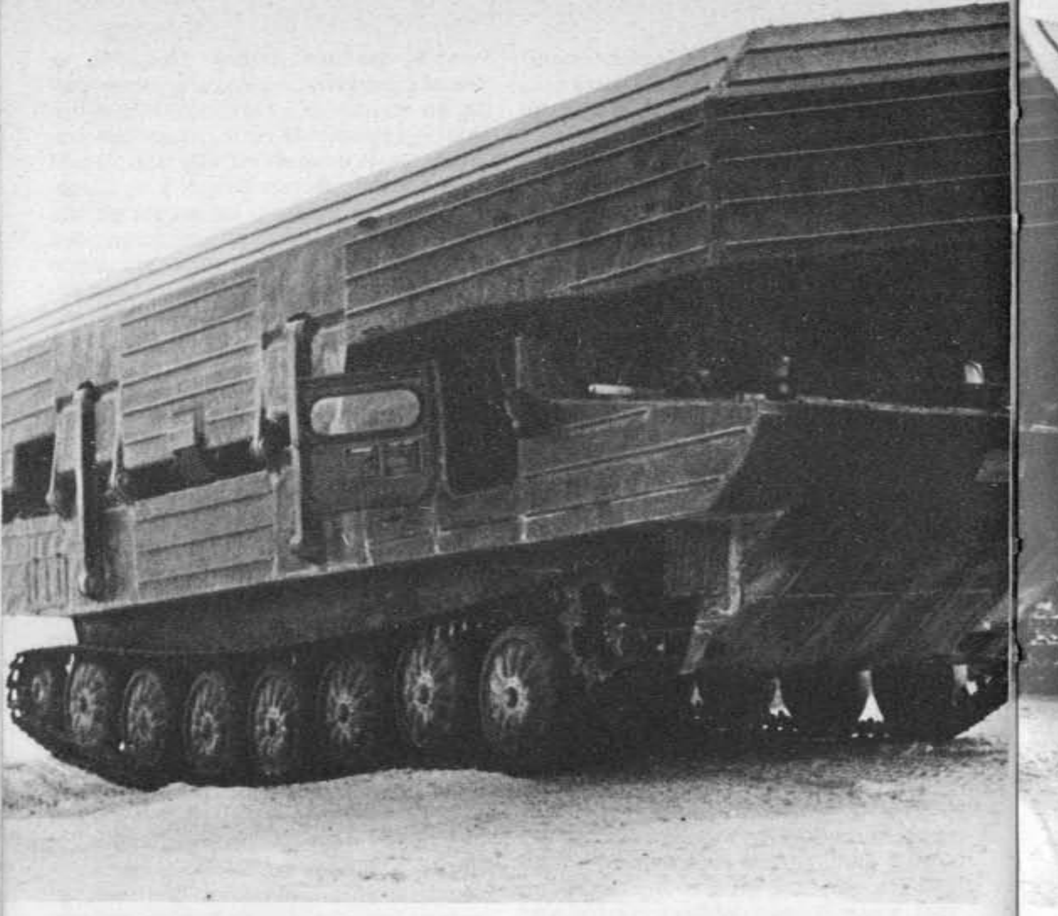
Fronteras cambiantes: el estado de Israel después de sus cuatro conflictos principales.

bien poco plausibles y, como consecuencia, muchos israelíes llegaron a la conclusión de que no se haría movimiento alguno para ceder cualquiera de los territorios que habían ocupado hasta que los árabes mostraran un cambio de actitud.

Debido a su significación emotiva, se consideraba a Jerusalén, como un asunto completamente diferente y separado, respecto al cual los israelíes pensaban que no podía haber discusión. Mientras el gabinete de Israel se disponía a debatir la conveniencia de anexarse audazmente cualquier partícula de territorio ocupado en la Guerra de los Seis Días —basándose en el entendimiento de que nunca estaría próxima una paz duradera con los estados árabes—, es estatuto de la Ciudad Santa nunca estuvo en duda. Podía ser posible permutar uno o dos lugares como Hebron —que tenían algún significado histórico para Israel— a cambio de un arreglo pacífico. Pero Jerusalén representaba mucho para Israel, y no aceptaban la devolución de ninguna parte de ella al Reino Hachemita de Jordania. Como la oportunidad de negociar un acuerdo de paz jamás parecía materializarse en modo alguno, no se hizo movimiento alguno para ceder cualquiera de las zonas dejadas en manos israelíes en 1967, y con el paso del tiempo éstos han consolidado su dominio sobre el Jerusalén Este.

Durante seis años, entre 1967 y 1973, continuó la situación estancada, con los israelíes aferrándose a la posesión de lo que habían usurpado en su rápida y dramática campaña, los árabes negándose a negociar y la actividad gerrillera aumentando incesantemente. Para el mundo occidental más allá del Oriente Medio, era una situación intolerable, pero en tanto las cosas no pasaran a mayores la preocupación real resultaba mínima. La única cosa consistía en que el péndulo de la simpatía oscilaba ahora hacia los árabes. Antes de la Guerra de los Seis Días, Israel podía ser considerado como un minúsculo país de dos millones y medio de habitantes, amenazado de exterminio por sus cien millones de vecinos árabes. Después, se transformó en una potencia imperialista, un enorme campamento de dos millones y medio de militaristas, amenazando con la ocupación o algo peor. David había cesado de ser David, y se sospechaban sus motivos. En su recién hallada confianza, los israelíes hacían poco para disipar la ilusión de arrogancia que su actitud creaba. Borrados sus recuerdos, o al menos obscurecidos, por su experiencia en la Guerra de los Seis Días, muchos olvidaron que los guerreros árabes antaño extendieron la fe musulmana a través de la mitad del mundo civilizado, y se desarrolló el mito de la invencibilidad israelí. Para el resto del mundo, Israel tenía la poco agradable faz de una nación en armas, derramando sangre, militarista en los resultados y en las intenciones.

Entre tanto, la Unión Soviética continuaba jugando el arriesgado papel en que se embarcó en 1955, cuando preparó el suministro de armas a la República Arabe Unida a cambio de la producción egipcia de algodón. La mayor preocupación rusa en el Oriente Medio ha sido la adquisición de bases: bases navales para su flota en el Mediterráneo, y bases aéreas estratégicas. Pero los soviéticos tienen también intereses políticos y económicos en el canal de Suez, el océano Indico y el golfo Pérsico, tan rico en petróleo. (La URSS no depende en sí del petróleo del Oriente Medio —aunque hay puntos de vista opuestos respecto a las futuras necesidades rusas de energía—, pero el hecho de que resulta vital para la Europa occidental y el Japón lo convierte en materia de gran interés para el Kremlin). Por tanto, persiguiendo tales fines, los rusos suministraron armas y ayuda en términos muy generosos a los países árabes de la zona, y, despueés de la Guerra de los Seis Días, Egipto, Siria y el Irak —todos los cuales habían perdido gran cantidad de material en el conflicto— fueron reequipados en escala masiva. A finales de 1968, se había proporcionado a la RAU una cantidad de armas modernas soviéticas por valor de quinientos millones de dólares, todo a crédito; y en el verano



Vehículos anfibios para tender pontones figuraban en los envíos rusos para reequipar al Ejército egipcio..

de 1973 Egipto contaba con 2.100 carros de combate nuevos, y los sirios con 1.700. La Fuerza Aérea egipcia había recibido también 650 cazas MiG y cazabombarderos Sukhoi-7, y Siria otros 350. Por último, para impedir una repetición de la desastrosa derrota de Egipto en el aire, los envíos soviéticos a Egipto incluían asimismo cierta cantidad de proyectiles antiaéreos SAM. A fin de situar estas cifras en su adecuada perspectiva, hay que tener en cuenta que una fuerza acorazada de 3.800 carros equivale a más de cuatro veces los efectivos totales británicos en blindados, y la cifra combinada de cazas y cazabombarderos de Egipto-Siria supera en más de cinco veces la totalidad de la cuantía de la aviación táctica de Gran Bretaña.

Inmediatamente después de la Guerra de los Seis Días, Egipto se hallaba indefenso. Su fuerza aérea había sido destruída; El Cairo estaba expuesto a un ataque, y si los israelíes hubieran decidido avanzar hacia el Oeste desde el canal, el Ejército egipcio no hubiese podido hacer nada para detenerlos. Sin embargo, en el plazo de un año, el panorama había cambiado dramáticamente. Se restablecieron las defensas de Egipto, su programa de rearme y reorganización marchaba bien e instructores rusos servían en cada formación militar por encima del nivel de batallón. Y, a medida que crecía la potencia militar egipcia, la actividad de patrullas, las incursiones de comandos y los intercambios de fuego artillero aumentaron a través de la línea del canal. Para 1969, los intensos y prolongados bombardeos de las posiciones israelíes en el Sinaí por parte de cañones egipcios emplazados en la orilla occidental del canal se habían convertido en características regular de lo que se iba a conocer como la Guerra de Desgaste. Los israelíes, muy sensibilizados por el número de bajas causadas por tales bombardeos, ejercían represalias mediante acciones de su aviación contra las defensas aéreas de Egipto al Oeste del canal. Su política consistía en mantener dicha zona abierta a los ataques desde el aire. Al hacerlo así confiaban en crear una situación en la que Israel podía contener a las fuerzas egipcias a lo largo del canal con tan pocas tropas como fuera posible en el terreno, ya que un alto nivel de movilización incapacitaría la economía israelí. Más de ocho mil toneladas de bombas fueron empleadas en esta campaña, y más de ciento cincuenta pilotos egipcios se contaron entre los derribados. Los interceptores MiG 21 C y D pilotados por egipcios no parecían ser enemigo para los israelíes. Además, los proyectiles rusos SAM-2 resultaban ineficaces, al parecer.

Era poco lo que los egipcios se hallaban en condiciones de hacer, excepto incrementar los duelos de artillería y las incursiones de comandos a través del canal. Hacerlo provocó nuevas represalias, y los israelíes ampliaron el alcance de sus operaciones más allá del frente de Suez. En dos ocasiones, en noviembre de 1968 y en abril del año siguiente,



los grupos especiales de Israel se desplazaron por medio de helicópteros a atacar puentes sobre el Nilo y centrales eléctricas en el Alto Egipto. Y, a finales de 1969, Suez y Port Tewfik se hallaban virtualmente arrasadas por el bombardeo israelí, e Israel había probado claramente su capacidad de atacar mucho más allá de las líneas egipcias sin oposición apreciable.

Alentados por sus éxitos, los israelíes enviaron los nuevos cazabombarderos F-4 Phantom, que recibieron de los Estados Unidos en septiembre de 1969, a realizar incursiones muy en el interior de Egipto. (El presidente norteamericano Lyndon B. Johnson autorizó el envío de Phantoms y de otras armas estadounidenses a Israel en octubre de 1968, justo antes de las elecciones presidenciales, cuando se conoció la escala del programa de rearme ruso. Al hacerse cargo de la más alta magistratura del país Richard M. Nixon, en enero de 1969, los aviones aún no habían sido enviados, y su entrega se retrasó hasta septiembre. Antes del estallido de la Guerra del Yom Kippur, los envíos de

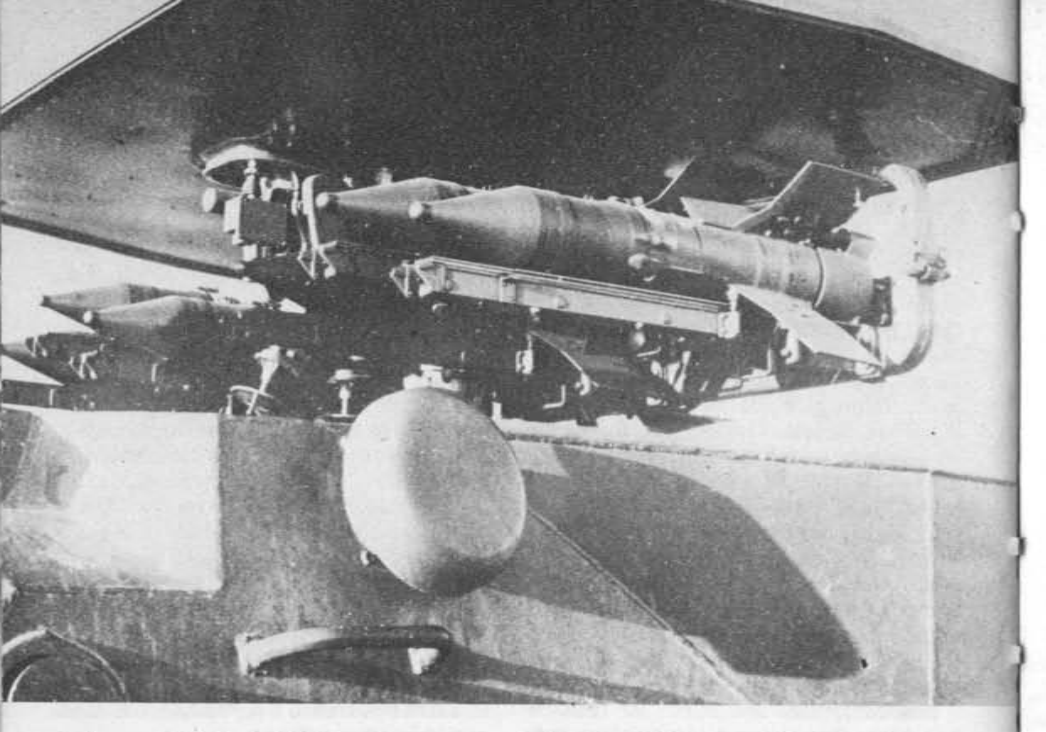
Bajas ocasionadas en el curso de un ataque de represalia israelí.

material de guerra norteamericano a Israel ascendieron a menos de la cuarta parte de lo que la Unión Soviética había proporcionado a Egipto y Siria únicamente. En total se enviaron 95 Phantoms y 160 A-4 Skyhawks; Israel obtuvo también unos 850 carros de combate de Gran Bretaña y de los Estados Unidos. Como los Phantoms eran aún más potentes que los Mirages utilizados con tanto éxito por los israelíes, el presidente de Egipto, Gamal Abdul Nasser, se enfrentaba a una perspectiva realmente horrible. En enero de 1970, por tanto, salió para Moscú a pedir más ayuda para defender Egipto de los ataques aéreos de Israel, y a solicitar que, hasta que los egipcios recibieran instrucción para el manejo de los muy complejos proyectiles SAM, los rusos consintieran en que sus propias dotaciones los sirvieran.

Los dirigentes soviéticos se mostraban bien dispuestos a suministrar más armamento, pero no se sentían demasiado felices en cuanto a poner personal suyo a cargo de los proyectiles antiaéreos y permitirle disparar a los aviones israelíes. El gobierno de la URSS se hallaba entonces envuelto en delicadas negociaciones con Washington sobre un arreglo de la cuestión del Oriente Medio, y no deseaba provocar un enfrentamiento militar con los Estados Unidos. En una visita a la capital norteamericana efectuada en 1968 por el jefe del gobierno ruso, Aleksei Kosyguin, para celebrar conversaciones con el presidente Johnson, el dirigente soviético se había sentido considerablemente impresionado por la profundidad de los sentimientos pro-israelíes en Norteamérica, por lo que recalcó a sus colegas y colaboradores del Kremlin la necesidad de la mayor cautela en cuanto a ampliar la cooperación soviética con Egipto. Así, se dijo a Nasser que acceder a sus pretensiones perturbaría el equilibrio del

El cazabombardero F-4 Phantom, de fabricación norteamericana.





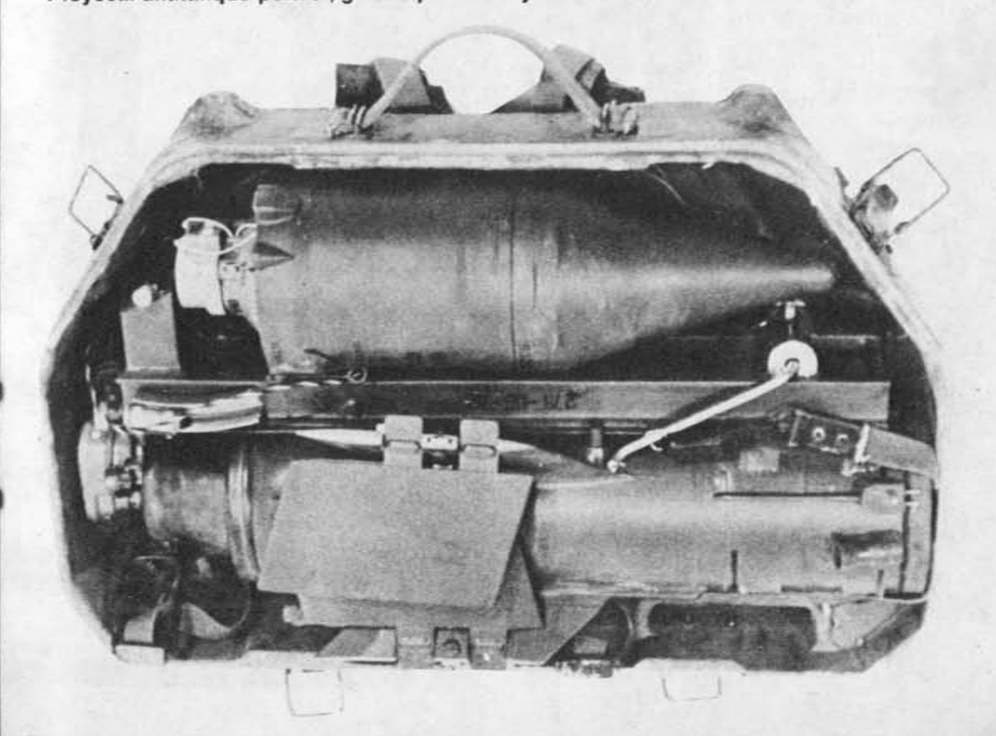
poder en el Oriente Medio. En su respuesta, el presidente de Egipto señalaba que tal equilibrio ya había sido alterado por el suministro norteamericano de Phantoms a Israel y que, por tanto, resultaba imperativo para Egipto contar con alguna respuesta a estas mortíferas armas ofensivas.

Tras una semana de discusiones, los dirigentes soviéticos acordaron atender las peticiones de Nasser, y —como ellos mismos habían predicho— su respuesta transformó la situación estratégica en el Oriente Medio. Se incrementaron los envíos de armamento ruso y, en el curso del año siguiente, se suministró a Egipto material de guerra por valor de 2.500 millones de dólares. Este material incluía proyectiles SAM-2 perfeccionados y los nuevos SAM-3 (Goa), especialmente proyectados para contrarrestar los ataques a baja altura. También se proporcionaron cañones antiaéreos de 23 milímetros, en montajes cuádruples y dirigidos por radar, móviles junto con centenares de piezas contra aviones, remolcadas, de 14,5 23 y 37 milímetros. Unos quince mil rusos se trasladaron a Egipto, y soldados soviéticos se encargaron del manejo de los proyectiles SAM, en tanto que pilotos de la misma nacionalidad, en una versión superior del bien probado MiG, realizaron misiones en defensa del El Cairo. En abril de 1970, los aviadores de Israel hallaron por primera vez cobertura aérea rusa sobre El Cairo y se retiraron discretamente de allí.

Resultaba ahora evidente que un enfrentamiento militar directo soviético-norteamericano sería inevitable a menos que se relajara la tensión. Así, cuando los Estados Unidos mostraron preocupación respecto a la intervención soviética en Egipto, los rusos consideraron la idea de un alto el fuego. Mas esto no impidió que se ampliara la red de proyectiles antiaéreos de la defensa, originalmente establecida para la protección de El Cairo y Alejandría, y las rampas de dichos ingenisos empezaron a extenderse hacia el canal. Israel trató de eliminar tales instalaciones bombardeándolas, y en una ocasión presentó combate a los aviadores soviéticos que tripulaban las seis escuadrillas de MiG



Izquierda: **Proyectiles anti-carro rusos montados en un vehículo blindado.** Arriba y abajo: **Proyectil antitanque portátil, guiado por cable y de construcción soviética.**





en Egipto, derribando a varios. Pero los israelíes también estaban perdiendo aviones y, en parte por esta razón, en agosto de 1970 aceptaron un alto el fuego, junto con una «completa paralización» en la zona, cincuenta kilómetros a cada lado del canal. Pese a esto, continuó el despliegue de proyectiles soviéticos hasta que se montaron de cuarenta a cincuenta rampas, con un total de quinientos a seiscientos ingenios, hasta unos treinta kilómetros del canal de Suez. La mitad de los proyectiles eran SAM-3, y la totalidad del sistema proporcionaba a los egipcios una cobertura aérea que se extendía unos quince kilómetros sobre el lado israelí del canal. Para compensar esta situación, los Estados Unidos accedieron a suministrar a los israelíes otros dieciocho Phantom, así como equipo de contramedidas electrónicas a fin de neutralizar a los SAM. Hasta que se probara dicho equipo no había medio de afirmar si resultaba efectivo. A corto plazo, sin embargo, existían pocas dudas de que Egipto había conquistado una mayor seguridad.

Protegido por la cortina de ingenios dirigidos, el reorganizado Ejército egipcio se adiestraba intensamente con un único fin: cruzar el canal y recuperar el territorio perdido en 1967. Bajo la dirección de instructores, «asesores» militares y técnicos rusos, los oficiales egipcios aprendieron las lecciones de la Guerra de los Seis Días y llegaron a dominar las tácticas soviéticas. Las técnicas y los procedimientos rusos para el cruce de vías acuáticas se llevaron a la práctica, y se hicieron planes encaminados a atravesar el canal e invadir el Sinaí. Teniendo en cuenta que los árabes habían sido incapaces de competir con los israelíes en la guerra de blindados, los rusos ofrecieron suministrar proyectiles anticarro portátiles; primeramente, los PUR-61 Snappers, y después los PUR-64 Saggers, destinados a embotar la punta de lanza de las fuerzas acorazadas de Israel en el Sinaí durante los primeros días de la inminente guerra.

Henry Kissinger llega al aeropuerto de Lod.

Pero los rusos seguían deseando evitar a todo trance un enfrentamiento militar con los Estados Unidos, lo que ocasionó problemas en sus tratos con Egipto —y posteriormente con Siria— en 1971 y 1972. Estos se debieron probablemente el inevitable desarrollo subsiguiente a la intensificación del nacionalismo egipcio junto con el resentimiento por la presencia de un número cada vez mayor de rusos en Egipto. Se dijo que habían surgido roces porque los soviéticos estaban tratando de contener a los egipcios en sus deseos de ir a la guerra con Israel. Cualquiera que fuese la causa, en mayo de 1971 los rusos recibieron la orden de abandonar Egipto, y los técnicos y asesores militares recogieron silenciosamente sus pertenencias y salieron para su país.

El que los rusos se retiraran tan educada y sumisamente constituye un enigma. La teoría comúnmente aceptada es que lo hicieron así a fin de evitar un mayor empeoramiento de sus relaciones con el mundo árabe, lo que tendría repercusión en las bases e instalaciones soviéticas en Egipto. Otra teoría se refiere a que la retirada estaba influida por el hecho de que el doctor Kissinger había puesto bien claro en Moscú que las aventuras militares soviéticas en el Oriente Medio eran incompatibles con las recientes peticiones de asistencia económica y técnica norteamericana a la industria soviética y de cereales para alimentar al pueblo ruso. Cualquiera que sea la acertada de estas dos teorías, se puede excusar a los israelíes por preguntarse si la retirada constituía simplemente una acción acordada entre soviéticos y egipcios, como parte de un plan de engaño para inducir a Israel a bajar la guardia. Si así fue, resulta indudable que tuvo éxito.

En efecto, los rusos estaban comprensiblemente preocupados de que una invasión egipcia del Sinaí pudiera poner en peligro las perspectivas de una *détente* —que en aquel tiempo progresaban favorablemente— y, más importante, provocar una enfrentamiento militar con los Estados Unidos. Pero existen pocas dudas de que, habiendo armado y



adiestrado a Egipto y a Siria para una guerra contra Israel, tuvieran una astuta idea del plan árabe. No es tan seguro que los rusos planearan de hecho la guerra con Egipto y Siria, o incluso la aprobaran. Los rusos difícilmente podían haber deseado otro conflicto en el Oriente Medio, pero quizá consideraron deseable abstenerse de presentar un ultimátum a los egipcios o de intervenir de alguna manera en los planes. Las dos superpotencias se hallan bloqueadas en el Oriente Medio por sus respectivos clientes. La diferencia estriba en que los Estados Unidos no pueden permitirse rechazar la buena voluntad de los árabes tan fácilmente como la Unión Soviética es capaz de alinearse contra Israel.

Cualquiera que fuese la actitud de Moscú hacia la guerra —y, una vez iniciada ésta, los rusos no tenían prácticamente otra elección que apoyar a sus clientes árabes si es que querían conservarlos como tales—, parece que fueron los propios árabes los que decidieron la ruptura de hostilidades. Al finalizar el año anterior, el presidente Anuar el Sadat dijo que 1971 «será el Año de la Decisión». Pero cuando llegó y pasó 1972 sin que hubiera acontecimientos desfavorables, muchos israelíes creyeron confirmados sus puntos de vista de que el presidente egipcio daba más importancia a la retórica que a la acción. Sin embargo, el uno de mayo de 1973, Sadat transformó su amenaza en una promesa. No iba a consentir el estado de «no guerra, no paz» por mucho más tiempo, y, en un discurso destinado principalmente a la población árabe en los territorios ocupados por Israel, prometió que «la noche no durará largo tiempo», y pidió a esos habitantes que esperaran pacientemente la hora cero.

Parecía, sin embargo, como si la hora cero fuera a ser aplazada hasta el otoño, porque, en agosto, Sadat anunció que se iba a embarcar en una ofensiva política, de tres meses de duración, para consolidar las relaciones de Egipto con los otros estados árabes «de primera línea».

Los reyes Hussein de Jordania y Faisal de la Arabia Saudita se reúnen para celebrar conversaciones.

La Arabia Saudita encabezaba la lista de esos estados, no tanto porque el reino de Faisal se hallaba en esa posición avanzada, sino debido a que el apoyo financiero y político del monarca saudí era esencial para el rearme de Egipto y Siria. Pero Faisal, alimentando sus deseos de una coalición de estados árabes para contrarrestar a los radicales del coronel Kaddafi, de Libia, impuso condiciones para aumentar la ayuda económica a El Cairo. Estaba dispuesto a cooperar a fin de incrementar la presión para asegurar el arreglo de la cuestión palestina, según le dijo a Sadat cuando éste le visitó en agosto. Pero tal cooperación dependería del acercamiento de Egipto a Jordania, porque el mundo árabe se desunió después de la Guerra de los Seis Días, y el régimen de El Cairo había roto sus lazos con el reino hachemita a raíz de la enérgica acción militar emprendida por el rey Hussein contra las guerrillas palestinas que operaban en su territorio. (El alto el fuego de agosto de 1970 contribuyó al destino de éstas. Israel continuó operando contra sus bases, y las guerrillas entraron en creciente conflicto con el gobierno jordano, uno de sus principales anfitriones. Tras el sensacional secuestro de cuatro aviones comerciales por el Frente Popular para la Liberación de Palestina, en septiembre de 1970, se rompieron las hostilidades entre los guerrilleros y el Ejército de Jordania. Aquéllos sufrieron una grave derrota tras haber sido rechazada una incipiente invasión siria del territorio jordano. Después se reanudó la lucha, y un nuevo descalabro de las guerrillas en abril de 1971, disminuyó grandemente la efectividad de las que quedaban en Jordania). Una vez que se hubieron restablecido las relaciones entre Amman, El Cairo y Damasco, el monarca saudí prometió más dinero a Egipto, así como ejercer cierta presión política sobre los Estados Unidos para que redujeran su apoyo a Israel. Los dirigentes árabes estaban convencidos de que las amenzas de cortar los suministros de petróleo ya comenzaban a surtir efecto, y que los temores a una crisis energética se ha-



El presidente egipcio Sadat, en el centro, con el general Ismail, a la derecha, y el general Shazli en el cuartel general del Ejército.

bían convertido en un factor que podía afectar a la política de Occidente.

Con la promesa de la cooperación de Faisal en el bolsillo, Sadat volvió a Egipto, y se convocó, para mediados de septiembre, una conferencia tripartita en la cumbre con la participación de los líderes de Egipto, Siria y de Jordania. Al tiempo que los tres dirigentes árabes —el rey Hussein de Jordania; el presidente Hafad Assad, de Siria, y el de Egipto, Anuar el Sadat—, se reunían en el El Cairo, Israel realizó una espectacular demostración de su capacidad de dominio de los cielos del Oriente Medio. Cazas israelíes que volaban en servicio de patrulla a unos treinta kilómetros de la costa siria fueron interceptados por un grupo de MiG-21 de este último país. El subsiguiente combate fue corto, rápido y violento... y decidido al parecer unilateralmente. En pocos minutos, según los israelís, sus Mirage y Phantom derribaron trece MiG, con la pérdida de un solo Mirage. La versión siria era diferente: decía haber perdido solamente ocho de sus aviones, apuntándose el derribo de cinco aparatos de Israel. Independientemente de que se dé crédito a uno u otro informe, el resultado de este encuentro aéreo, podía muy bien interpretarse como una advertencia a los dirigentes árabes de que, en otro «enfrentamiento», Israel podía probar aún que era la potencia militar predominante en la zona.

Un MiG-21 sirio es derribado.

De hecho, en la cumbre del El Cairo no se hizo un definido llamamiento a la guerra contra Israel. Además, los líderes árabes no hicieron, aparentemente, más que remendar las diferencias que existían entre ellos. El rey Hussein fue recibido con gran cordialidad por Sadat y el presidente sirio, Assad. Pero cuando se le pidió ayuda para reactivar el «frente oriental» contra Israel permitiendo la entrada de unidades de comandos en Jordania, la respuesta de Hussein fue una negativa categórica. Sin embargo, cuando terminó la conferencia, Sadat declaró que El Cairo reanudaría sus lazos diplomáticos con Amman, y todo parecía indicar que Siria haría lo mismo en corto plazo.

Retrospectivamente, parece ahora

El campo austríaco de Schoenau, para judíos soviéticos en tránsito, cierra sus puertas tras una acción terrorista árabe.



que se había decidido otra guerra con Israel, y el hecho de iniciar la acción militar antes de que terminaran los tres meses de la ofensiva política de Sadat, parece haber sido motivado por la creencia del presidente egipcio de que el clima era ya adecuado para ello. La asamblea general de las Naciones Unidas se hallaba reunida por entonces, y se dice que el doctor Kissinger intensificaba los esfuerzos norteamericanos para alcanzar un arreglo pacífico en el Oriente Medio. Tomando como prueba la actuación de Kissinger al resolver la guerra del Vietnam sólo después de que la lucha hubiera llegado a su punto culminante, Sadat llegó a la conclusión de que una «escalada» de las hostilidades bien podía servir de acicate en el Oriente Medio. Aún había esperanza, por supuesto, de que un poco de ruido de sables pudiera promover propuestas concretas para la paz sin necesidad de recurrir verdaderamente a las armas. Pero el propio Sadat no creía que se consiguiera resolver algo, por intervención de Kissinger o de cualquiera, sin ir a la guerra. «Todo el mundo se ha quedado dormido en relación con la crisis en el Oriente Medio...», dijo el uno de mayo. «Ha llegado el momento de una sacudida....» Así, mientras se incrementaban silenciosamente los preparativos bélicos, lo único que había que decidir ahora era cuándo se produciría la prometida sacudida de Sadat.

La elección del día seis de octubre —el más sacro y también el más tranquilo del año judío— como Día-D para la próxima guerra se basaba en tres premisas. En primer lugar, decidieron los árabes, los israelíes se hallarían descansando y con aire de fiesta. Millares de miembros de las fuerzas armadas probablemente estarían en casa en uso de licencia; la gente ayunaría y oraría, e incluso cerraría sus emisiones el Servicio de Radiodifusión de Israel. En segundo término, con unas elecciones a la vista, incluso si los israelíes llegaban a reunir alguna información sobre movimientos de tropas egipcias y sirias antes de la ruptura de hostilidades, todo parecía indicar que el gobierno de la señora Golda Meir preferiría correr el riesgo de que fuera una falsa alarma más bien que movilizar reservistas. Para fundamentar esta teoría, tanto los sirios, como los egipcios habían creado deliberadamente una falsa tensión en cierto número de ocasiones durante los últimos meses. Por último, se sabía que la atención israelí estaba centrada en la cuestión de la emigración judía desde la Unión Soviética. La decisión de Austria de ceder a las presiones de los árabes y de suprimir las facilidades de tránsito utilizadas por los emigrantes hebreos rusos que se dirigían a Israel había llevado recientemente a la primer ministro israelí, Golda Meir, a un enfrentamiento con el canciller austríaco en Viena, y los israelíes no podían ocultar su indignación.

Tal se presentaba la escena, y así se tomó la decisión de atacar el seis de octubre. A partir de entonces, el preludio de las hostilidades fue una verdadera reproducción del que precedió a la Guerra de los Seis Días. En 1967, los medios de comunicación social árabes declaraban que los israelíes estaban concentrando tropas en la frontera siria; en 1973, fueron los periodistas de Israel quienes hablaron de fuerzas árabes desplegándose a lo largo de las fronteras israelíes. En 1967, se hallaban preparados y optaroron por dar el primer golpe; seis años después, ni estaban dispuestos, ni en condiciones de atacar los primeros.

La Guerra de Yom Kippur

Fortificaciones de la línea Bar-Lev.



El viernes 5 de octubre de 1973, los periódicos israelíes recordaban a sus lectores que el día siguiente era el Yom Kippur, el Día de la Reconciliación de los judíos. «... Desde la puesta del sol esta noche hasta mañana por la mañana», declaraban, «muchos hebreos ayunarán y pasarán gran parte de su tiempo en las sinagogas, arrepintiéndose de sus pecados y rogando por un buen año. El país quedará paralizado... con sólo las Fuerzas de Defensa y los servicios más vitales en actividad. Se suspenderá el tráfico esta tarde...» Como esta forma de prólogo del Yom Kippur había venido apareciendo año tras año, no había nada en el sentido de que el Día de la Reconciliación de 1973 sería diferente de cualquier otro año desde 1967. A principios de la semana, los periódicos de Beirut habían dado cuenta de que Siria estaba llamando a los reservistas porque se decía que Israel concentraba tropas en su lado de la frontera a lo largo de los Altos de Golan. También había habido rumores de que fuerzas egipcias realizaban maniobras al otro lado del canal. Mas no existía nada especialmente nuevo o siniestro respecto a tales retazos de noticias; los informes de concentraciones de tropas sirias y de Egipto y de maniobras formaba parte de la guerra de nervios. El público estaba más interesado en la discusión sobre la medida austríaca de cerrar el campo de judíos en tránsito, de Schoenau, que en rumores de guerra. Y con la perspectiva de juzgar los hechos a posteriori, algunos israelíes se iban a preguntar después si el canciller austríaco había colaborado en el plan de engaño árabe, si bien inadvertidamente.

Para los soldados israelíes en las zonas avanzadas, todo estaba tranquilo a lo largo de los frentes de Suez y del Golan. Al otro lado de la línea de alto el fuego, de 165 kilómetros, tras el canal de Suez, los hombres de una brigada de reservistas de infantería, situados en puestos de observación en las aisladas fortificaciones de la Línea Bar-Lev, veían cómo los soldados egipcios se bronceaban en la orilla opuesta del canal. En los tres últimos años, ni un sólo combatiente había perdido la vida por su país a uno u otro lado de la vía acuática de Suez. Y, con excepción de raros encuentros entre aviones israelíes y egipcios, el enfrentamiento había asumido la apariencia de una «guerra de mentirijillas», en la que el enemigo principal para las tropas de ambos bandos era simplemente el aburrimiento. El 5 de octubre no había indicios de cambio alguno. Las antaño florecientes Suez e Ismailía tenían todo el aspecto de ciudades fantasmas; grupos de soldados egipcios se bañaban regularmente en el canal, y nadie parecía llevar casco de acero. Ni tampoco se observaban movimientos desacostumbrados en el lado occidental del canal de Suez; ciertamente, nadie vio las columnas de carros





Fortificaciones de la línea Bar-Lev.

de combate que fácilmente podían haber provocado el estallido del conflicto.

Pero, sin ser vistos por los observadores israelíes desde sus torres fortificadas, los egipcios estaban completando sus preparativos finales para la operación Badr, nombre clave asignado en recuerdo de la batalla que Mahoma riñó y ganó contra todo pronóstico durante la fiesta del Ramadán. Las orillas del canal siempre han servido para ocultar los movimientos en la proximidad inmediata de la vía acuática a los observadores del lado opuesto. Y tras el alto el fuego que marcó el fin de la Guerra de Desgaste, los egipcios habían elevado el nivel de tales terraplenes y montado pantallas de arpillera para que los observadores israelíes no pudieran descubrir, desde el otro lado del canal, sus movimientos. Tras esta cobertura habían ensayado las fases finales de una operación para cruzar la vía acuática, y con la mayor cautela trasladaban todo el equipo necesario para ella. Hasta horas antes de la operación, sin embargo, pocos de los hombres que iban a llevarla a cabo sabían si se realizaría en realidad. La fecha para el Día-D se fijó en septiembre, pero se trataba de un secreto restringido al presidente Sadat, su colega sirio, Assad, los miembros más dignos de confianza de sus equipos políticos y unos pocos altos jefes de los ejércitos de Egipto y de Siria. Ni el gobierno del Irak ni el rey Hussein de Jordania se hallaban en el secreto, aunque ambos iban a verse implicados en el conflicto. A principios de octubre se pasó la información a los jefes de división egipcios y, al acercarse el Día-D, se comunicó finalmente hasta el nivel de batallón. Muchos de los soldados que participaron no supieron nada de la operación sino en la misma mañana del Yom Kippur, empero, si bien habían estado practicando ataques contra puntos fuertes simulados de la Línea Bar-Lev por espacio de semanas. El secreto iba a la par con un complejo plan de engaño, en el





Edificios dañados por la guerra en las afueras de Suez.



El ministro de Defensa de Israel, Moshe Dayan, en el centro, y el general Isaac Hoffy, en el extremo de la derecha, en los Altos del Golan.

que los egipcios dijeron haber utilizado sesenta y cinco medidas diferentes para distraer la atención de Israel de sus concentraciones de fuerzas. Los soldados que tenían la costumbre de nadar en el canal a la misma hora cada tarde recibieron órdenes de continuar haciéndolo el 6 de octubre, y algunos de ellos estaban en el agua cuando se hicieron los primeros disparos. Otro ardid se empleó en el sector Norte, donde el general de división Saad Maamun mandaba el Segundo Ejército egipcio. Maamun advirtió a sus hombres que el que se pusiera el casco en cualquier momento antes del comienzo del ataque sería enviado al combate sin él.

En los Altos del Golan, donde los sirios proyectaban aplastar las defensas israelíes mediante un ataque en masa de blindados, los preparativos resultaban más difíciles de ocultar. Durante la última semana de septiembre, aviones de reconocimiento israelíes empezaron a informar de extensas y amenazadoras concentraciones de carros y artillería detrás de la línea de alto el fuego de 1967. Con la proximidad del Yom Kippur, estos y otros informes daban a entender que se preparaba algo fuera de lo corriente, y el ministro de Defensa de Israel, Moshe Dayan, se hallaba lo bastante preocupado para hacer dos cosas. Diez días antes del comienzo de la guerra puso en estado de alerta al Ejército, y reforzó el Mando Norte, del general Isaac Hoffy, con otra brigada acorazada. (Hasta entonces, Hoffy sólo disponía de dos brigadas de infantería y otra blindada, con efectivos reducidos, para defender el frente del Golan, de cien kilómetros de longitud). Pero aunque el propio Dayan se sentía preocupado, no logró persuadir al gabinete israelí de lo crítico de la situación. El punto de vista del gobierno se vio reforzado cuando, dos días antes del estallido del conflicto, los técnicos de Información de Israel llegaron a la conclusión de que la guerra no era inminente. El movimiento de tropas egipcias detrás del canal de Suez, y de sirias en la zona comprendida entre Damasco y los Altos del Golan, tenían, en su opinión, un carácter esencialmente «defensivo»: quizá experimental, parte de unas maniobras en gran escala que, con toda probabilidad, no conducirían a una confrontación inmediata. Era incluso posible que los árabes estuvieran haciendo preparativos para contrarrestar una posible incursión israelí, como represalia de lo que había sucedido en Austria. Así, aunque no había falta de pruebas de que los árabes preparaban algo, este juicio ponía bien en claro que no existía una amenaza inminente. Los indicios políticos llevaban a la misma conclusión. En el mundo occidental, las recientes acciones políticas egipcias parecían haber tenido muy escaso éxito; lo que se pasaba por alto era que las mismas acciones resultaban casi triunfantes en los estados árabes. (En el plazo de pocos días, una fuente israelí iba a decir que podían haber incluído el hecho de que Sadat oraba en La Meca: por la victoria contra Israel y no por la lluvia en Egipto).

El miércoles 3 de octubre, el gabinete israelí se reunió en Jerusalén en el único consejo de ministros previsto en la semana anterior al Yom Kippur. Sus deliberaciones se referían casi enteramente a los problemas de los judíos soviéticos que emigraban a Israel, y al reciente enfrentamiento de la señora Meir con el canciller austríaco. Ni siquiera se discutieron las concentraciones en el Golan y las ominosas maniobras detrás del canal de Suez, o la posibilidad de otra guerra con los árabes. En retrospectiva, la preocupación por lo que resultó ser una distración puede ahora parecer extrañamente negligente. Se han adelantado varias explicaciones, pero los críticos que estan de acuerdo en muy pocas cosas coinciden en afirmar que la casi increíble victoria de 1967 fue una de las causas principales de la perturbación. Una ceguera ante la realidad, se dijo, procedía de la profunda convicción de que los árabes no atacarían después de la terrible derrota que habían sufrido, o que, incluso si lo hacían, se embarullarían, y habría tiempo de sobra para detenerlos antes de que pudieran causar serios daños.

Pronto se iba a hacer aparente cuán terriblemente equivocados eran tales cálculos. Mientras se hallaba reunido el



Fila de cañones de campaña israelitas en el frente Norte.

gabinete israelí, los sirios en el Golan y los egipcios detrás del canal estaban dando los últimos toques a los planes para un ataque total y simultáneo a Israel. Tres divisiones de infantería sirias habían sido trasladadas en secreto cerca de la línea de alto el fuego del Golan, y dos divisiones acorazadas equipadas con los más modernos carros de combate soviéticos se estaban desplegando, prestas a intervenir tan pronto se diera la orden. En Egipto, los más recientes proyectiles SAM, transportados en camión, salían de Alejandría con dirección al canal de Suez, a fin de reforzar las instalaciones fijas allí existentes. Desde los puestos de observación israelíes se veían grupos de oficiales egipcios practicando reconocimientos a lo largo de su orilla del canal, y observando con prismáticos de campaña la orilla de Israel. También se descubrieron zapadores egipcios clavando estacas en el terreno cerca del borde del agua, mientras las explanadoras nivelaban los accesos al canal. Pero cualquier alarma que tal actividad pudiera haber creado entre los israelíes quedaba templada por el aire de normalidad que los egipcios mantenían hasta el momento mismo del ataque.

El jueves por la noche se levantaron obstáculos de carretera en torno al elegante barrio cairota de Zamalek, donde tenían sus hogares muchos residentes extranjeros. Se controlaba estrictamente el tráfico fuera de dicha zona, mientras que caravanas de coches oficiales llevaban familias enteras de asesores rusos al aeropuerto de El Cairo, donde esperaban aviones que las repatriarían a la URSS. Una escena semejante se desarrolló pocas horas después en Damasco. Entre tanto, las divisiones acorazadas sirias detrás del Golan se ponían en movimiento, y la artillería ocupaba nuevos emplazamientos; la postura «defensiva» advertida por los servicios de Información de Israel habían cambiado a una formación ofensiva.

Cuando le llegaron informes de tales

La señora Golda Meir.



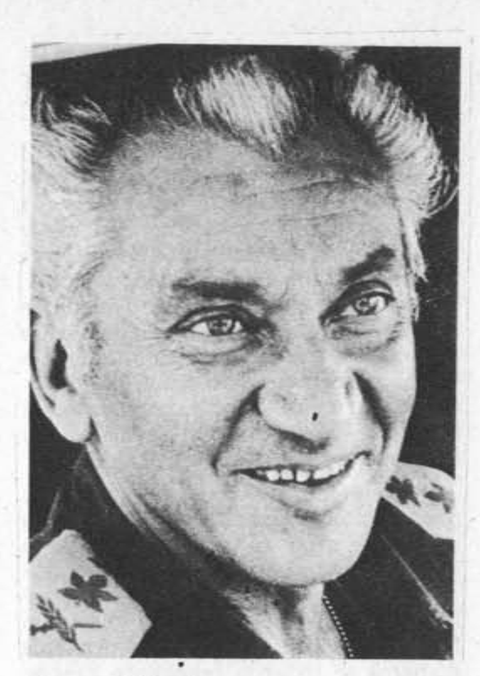
El general «Arik» Sharon.

concentraciones y despliegues, el jefe del Estado Mayor israelí, general David Elazar, decidió que ya no era válido el juicio de los especialistas respecto a «una muy pequeña probabilidad» de guerra. Las Fuerzas de Defensa de Israel fueron puestas inmediatamente «en el máximo grado de disposición», se anularon los permisos, se ordenó la vuelta al servicio de todos los pilotos de la Fuerza Aérea y se pusieron en marcha los requisitos preliminares para el llamamiento de reservistas. Unos pocos de los considerados clave fueron también alertados, entre los que figuraba el bullicioso general «Arik» Sharon, que iba a conducir una fuerza israelí a través del canal de Suez. El general Sharon se había retirado sólo tres meses antes y, hasta el mes de agosto, había estado al mando de las tropas de Israel en el Sinaí. Desanimado ante sus perspectivas de ascenso, Sharon dejó el ejército para pasar a la política. Pero estaba destinado a asumir el mando de una división acorazada en el Sinaí en caso de guerra, y eso es lo que iba a hacer ahora.

Al caer la tarde del viernes, el servicio Kol Nidrei señalaba en todo Israel el comienzo del Yom Kippur. Cuatro ministros israelíes del grupo interno conocido como el «gabinete de cocina de la señor Meir» se reunieron en Tel Aviv para considerar si la santificada tranquilidad del Yom Kippur debería ser perturbada por la movilización de las fuerzas armadas de Israel. El general Elazar quería llamar inmediatamente a los reservistas. Pero los cuatro ministros —la propia señora Meir; el viceprimer ministro, Yigal Allon; el ministro de Defensa, Moshe Dayan, y el ministro sin cartera, Israel Galili— se mostraron opuestos a tal medida. Israel no debía hacer nada que pudiera ser interpretado como prender la mecha del barril de pólvora del Oriente Medio. Por espacio de casi dos años, los árabes habían estado amenazando con la guerra los lunes y los jueves, como señala el dicho *yiddish*, por lo que ésta bien podía ser otra ocasión de «que viene el lobo» por parte de Egipcio y Siria. Mas si rompían el acuerdo de alto el fuego y empezaban los tiros, aún habría tiempo para actuar. Moshe Dayan había calculado que los egipcios tardarían unas veinticuatro horas en tender un puente a través de los 180 metros de anchura del canal, incluso aunque su construcción pudiera realizarse sin impedimentos. De manera similar, en el Norte, donde los sirios nunca habían demostrado mucha habilidad profesional en sus combates con los israelíes, debería haber tiempo suficiente para organizar una acción aérea que los detuviera en su camino. Lo que Dayan no había sabido apreciar por entero, era el significado de la vasta y compleja sombrilla aérea proporcionada por los proyectiles soviéticos SAM. Esta iba a hacer los ataques aéreos israelíes a larga distancia mucho más costosos que anteriormente. Recordando el enorme éxito de 1967, y la pobre actuación de los ejércitos árabes una vez que la Fuerza Aérea egipcia hubo sido destruída, Dayan calculaba que sería mejor esperar a que el enemigo atacara. Entonces vería el mundo que eran los egipcios y los sirios quienes habían iniciado la guerra. Por eso fue rechazada la petición de Elazar de un llamamiento inmediato a los reservistas.

También lo fue, en las primeras horas de la mañana siguiente —6 de octubre, el Yom Kippur—, su solicitud para un ataque preventivo. Los técnicos de la Información Militar israelí que escuchaban las emisiones de las radios de campaña de unidades egipcias y sirias habían advertido cambios en las normas de transmisión, lo que indicaba que los preparativos árabes para la guerra se hallaban casi terminados. Elazar opinaba que se debería lanzar un ataque aéreo sin más dilación. «¿Cuántos amigos nos quedarían si lo hiciéramos?», se dice que preguntó la señora Meir al jefe del Estado Mayor. Elazar y su predecesor, el general Bar-Lev —ministro ahora de Comercio que había sido convocado a esta nueva reunión del grupo interno del gabinete israelí—, contestaban así a tal argumento: «Cada vez que decidimos considerar las opiniones de otros lo pagamos con sangre», decían. Retrospectivamente, es dudoso que hubiera habido diferencia alguna si Israel hubiese tomado la iniciativa en el último momento lanzando un ataque aéreo preventivo. No habría sido posible sorprender a las dotaciones de las rampas de ingenios SAM o superar tales defensas. Ni la Fuerza Aérea egipcia ni la siria constituían la verdadera amenaza en octubre de 1973, y si hubieran sido destruídas —como lo fueron en 1967—, no habría supuesto gran diferencia; no contribuyeron mucho a la Guerra del Yom Kippur. Pero Elazar y Bar-Lev estaban en lo cierto cuando pronosticaban un alto precio en sangre israelí. Al creer que los árabes eran incapaces de manejar un equipo complejo como el de los proyectiles tierra-aire, y que sus soldados no tenían mayor competencia, Israel pagó caro su error.

Al vetar la petición de Elazar para que se autorizara el lanzamiento de un ataque preventivo, la señora Meir corría un riesgo calculado. Pero si no estaba dispuesta a atacar primero, no pretendía ciertamente permitir que Israel fuera cogido completamente dormido. Por ello, se dijo a Elazar que podía llamar a los reservistas. Al dar la orden, en ese mismo momento, los egipcios conducían a su primer prisionero israelí al otro lado del canal. Tras ser reducido por comandos de Egipto, le hicieron cruzar la vía de agua durante la noche del 5 al 6 de octubre, a fin de sabotear una trampa de fuego israelí. El caso es que dicha trampa, un dispositivo que quemaba petróleo —controlado desde los puntos avanzados de la Bar-Lev —y que se pensaba destinado a convertir el canal en un infierno, no existía, y todos los sucesivos relatos de sus características técnicas no pasan de ser ficción periodística. Los cierto es que, en 1970, los israelíes ensayaron un dispositivo semejante en un pequeño sector del canal. Petróleo de los depósitos de las posiciones de la Línea Bar-Lev se llevaba por tuberías al borde del agua, desde donde se pulverizaba una fina película sobre la superficie del canal. Las pruebas pronto demostraron lo poco práctico del dispositivo, el cual fue abandonado. Posteriormente, cuando se filtraron las noticias de tal concepto —quizá deliberadamente—, los israelíes decidieron no



El general Bar-Lev.

negar su existencia. Así, las trampas de fuego del canal se pueden considerar como una eficaz medida de engaño israelí. Según los informes de prensa publicados durante la guerra, el hombre al que cabía la dudosa distinción de ser el primer israelí capturado en el Sinaí era una zapador enviado a inspeccionar y reparar cualquier daño que descubriera en una de las tuberías de combustible. En realidad, se trataba de un soldado de infantería, un reservista recién enviado al frente y que desconocía totalmente dónde se metía al abandonar la protección de su fortín. De no haber sido por el resultado de un sorteo, habría estado con permiso para el Yom Kippur.

Para la mayoría de los israelíes, el primer indicio de actividad fuera de lo normal se produjo hacia las siete de la mañana, cuando mucha gente fue despertada por el sonido de aviones que volaban a poca altura. Pero la guerra no había comenzado aún, y los primeros disparos se hicieron realmente cuando muchos de los judíos de Israel se encontraban en sus sinagogas recitando la plegaria poema de Mussaf. Tiendas y almacenes de todo el país permanecían cerrados, y las calles estaban casi desiertas hasta que las sirenas de alarma rompieron la quietud. El tráfico comenzó entonces a aumentar, y los correos del ejército aparecieron en las puertas de las atestadas sinagogas para buscar a los reservistas y dirigirlos a sus unidades. En el templo sefardita de Jerusalén, un joven se levantó del banco cuando gritaron su nombre. Pero su padre, sentado junto a él, lo retuvo hasta que el rabino de la sinagoga se adelantó y le dijo al padre que su hijo debía marchar. «Su sitio no está hoy aquí», declaró. En algunos lugares, los correos interrumpieron los servicios y entregaron listas de nombres a los sacerdotes para que las leyeran. En la sinagoga de Beit Hakerem, uno de los nombres era el de un hijo del propio rabino.

Por todas partes de Jerusalén y Tel Aviv, hombres que llevaban chales de oración y casquetes conducían vehículos o hacían señales para que los llevaran a los centros de movilización. Muchos de ellos iban hambrientos, porque sólo unos pocos habían tenido tiempo para detenerse y romper el ayuno, que había comenzado al ponerse el sol el día anterior. En algunas sinagogas, los rabinos iterrumpieron los servicios para decir a sus fieles que romper el ayuno y utilizar coches para incorporarse a sus unidades era permisible si les llamaban a filas.

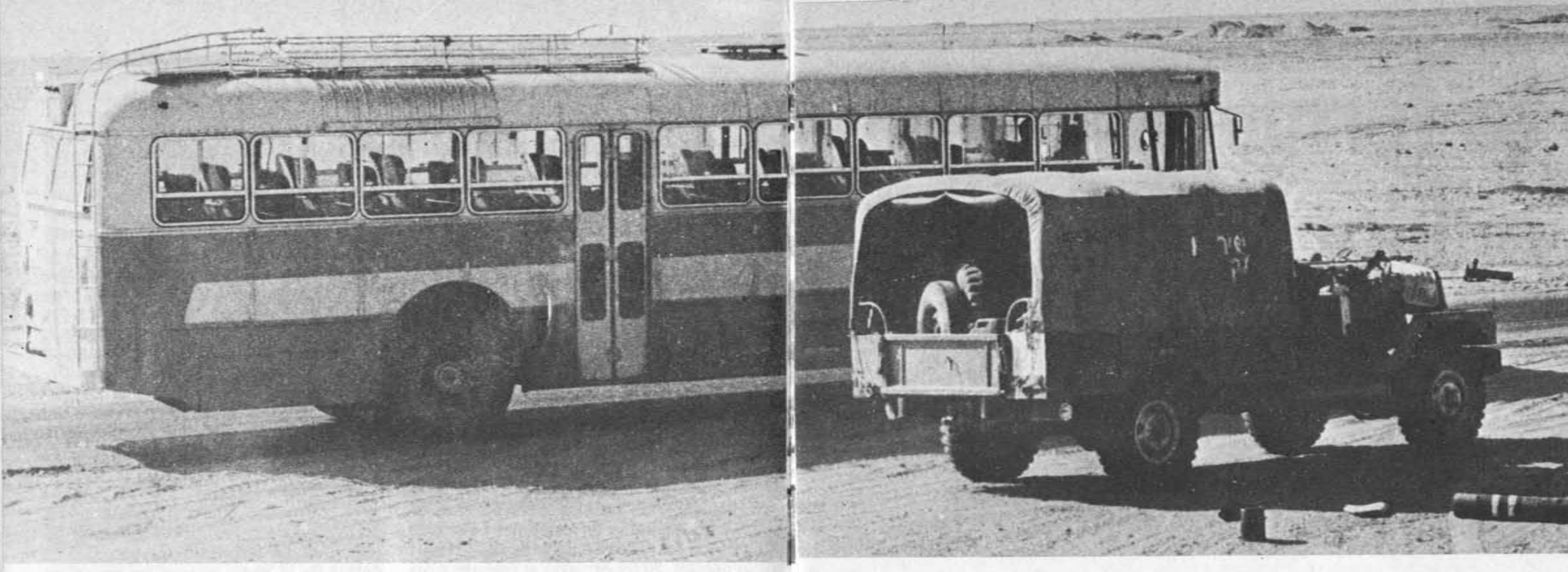
La gente reaccionó ante la movilización con una mezcla de asombro y ansiedad. Muy pocos israelíes sabían que se acercaba la guerra, mas el hecho de que se llamara a los reservistas el día de Yom Kippur indicaba que algo grave estaba en marcha. «Los árabes deben de haber comenzado a disparar», dijo un hombre en Jerusalén, «porque nosotros no empezaríamos nada el Yom Kippur».

En las oficinas de la Compañía de Autobuses Egged, en Tel Aviv, el ministro de Transportes había convocado una reunión de urgencia de los jefes de departamento de la empresa. En tiempo normal, Egged operaba como cualquier otra compañía nacional o local. Sin embargo, en estado de excepción, los autobuses de la Egged se consideraban como los principales «vagones de batalla» de Israel. En 1948, los primeros vehículos de la citada empresa habían llevado hombres y suministros a los enclaves judíos en Jerusalén y en el Negev. Ocho años después, otros autobuses transportaron gran número de soldados a puestos intermedios y a los campos de batalla en la campaña de Sinaí. Ahora se les solicitaba para desempeñar el mismo papel una vez más. La única diferencia estibaba en que mientras las guerras anteriores habían sido de relativamente corta duración, parecía que ésta podía prolongarse durante semanas e incluso meses. Habría que restringir los transportes públicos para hacer frente al compromiso militar, y los conductores que no habían sido llamados a servir en otra obligación, tendrían indudablemente que trabajar más horas.

La primera tarea consistía en que los autobuses volvieran a la carretera y reanudaran sus servicios habituales, a fin de que los reservistas pudieran alcanzar sus puntos de reunión y puestos intermedios. Así, la Egged fue puesta rápidamente en estado de urgencia, y a las dos y media de la tarde —por primera vez desde la fundación de Israel— la Estación Central de Autobuses de Tel Aviv cobró vida el día de Yom Kippur. Minutos más tarde circulaban los vehículos, llenos de reservistas deseosos de incorporarse a sus unidades. De los 3.200 autobuses disponibles y cubriendo normalmente sus servicios domésticos, no menos de 2.600 habían sido destinados al transporte militar, y se requirió con tanta urgencia a sus conductores que muchos de ellos tuvieron que salir de sus casas sin llevarse siquiera un cepillo de dientes. Con millares de otros conductores mecánicos y personal administrativo movilizados para prestar servicio en unidades de combate, lo que quedaba de la Egged tenía que ser reorganizado para funcionar con los que estaban excluídos de cualquier cometido porque eran demasiados viejos, jóvenes o débiles. Reintegrando al trabajo a los jubilados de edad avanzada, poniendo a los empleados de oficinas al volante, recortando los servicios públicos y cambiando los itinerarios, surgió un esquema que iba a prevalecer en Israel a través del estado de urgencia del Yom Kippur. Inevitablemente, los individuos afectados sufrieron penalidades. Había que introducir una jornada laboral con un mínimo de nueve horas, y se suprimieron las horas extraordinarias a fin de que la Egged pudiera abonar el salario íntegro a los que habían sido llamados a prestar servicio. Los problemas y argumentos sobre las condiciones de trabajo con la posibilidad de una acción huelguística quedaron olvidados por la duración de las hostilidades. Israel luchaba por su existencia, y los autobuses iban a circular por las carreteras del desierto a través del abrasado Sinaí, remontando los caminos de montaña de los Altos del Golan, en las ciudades, por las vías interurbanas, en misiones especiales y de cualquier parte a cualquier parte de Israel.

Radio Israel rompió su tradicional silencio del Yom Kippur poco antes de que los autobuses se pusieran en marcha. Cuando saltó al éter, la primera emisión lo hizo en el sentido de comunicar que fuerzas egipcias y sirias habían lanzado ataques simultáneos a través del canal y en los Altos del Golan. Este anuncio fue seguido por unas órdenes de Haga, la Organización de Defensa Civil, para pasar a un estado de alerta total, junto con la advertencia de que se podían esperar incursiones aéreas. Durante toda la tarde, un programa de boletines de noticias y música clásica fue interrumpido por frases incongruentes como «pastel de carne», «lobo marino» y «ollas», mensajes en clave para unidades de la reserva. Al caer la tarde, virtualmente cada israelí, y gran parte del resto del mundo también, sabían que lo que Moshe Dayan llamaba una «guerra total» había empezado otra vez. Para la Televisión de Israel, el Yom Kippur de 1973 constituyó su introducción al reportaje bélico, y realmente tuvo una tarea difícil. La televisión casi siempre va detrás de la radio porque un reportero de ésta con un pequeño magnetófono puede llegar a lugares que un equipo de aquélla no está en condiciones de alcanzar. Ni el Ejército israelí aprobaba la presencia de informadores de cualquier clase en plena primera línea, como tantos norteamericanos lo habían hecho en el Vietnam. El resultado fue que los israelíes vieron gran parte de la guerra en sus televisores sintonizando los canales de El Cairo y Amman.

En las ciudades y en los *kibbutzim* cercanos a las fronteras, el ulular de las sirenas impulsó a la gente a conectar sus receptores de radio, y las advertencias de incursiones aéreas forzaron a los no movilizados a buscar refugio. En Jerusalén, millares de turistas fueron conducidos a abrigos subterráneos, donde mujeres de más edad en cuyas mentes estaban grabados los recuerdos de guerras pasadas habían tomado asiento y comenzado a gemir. Muchas de ellas desecharon en parte sus temores cuando, poco después, las sirenas señalaron el final de la alarma, pero unas cuantas insistieron en permanecer en las salas de hormigón hasta la mañana siguiente.



Autobús de la Egged en el Sinaí.

Por todas partes se ponían en marcha planes de urgencia cuidadosamente elaborados. Se requisaban coches y camiones civiles, y los hospitales despejaban sus pabellones de los enfermos de menor cuidado. Ambulancias y vehículos particulares evacuaban a sus hogares cientos de casos no críticos, a fin de que los centros sanitarios contaran con el mayor espacio posible para la riada de bajas de guerra que se esperaba. Médicos y enfermeras recibieron orden de presentarse en puestos de urgencia de hospitales y clínicas. Las gasolineras, cerradas por la fiesta, abrieron durante la tarde; mientras tanto, varias estaciones de servicio árabe en el Jerusalén oriental, que habían permanecido abiertas como de costumbre este sábado, ya estaban haciendo mucho negocio.

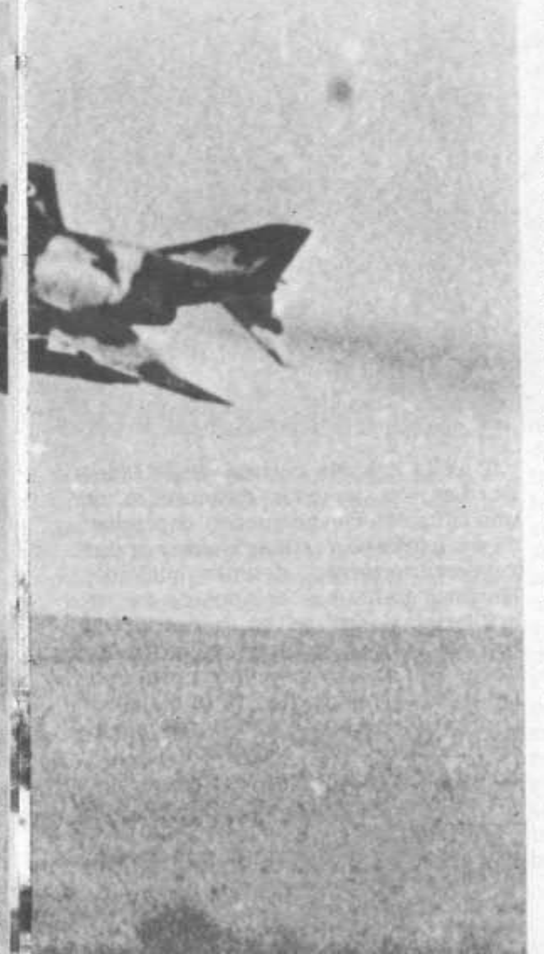
Lo súbito de la guerra creó algunas curiosas anomalías tanto en Israel, como en Egipto. Se dio la orden de obscurecimiento para Tel Aviv, y se dispuso que se enmascararan los faros de los vehículos. Sin embargo, cuando disminuyó la luz diurna, las luces de los escaparates a lo largo de la elegante calle Dizengoff se encendieron automáticamente, y pasaron horas antes de que se pudieran localizar a algunos comerciantes para que las apagaran. También en la capital egipcia, la noticia de que la guerra había estallado realmente constituyó una sorpresa para el hombre de la calle, como lo fue para su equivalente en Jerusalén. En el mundo islámico era el sagrado mes del Ramadán, y muchos árabes estaban a la mitad de su ayuno diario cuando Radio Cairo lanzó la noticia de que reactores israelíes habían atacado instalaciones egipcias en el golfo de Suez. Media hora después se reemplazó el programa normal por la difusión de música militar, que un locutor interrumpió poco después para anunciar a los oyentes que «las fuerzas egipcias han montado un triunfante asalto a través del canal de Suez en varios sectores, apoderándose de fuertes posiciones enemigas...» La noticia fue recibida con escaso entusiasmo; había muy poco del frenesí que acompañó el comienzo de la Guerra de los Seis Días. La gente estaba más interesada por la comida que rompería, cuando cayera la noche, su ayuno del Ramadán. Sin embargo, al atardecer, El Cairo comenzó a cobrar el aspecto de una ciudad en guerra. Se cerró el aeropuerto y, aunque la mala interpretación de las disposiciones sobre obscurecimiento dio como resultado que las calles principales aparecieran brillantemente iluminadas horas después de la puesta de sol, a medianoche El Cairo aparecía prácticamente a obscuras.

Bien entrada la tarde, la señora Meir habló por radio para asegurar al país que «el gobierno no tenía dudas respecto a nuestra victoria». Hablaba con firmeza, con aire de serena confianza en la causa israelí y en la capacidad de respaldar la razón con la fuerza. «Creemos», dijo, «que esta renovación de la agresión egipcio-siria es un acto de locura». Moshe Dayan, que habló pocas horas después, fue aún más optimista. Hablando con una seguridad en sí mismo que rayaba en engreimiento, habló sin ambages de que Israel sufriría reveses iniciales y tendría que estar algún tiempo a la defensiva. Sin embargo, estaba confiado respecto al futuro, dijo, y su firme afirmación: «Los árabes no sacarán ventaja de esta guerra...» prometía una *hatima tova* de mal augurio para los árabes.

Por la otra parte, el presidente Sadat y los ministros egipcios no hicieron declaraciones públicas, pero el presidente Assad se dirigió a la nación siria, aquella tarde, por Radio Damasco. Con arreglo al estándar habitual de la retórica árabe, su discurso fue moderado, y su mensaje, obscurecido por alusiones a los mártires árabes de las Cruzadas, difícil de discernir. Pero la substancia se refería a que el ataque egipcio-sirio a Israel era una operación defensiva preventiva. Sin embargo, como lo describían las emisiones de las guerrillas palestinas el propósito árabe resultaba el que siempre había sido: convencer a Israel para reformar Palestina.

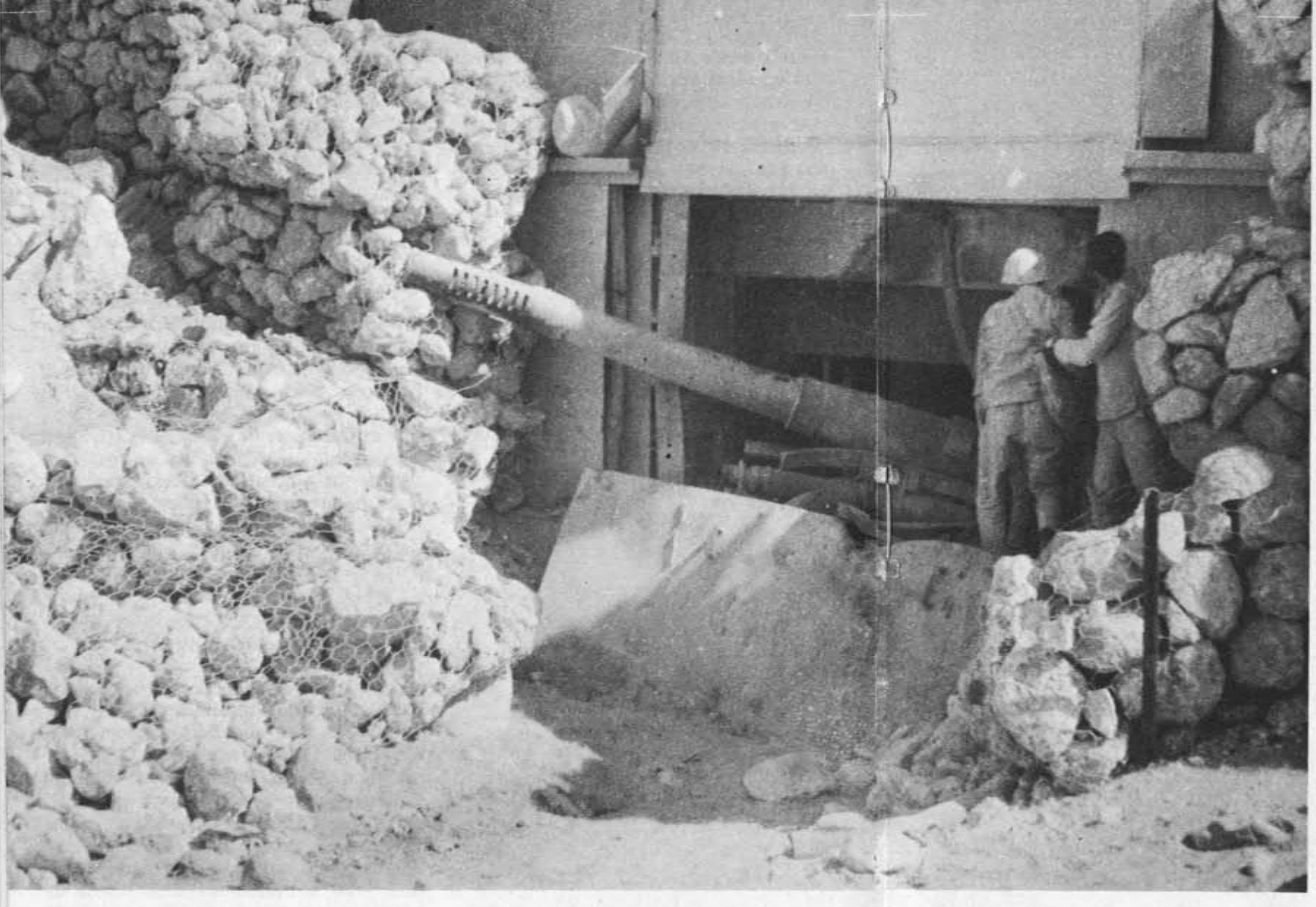
La formación militar

Un Phantom vuela sobre una posición israelí camuflada.



Ha sido desde hace tiempo un cliché militar que todos los ejércitos se adiestran para reñir la guerra pasada. Pero los israelíes parecían diferentes. Después de la Guerra de los Seis Días, disponían de una amplia zona de dispersión, no habitada, para proteger a Israel de un ataque egipcio, otra más pequeña y somera en el sector Norte del Golan y el río Jordán como obstáculo natural contra las incursiones del Este. Los aviones egipcios se hallaban ahora a por lo menos 240 kilómetros de las ciudades de Israel; los sirios ya no dominaban las colinas septentrionales de la nación judía; Jordania había sido mutilada; en conjunto, las nuevas fronteras probablemente constituían la mejor posición defensiava natural que Israel podía confiar en poseer. Los israelíes podían, por tanto, permitirse modificar su política de ataque preventivo, y se ideó una nueva fórmula de disuasión, ajustada a las modificadas realidades estratégicas de la situación. Con la presencia soviética en Egipto prestando una original y peligrosa dimensión a cualquier estrategia ofensiva, la posibilidad de ser un poco menos rápidos en la línea de salida parecía mucho más valiosa. Así, lo que ahora se consideraba estaba basado en la versión israelí de una *force de frappe* —una acción aérea devastadora— seguida de una masivo contraataque blindado. Entre 1967 y 1973, esta fue la política seguida por los israelíes, aunque en la Guerra de Desgaste tuvieron buen cuidado en demostrar que estaban dispuestos a bombardear las rampas de lanzamiento de proyectiles manejados por personal soviético y a trabar combate con aviones rusos, por lo menos cerca del canal, si su zona de dispersión se veía amenazada.

Para su éxito, el elemento de disuasión israelí dependía de un período de alerta temprana, durante el cual una ofensiva árabe quedaría confinada a las zonas de dispersión mientras Israel movilizaba. Así se concibió la Línea Bar-Lev, para dar el preaviso de un ataque inminente. Esta «línea» no era, como su nombre puede haber dado a entender, una línea fortificada comparable a las Maginot o Sigfrido o a la Muralla del Atlántico de la Segunda Guerra Mundial, sino simplemente una hilera de cuarenta puestos de observación en la orilla oriental del canal. Generalmente guarnecidos por una sección de ocho o diez hombres (y raramente por más de un pelotón de unos treinta), pocos de los puestos se hallaban en condiciones de apoyarse entre sí por medio de sus fuegos si eran atacados. Su función consistía meramente en proporcionar información, y no se pretendía en modo alguno que resistieran indefinidamente una gran embestida árabe. Mas la suma de complejas medidas de protección respecto a los ocupantes de estos fortines de hormigón y acero —tierra y arena de nueve metros de espesor, muros y te-



Soldados egipcios inspeccionan un puesto fortificado de la línea Bar-Lev.

chos de bloques de granito, rodeado todo por campos de minas— llevó a la gente a creer que se trataba de huesos más duros de roer de lo que era el caso en realidad. Como «puntos fuertes», se les suponía en condiciones de resistir individualmente y durante cierto tiempo. El hecho de que unos pocos fueran desbordados, y varios otros voluntariamente evacuados al comienzo de la Guerra del Yom Kippur, dio lugar a muchos comentarios adversos, y el concepto de la Línea Bar-Lev pasó a ocupar su verdadero lugar. Sin embargo, respecto al fin para el que fue creada, dicha línea no falló.

Tras la delgada cortina de la Línea Bar-Lev, los israelíes desplegados en una situación de «no guerra» dependían de sus carros y su artillería para retrasar y, posteriormente, detener cualquier ofensiva árabe. Los equipos de carros-artillería-aviones se habían utilizado con efectos devastadores en la Guerra de los Seis Días, y los judíos creían que las mismas armas y la misma táctica podían darles otra victoria relámpago cuando la contienda volviera a estallar. Lo que habían olvidado era que la Guerra de los Seis Días fue una campaña ofensiva desde su iniciación misma; en 1973 iban a reñir primero una batalla defensiva, algo contrario tanto a su concepto de las operaciones, como a su psicología.

Entre guerra y guerra, los israelíes hicieron mucho por mejorar el filo de su maquinaria bélica. A diferencia de los árabes, impulsaron la fabricación de sus propias armas; mostraron también gran imaginación en adaptar el equipo importado a las condiciones del Oriente Medio, así como en estandarizar, para su más fácil mantenimiento, una heterogénea colección de armas de guerra. Pero quedaba un problema, a pesar de los enérgicos esfuerzos para hacer a Israel más y más autosuficiente. Debido a que había que importar el armamento más complejo, los israelíes no podían considerar a la ligera una acción que entrañara pérdidas substanciales, a menos de contar con alguna seguridad en cuanto a cubrirlas. La cuestión de cómo la falta de tal seguridad o la negativa de suministrar municiones o piezas de repuesto podía constreñir el esfuerzo de guerra israelí en una crítica fase de la campaña se iba a hacer demasiado aparente en octubre de 1973.

El hecho de que la mitad del presupuesto de defensa israelí (de unos 1.250 millones de dólares) se destinara a la aviación es prueba de la prioridad asignada al arma aérea de Israel. En el curso de los años hubo muchas discusiones entre bastidores en cuanto a si se debería gastar tanto dinero en aviones más bien que en vehículos de combate blindados. Pero los partidarios de la fuerza aérea consiguieron sus propósitos, y se compraron en los Estados Unidos interceptores F-4 Phantom y aviones de ataque A-4 Skyhawk para suplementar los cazas franceses Mirage IIIc y Super Mystere.

En tiempos «normales», cuando la olla hervía simplemente a fuego muy lento en el Oriente Medio, los efectivos de la Fuerza Aérea de Israel ascendían a unos diez mil hombres, de los que unos 1.200 eran pilotos. Estos escogidos de entre la flor y nata de la juventud del país y dedicados profesionales, se incorporaban a los dieciocho años y se instruían durante tres hasta obtener la cualificación para volar en combate. Aunque su promedio de edad era de sólo veintitrés años, todos ellos tenían un número impresionante de horas de vuelo, y una soberbia moral. Con una proporción de 2,4 pilotos por avión, la Fuerza Aérea de Israel estaba en mejor posición que los árabes, que no tenían excedente de pilotos. Para las tareas de mantenimiento en situaciones de urgencia se llamaba a hábiles reservistas; totalmente movilizada, la aviación militar israelí contaba con veinte mil hombres. En 1967, Israel poseía alrededor de

quinientos aviones de todos los tipos, helicópteros incluídos, y sus cuatrocientos aparatos de primera línea estaban organizados en quince escuadrillas: cinco de interceptores, seis de cazabombarderos, dos de transporte y dos de helicópteros. No existía una fuerza de bombardeo estratégico, principalmente porque Israel no contaba con bombarderos de largo radio de acción.

De los tipos individuales de aviones el más conocido iba a ser el Phantom. Este avión, que entró en producción en 1967, es, según la terminología norteamericana, una caza polivalente. Propulsado por dos turborreactores, el Phantom puede alcanzar una velocidad de 2,4 Mach, tiene una autonomía de 2.400 kilómetros y lleva un diverso y letal armamento. Este, montado en un receptáculo en el morro del avión, incluye un Vulcan M61, de cañón múltiple, de 20 milímetros, que es una adaptación moderna de la antigua ametralladora Gatlin, con una cadencia de tiro de seis mil disparos por minuto. El resto del armamento se puede variar para acomodarlo a las circunstancias, adosando bombas, proyectiles dirigidos o depósitos de napalm a los correspondientes dispositivos debajo de las alas. El monoplaza Skyhawk, un avión norteamericano más antiguo, iba también a probar su valía para los israelíes en octubre de 1973. Con una velocidad máxima de unos mil kilómetros por hora y una autonomía de 1.600, el Skyhawk estaba armado con dos cañoes de 20 milímetros y podía llevar hasta cinco toneladas de otras armas y de equipo electrónico: ingenios aire-aire y aire-tierra, bombas o material de contramedidas para bloquear el radar de dirección de los proyectiles tierra-aire enemigos, como el SAM-6. Si resultaba necesario, Phantome y Skyhawk se hallaban en condiciones de servir de portadores de armas nucleares. (Ha habido muchas conjeturas en cuanto a si Israel ha adquirido o no ingenios atómicos. Su reactor nuclear más conocido, en Didoma, produce cada año el plutonio suficiente para dos bombas; dado que dicho reactor comenzó a fun-



Helicóptero y tropas israelíes.

Mirages III-C, de fabricación francesa, en vuelo.

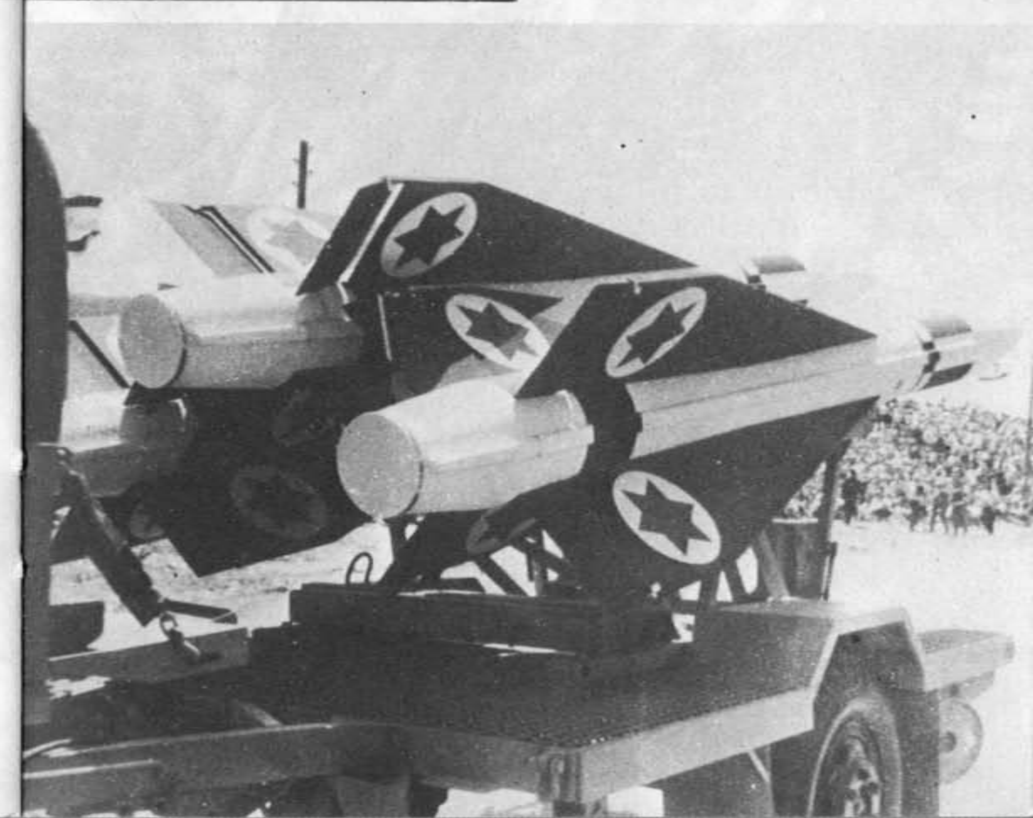
cionar en 1964, los israelíes podían tener bastante plutonio para un arsenal de artefactos atómicos de bajo rendimiento. Pero el gobierno de Israel nunca ha admitido poseer armas nucleares, y se ha apartado de hacer amenaza alguna de acción atómica).

En cuanto a otros modelos de aviones, los cazas Mirage III, capaces de alcanzar una velocidad de 2,15 Mach y con una autonomía máxima de 1.200 kilómetros, y los cazabombarderos Mystere, ambos de construcción francesa, han servido bien a Israel desde comienzos de la década de 1960. Hasta la llegada de los primeros Skyhawk, y después de los Phantom, los Mirage eran los únicos aviones israelíes capaces de presentar combate a los MiG 21 egipcios, de fabricación soviética. E incluso los Phantom no llegaban a la categoría del MiG más reciente —el MiG Foxbat— cuando éste apareció en el escenario bélico. (La inmunidad del MiG 25 no es probable que dure mucho, sin embargo, una vez que los israelíes reciban los proyectiles aire-aire Phoenix, de largo alcance, que llevan los cazas norteamericanos F-14 Tomcat).

El avión básico del transporte aéreo israelí era el francés Nord 2501 Noratlas, avión de tipo medio con una autonomía de 2.400 kilómetros y capaz de llevar 45 soldados con equipo completo o dieciocho heridos en camillas. Los vehículos y otro material se cargaban por una puerta en la parte trasera del avión. El norteamericano Boeing 277 Stratocruiser, destinado también al transporte de personal y carga, dispone asimismo de una puerta trasera para tal menester.

De los helicópteros empleados por Israel el mayor era el francés Sud 321 Super Frelon. Con una autonomía máxima de mil kilómetros, podía transportar treinta soldados con equipo completo o quince camillas. En las fases iniciales de la Guerra del Yom Kippur, estos helicópteros, y los más pequeños Sikorsky S-58, se utilizaron primordialmente para la evacuación de bajas; los Westland S-55 Whirlwind y los franceses Alouettes, destinados principalmente a tareas de comunicación, fueron usados en el mismo cometido.

A causa de la confianza que tenían en sus aviones de caza, los israelíes no habían gastado mucho dinero en defensas antiaéreas. La estrategia de Israel se basaba en su propia superioridad aérea; el papel principal de la aviación militar consistía en asegurarse de que las incursiones aéreas árabes fueran derrotadas, si resultaba posible, en el exterior del territorio israelí, o que no causaran daños si no lo eran. Contando con superioridad en el aire, las fuerzas terrestres de Israel podían operar libremente, por lo que el dinero se gastaría más convenientemente en vehículos de combate blindados que en defensas antiaéreas. No obstante, en los años sesenta, los israelíes adquirieron cincuenta proyecti-



Proyectiles tierra-aire Hawk de fabricación norteamericana, desfilan en Haifa.



Soldados femeninos del Ejército israelí.



les tierra-aire Hawk (Homing-All-the-Way-Killers), de fabricación norteamericana, la mitad de los cuales se destinó una cobertura simbólica de Tel Aviv. Estos ingenios se suplementaron con nueve SAM-2, capturados intactos, entre el Paso de Mitla y el canal de Suez en la Guerra de los Seis Días, por tropas mandadas por el entonces general de brigada «Arik» Sharon.

Para los forasteros acostumbrados a identificar la disciplina y la moral con la uniformidad y la instrucción, las primeras impresiones sobre el Ejército israelí raramente son favorables. La disciplina es paternal, y las normas rutinarias de revistas y saludos apenas existen; en tanto estén limpios, los soldados gozan de gran flexibilidad en cuanto a vestido y formaciones. Sin embargo, en campaña, tanto la disciplina como la moral son de primer orden. El espíritu independiente es consustancial al judío, que no se preocupa lo más mínimo por la disciplina. Los antepasados de los israelíes han sufrido mucho e, incluso ahora, la vida en Israel es desagradable. Se les ha imbuído un áspero sentimiento de obstinación, con el resultado de que, una vez que los soldados ciudadanos israelíes han hecho presa en algo, no lo dejan escapar. Tanto en guerra como en paz, no creen que la disciplina de relumbrón sea necesaria; y lo cierto es que en combate se han desenvuelto sin ella. Podían ser despreocupados, pero estaban alerta.

El hecho de que Israel tenga un ejército práctico para el que todos los ciudadanos —varones y hembras— de edad y condiciones físicas apropiadas son reclutados de manera automática (con la excepción de mujeres casadas y de los estudiantes masculinos de teología en Jerusalén) ha asombrado al mundo. En

Una unidad de carros israelís Centurion en un momento de su adiestramiento.

dos décadas y media, el ejército, que evolucionó fundamentalmente de la organización Haganah, de la época del Mandato, ha recorrido un largo camino. El mérito de haberse desarrollado en sus años formativos debe atribuirse a Moshe Dayan y a los sucesivos jefes de Estado Mayor que lo convirtieron en la fuerza combativa de primera clase que tan convincentemente demostró su valía en la Guerra de los Seis Días.

A partir de este conflicto, las fuerzas



Artillería israelí camino del frente.

acorazadas israelíes surgieron con esa especie de mística que el Afrika Korps tardó meses en conseguir durante la Segunda Guerra Mundial. Los relatos de las fulgurantes galopadas de los carros de combate israelíes a través del Sinaí dieron fuerza a las peticiones de los generales de blindados de 1967 en el sentido de que reforzar el filo de las unidades acorazadas era el medio ideal de adaptarse a la nueva y mejorada posición de Israel en el Oriente Medio. En la medida en que no prestaron suficiente atención a los avances tecnológicos en la guerra anti-carro, se puede por tanto acusar justamente a los generales israelíes de haberse preparado para reñir otra vez la Guerra de los Seis Días. Creyendo que los blindados podían abirse camino a través de cualquier obstáculo, se permitió que el carro de combate israelí se convirtiera en la *prima donna* del campo de batalla.

Casi cada moneda de lo que quedaba, una vez que la Fuerza Aérea hubo tomado su parte del presupuesto de defensa de Israel y se atendieron los compromisos de mantenimiento, se destinó a adquirir más carros de combate o a mejorar los que ya prestaban servicio. En vista de sus limitados recursos en potencial humano, los israelíes decidieron concentrarse en los blindados, ya que los carros y la artillería autopropulsada aumentaban al máximo la potencia de fuego en manos de la tropa. Se recibieron nuevas unidades de la variante más moderna del carro británico Centurión para suplementar los de este modelo más antiguos, los M-48 Patton y Sherman ya en servicio; también se montaron cañones de 105 milímetros —estándares en los nuevos Centurion— en carros de modelos anteriores y en los T-54 de fabricación soviética capturados en 1967. El alcance de las piezas de 105 era superior en quinientos metros al de las de 100 milímetros de los carros principales de Egipto y Siria —los T-54 y T-55—, lo que permitía a los blindados israelíes trabar combate con los de los árabes sin exponerse al fuego de respuesta de éstos. Los nuevos carros y sus nuevos cañones —especialmente estos últimos— daban a las fuerzas israelíes una enorme ventaja cuando se enzarzaban en duros combates estáticos. Mas, en los primeros días de la guerra, los jefes militares en el Sinaí y en el Golan pedían más apoyo artillero y más infantería para contener la marea árabe.

La mayor parte de la artillería con que se contaba consistía en obuses de 155 y 105 milímetros montados en chasis de carros. Para sacar ventaja de la movilidad y la capacidad de ataque fulgurante de una fuerza acorazada, la artillería de apoyo necesita ser autopropulsada. Había también unos pocos obuses de 175 milímetros de esta modalidad, pero el resto de la artillería de campaña se compnía de piezas soviéticas de 122 y 130 milímetros capturadas. Novecientos morteros de 120 y 160 milímetros, de fabricación rusa y caídos en poder de los israelíes, completaban el arsenal de apoyo.

Para la defensa anti-carro, los israelíes dependían principalmente de sus propios carros, pero contaban con piezas norteamericanas de 106 milímetros, sin retroceso, sobre jeeps, junto con algunos proyectiles contra carros (montados en vehículos portadores de armamento). Eran éstos el Cobra y los Nord SS-10 y SS-11, ingenios de carga hueca que, aunque pequeños, eran mayores que sus equivalentes soviéticos: los Saggers y Snappers. Con un alcance de unos tres mil metros, resultaban muy mortíferos. En cuanto a las defensas antiaéreas, el Ejército israelí tenía cañones de 20, 30 y 40 milímetros, además de unos pocos proyectiles tierra-aire ya mencionados.

Antes de la movilización, el Ejército de Israel estaba integrado por cuatro brigadas acorazadas, cinco mecanizadas, cinco de infantería, una paracaidista y tres de artillería. Pero, con la movilización general, los efectivos aumentaron en seis brigadas acorazadas, cuatro de infantería mecanizada y cuatro aerotransportadas: de 75.000 hombres se pasó a 275.000 cuando hubieron transcurrido las 72 horas destinadas al llamamiento a filas. En el Ejército sionista no había unidad mayor que la brigada, pero se podían agrupar de dos a seis de éstas en una división improvisada conocida como una *Ugda*, palabra hebrea que se puede traducir aproximadamente por «fuerza de operaciones». La brigada seguía siendo la unidad básica, más en la Guerra de los Seis Días el Ejército de Israel operó con *ugdot* (plural hebreo de *Ugda*). Altos jefes en la reserva, como el general Sharon, los que tenían mandos regionales y otros profesionales cuyos cargos se hallaban en inactividad transitoria, como el director general de Instrucción y el comandante director del Colegio Nacional de Defensa, habían sido destinados en tiempo de paz a mandar dichas unidades en tiempppo de guerra. Se esperaba habitualmente que muchos jefes y oficiales se retiraran alrededor de los cuarenta años de edad para emprender una segunda carrera en la vida civil. Este sistema no sólo aseguraba que el Ejército israelí continuara siendo una organización joven y vigorosa, sino que también formaba una considerable reserva de mandos perfectamente adiestrados.

Las treinta y dos brigadas equivalían más o menos a los regimientos norteamericanos y estaban organizadas de un modo similar. Las brigadas acorazadas se componían de dos batallones de carros de combate y uno de infantería mecanizada transportada en semiorugas blindados, con las habituales unidades de reconocimiento, artillería motorizada, pero sólo las brigadas regulares y una o dos de las de reserva estaban equipadas con semiorugas. En las demás, los infantes disponían de transporte sobre ruedas: camiones requisados y, por supuesto, los omnipresentes autocares de la Egged.

Según aconsejara la situación, se podía llamar a los reservistas en tandas o movilizarlos en su totalidad. A los que ocupaban destinos clave, correos incluídos, se les convocaba primero por teléfono y después los recogían a domicilio; los correos se encargaban luego de concentrar a todos los demás. Cada reservista conservaba su uniforme en ca-



Un carro egipcio avanza.



Consecuencia del impacto de un FROG, de tres toneladas.

sa, y el proceso del llamamiento se aceleraba por el empleo de mensajes cifrados transmitidos por radio para alertar a unidades específicas. Tras presentarse en un determinado centro de movilización cercano a su residencia, el reservista era llevado al campamento donde su unidad se reunía; allí recogía el armamento y el equipo. Todo este proceso se practicaba con regularidad y, aunque se concedía un período de 72 horas para completar la movilización, muchas unidades se hallaban preparadas para partir bastante antes.

Pasando ahora al otro lado de la colina nos encontramos con que Siria y Egipto mantenían tropas permanentes, por lo que no tenían que enfrentarse con los problemas inherentes a la movilización. En cualquier caso, sus preparativos secretos y la decisión de lanzar un ataque por sorpresa en la fecha del Yom Kippur les daban la iniciativa. Con una población de más de 35 millones de habitantes, Egipto mantenía un ejército de unos 285.000 hombres; Siria, con seis millones y medio, podía poner en pie de guerra 120.000. Ambos ejércitos habían sido casi totalmente sovietizados desde 1967, y todo el equipo perdido en la Guerra de los Seis Días, e incluso más, había sido reemplazado por los rusos. El elemento de combate del Ejército egipcio estaba integrado fundamentalmente por tres divisiones acorazadas, tres de infantería mecanizada y cinco de infantería clásica, todas ellas basadas en el patrón soviético. Estas divisiones se repartían dieciseis brigadas de artillería. Había además dos brigadas escogidas de paracaidistas y veintiocho batallones reducidos de comandos, así como los usuales servicios administrativos, logísticos y de apoyo. El núcleo del Ejército sirio, también organizado «a la rusa», comprendía tres divisiones acorazadas, una mecanizada y tres de infantería. Al igual que Egipto, los sirios contaban también con buenos paracaidistas y cinco batallones de comandos. Ambos países habían seguido métodos de instrucción soviéticos, así como tácticos y

de combate, cuyas desventajas principales consistían en que desaprobaban la iniciativa individual y resultaban más adecuados a un teatro de operaciones europeo que no al Oriente Medio.

Pero si la táctica enseñada por sus instructores soviéticos tenía limitaciones, existen pocas dudas de que los rusos tuvieran éxito en erradicar muchos de los problemas subyacentes que dieron como consecuencia el desastre árabe de 1967. Con buena instrucción se puede hacer del árabe un buen soldado moderno. Es duro y capaz de pasar penalidades en las condiciones que impone el ambiente del Oriente Medio. El reclutamiento selectivo ha asegurado que sólo los hombres mejores y más capaces nutran las filas de los ejércitos sirio y egipcio, factor muy importante en países cuyo nivel sanitario es endémicamente bajo. Adecuadamente mandado, el soldado egipcio, y el árabe en general, responde bien, pero existe un gran abismo social entre el oficial y sus subalternos. Estos se ha reducido durante la pasada década, y quizá el mayor logro de los instructores rusos haya sido el de grabar en los oficiales egipcios y sirios la necesidad de tomarse interés por el bienestar de sus hombres y en disipar algunas de las incertidumbres y el malestar que son más o menos habituales en ambos ejércitos. La humillación subsiguiente a la derrota árabe en la Guerra de los Seis Días, junto con el ardiente deseo de revancha respecto a Israel, fue un factor que contribuyó a mejorar el nivel de instrucción y, con él, la moral.

También lo fue la provisión de material moderno de primera clase. En 1967, los ejércitos árabes lucharon con una mezcla de équipo ruso estándar y anticuado; pero, en 1973, se les suministró lo mejor de cada tipo de armas, y en gran número. Las divisiones acorazadas egipcias y sirias contaban fundamen-

Disparo de cohetes Katyuska.





talmente con carros T-54 y T-55, como los utilizados por las divisiones soviéticas de primera línea. Y aunque el blindaje de dichos carros es delgado si se le compara con el de los Centurion y los M-48, sus ángulos y curvas dificultan la penetración, ya que los proyectiles que hacen impacto tienden a ser desviados, mientras que sus 35 toneladas de peso y su motor diesel de 520 caballos lo convierten en un vehículo de combate notablemente veloz y maniobrero si se le maneja bien. Además de los T-54 y T-55, los rusos suministraron también a los árabes cierto número de su carro más moderno en servicio, el T-62. Este, una versión más sofisticada del T-54, tiene un cañón de 115 milímetros, de ánima lisa y nuevo diseño. Como muchos vehículos blindados soviéticos, el T-62 dispone de un equipo de combate nocturno a base de rayos infrarrojos, y de otro de vadeo profundo que le permite cruzar obstáculos acuáticos por sus propios medios.

Además de los carros, los rusos también proporcionaron a Egipto y a Siria aviones, proyectiles dirigidos, cañones y otras armas modernas. Los proyectiles iban de los FROG (siglas en inglés de «Cohhete Libre Sobre el Terreno») de tres toneladas, que los sirios disparaban contra Galilea, hasta los anti-carro «de maleta» Saggers y Shappers, los cuales iban a mellar el filo de los ataques iniciales de los blindados israelíes en el Sinaí. Los cohetes tierra-tierra *Katyuskas*, lanzados desde baterías de tubos múltiples, fueron suministrados a los árabes antes de 1967. Pero los FROG de 1973 pertenecen a una clase totalmente distinta. Transportados individualmente en lanza proyectiles montados en camiones pesados, están proyectados para llevar una cabeza de combate nuclear táctica. No son demasiado exactos, y, si la cabeza es de alto explosivo, su valor como arma de bombardeo es cuestionable.

Los proyectiles antiaéreos SAM, destinados a ser el arma que gozó de mejor publicidad en la Guerra del Yom Kippur, eran también relativamente nuevos, e iban a ser una mezcla de los más antiguos SAM-2 y SAM-3 y los SAM-6 montados en camión, lo que proporcionaría una mortífera sombrilla sobre el canal y en Damasco. Ninguno de estos ingenios, ni el pequeño SAM-7, disparado desde el hombro del soldado y dotado de una cabeza de combate guiada por infrarrojos, era desconocido o inesperado. Pero la Unión Soviética se los facilitó a los árabes en cantidad; disparados en salvas, tenían un efecto devastador.

Egipcios y sirios recibieron asimismo gran cantidad de proyectiles anti-carro portátiles. El PUR-64 Sagger, guiado por cable, el arma más moderna de su clase, se podía llevar, lanzar y dirigir por un infante. Se montaban también en lanzadores múltiples sobre vehículos tipo jeep, y en los más grandes transportes blindados de personal, igualmente suministrados a los árabes. Utilizados conjuntamente con los bazocas soviéticos RPG, y disparados en salvas, iban a apuntarse la inutilización de numerosos carros de combate sionistas hasta que los israelíes adaptaron su táctica a la necesidad de hacer frente a una situación revolucionaria que ha sido comparada con la batalla de Crecy en 1346.



Un proyectil anti-carro es disparado desde su vehículo.

Las fuerzas aéreas de Egipto y de Siria desempeñarían un papel comparativamente menor en la Guerra del Yom Kippur, e iban a ser los, de manera relativa, estáticos proyectiles antiaéreos los que limitarían las actividades de la aviación militar de Israel. No obstante, los rusos volvieron a equipar y adiestrar las fuerzas aéreas de los dos estados árabes: los cazas MiG. De cualquier modo, el MiG-21, reactor monoplaza derivado del MiG-15 original, no podía compararse con los Phantom de Israel. El MiG-21 llevaba un armamento de menor entidad que aquéllos, y se hallaba aún más limitado por su autonomía de combate de 560 kilómetros, frente a los 1.600 de Phantom. Ambos aviones podían alcanzar una velocidad de 2 Mach, y resultaban igualmente maniobreros. Pero el hecho de que el caza de fabricación norteamericana pudiera permanecer sobre el campo de batalla tres veces más tiempo que el MiG ruso, y causar mayores daños, situaba en gran desventaja a los árabes.

Por último, las marinas de Israel, Egipto y Siria merecen mención aunque jugaran un papel muy pequeño y nada espectacular en la Guerra del Yom Kippur. Despues de las adquisiciones de aviones y carros de combate, poco quedaba para la Marina en el presupuesto de defensa de Israel; por consiguiente, era el pariente pobre de las fuerzas armadas israelíes. Su alcance se consideraba limitado, ya que los buques se mueven muy lentamente en comparación con los aviones. Sin embargo, los israelíes habían construído una pequeña, compacta y agresiva fuerza naval de unos treinta y cinco barcos con base en



Lanchas torpederas de la Armada egipcia.

La Marina de Israel patrulla.

los tres puertos de Haifa, Ashdot y Eilat. Como punta de lanza de las unidades de superficie estaban las doce lanchas coheteras de la clase *Saar*, aún no experimentadas y de construcción francesa, que Israel consiguió en el curso de una audaz huída en el invierno de 1970, y dos naves de la clase *Rshef* (Relámpago), de 260 toneladas de desplazamiento y de fabricación nacional. Todas estas embarcaciones llevaban ocho ingenios israelíes Gabriel por unidad y artillería de 40 milímetros.

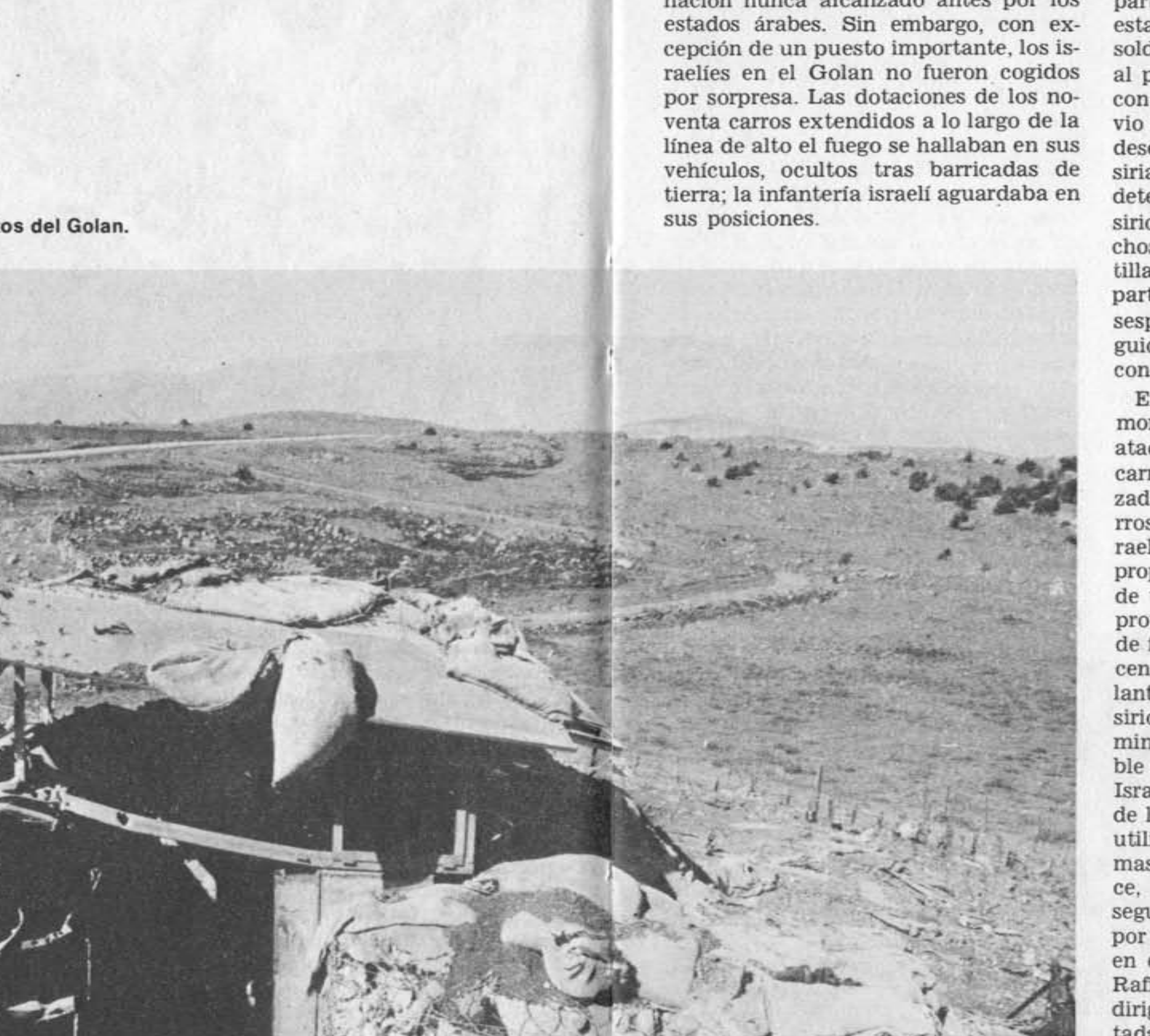
El resto de la Armada de Israel consistía en tres submarinos, nueve lanchas torpederas y nueve patrulleras, más las habituales embarcaciones auxiliares del tren naval. El más moderno de los tres submarinos, el *Leviathan*, era una antigua unidad de la clase «T» británica a la que se había dotado de montajes de ametralladoras para que pudiera combatir en superficie. Los otros dos habían prestado servicio también en la Armada Real, si bien su construcción se remontaba a la época de la Segunda Guerra Mundial y pertenecían a la clase «S». De la flotilla de nueve lanchas torpederas, cinco habían sido hachas en Francia, tres en Gran Bretaña y una en Italia. Su armamento estaba integrado por dos torpedos, un cañon de 40 milímetros y dos cañones de 20 milímetros. Las patrulleras, que mejor se podían calificar de guadacostas, contaban con dos cañones de 20 milímetros cada una.

Comparada con la de Israel, la Marina de Guerra egipcia era grande y moderna, e incluso haciendo caso omiso de la flota de Siria —nueve lanchas coheteras, dieciseis patrulleros y otras embarcaciones diversas—, su potencia bastaba para desequilibrar acusadamente a favor de los árabes el equilibrio naval. La Armada de Egipto incluía dieciseis submarinos de las clases soviéticas «V» y «R», seis destructores, unas veinticinco lanchas coheteras, cuarenta torpederas y otras unidades de menor entidad bélica. Ocupaban el lugar de honor las coheteras de los tipos *Osa* y *Komar*, construídas en la URSS y armadas con proyectiles superficie-superficie Styx. Con excepción de las corbetas coheteras de la clase *Nanuchka*, que recientemente habían hecho su presentación en el Mediterráneo oriental, las *Osas* y las *Komars* constituían la última palabra en cuanto a los navíos soviéticos de esta especialidad. Debido a todo ello, cuando empezó la guerra, los especialistas navales en todo el mundo observaban con el más vivo interés las acciones de las flotas israelíes y árabes.

En cualquier caso, el hecho más espectacular que se puede atribuir a la Armada de Israel probablemente fue, en palabras de su jefe, «que no sucedieran cosas». La costa israelí, con sus muchos objetivos tentadores constituídos por grandes concentraciones de población, centrales eléctricas e instalaciones petrolíferas, resultaba extremadamente vulnerable. Sin embargo, prevaleció la tranquilidad, y, durante todo el conflicto, cargueros y buques de pasaje continuaron, sin entorpecimiento alguno, atracando, descargando y cargando en Ashdod y Haifa.

El frente Norte

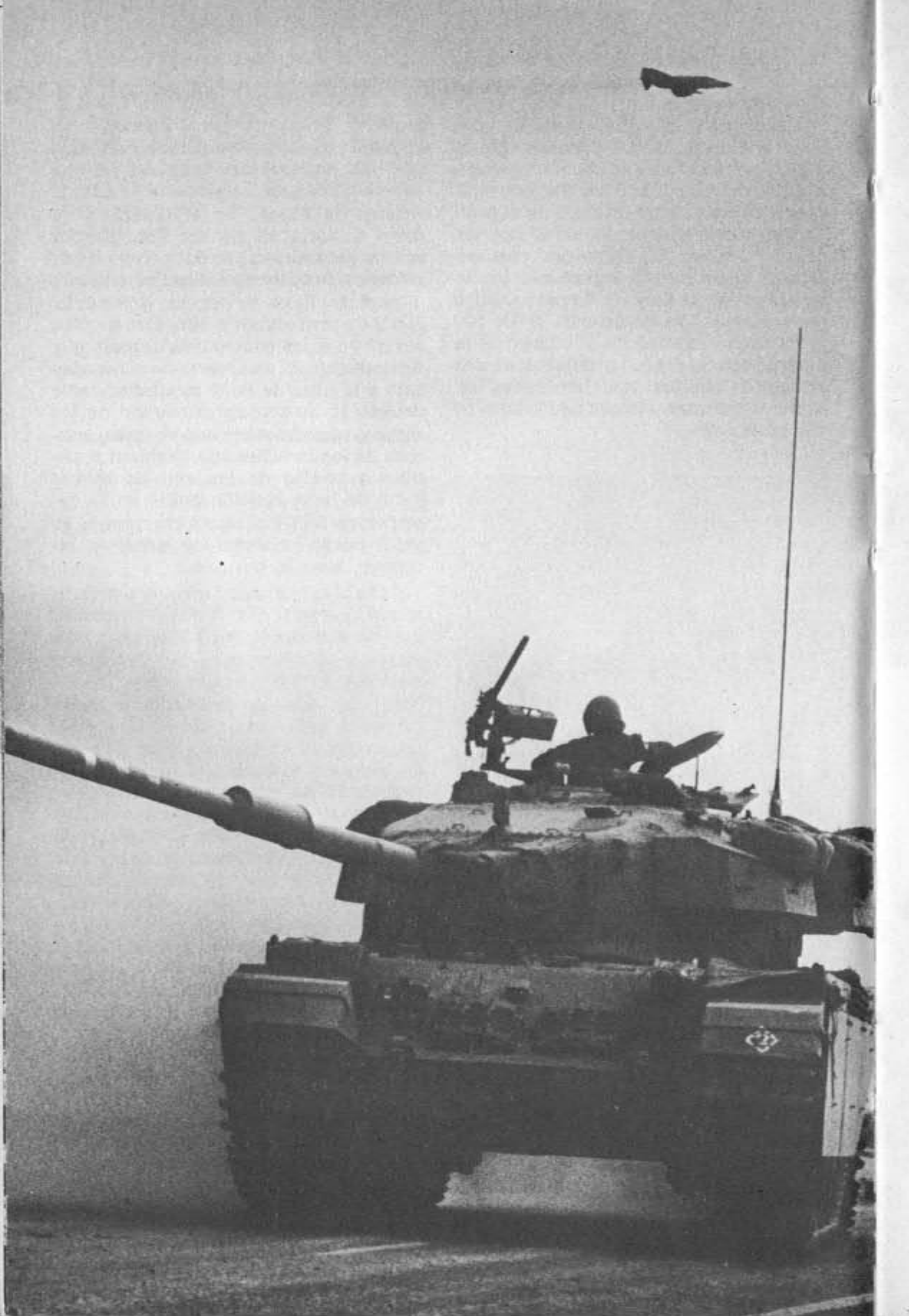
Una posición israelí en los Altos del Golan.



En la árida llanura, cubierta de zarzales, de los Altos del Golan, los carros de combate sirios se ponían en marcha exactamente al mismo tiempo que la infantería egipcia, casi 500 kilómetros al Sudoeste, remaba en los botes de asalto a través del canal de Suez. Tal sincronización constituía un ejemplo de coordinación nunca alcanzado antes por los estados árabes. Sin embargo, con excepción de un puesto importante, los israelíes en el Golan no fueron cogidos por sorpresa. Las dotaciones de los noventa carros extendidos a lo largo de la línea de alto el fuego se hallaban en sus vehículos, ocultos tras barricadas de tierra; la infantería israelí aguardaba en sus posiciones.

Mas el puesto fortificado de observación israelí, situado en la parte alta de la ladera del monte Hermon, fue desbordado en los primeros minutos del comienzo de la guerra. Desde esta vital posición, los israelíes gozaban de una soberbia vista de los Altos del Golan, la «Tierra de Fatah» en el Líbano y en parte de Siria. El día del Yom Kippur estaba guarnecido por dos pelotones de soldados, muchos de los cuales estaban, al parecer, fuera de servicio y rezando, con toda probabilidad. Ninguno de ellos vio u oyó a los cuatro helicópteros que desembarcaron una fuerza de comandos siria a la espalda de la montaña; nadie detectó la furtiva aproximación de los sirios y, cuando sobrevino el asalto, muchos de los israelíes aún llevaban zapatillas y chales de oración. La mayor parte de la guarnición murió en la desesperada lucha cuerpo a cuerpo que siguió; posteriormente los sionistas reconquistaron la posición.

En la planicie, exactamente al Sur del monte Hermon, los sirios lanzaron al ataque dos divisiones acorazadas (600 carros) y otras dos de infantería mecanizada (unos 30.000 hombres con 300 carros más). Así, sólo en blindados, los israelíes se hallaban en inferioridad en la proporción de casi cinco a uno, y de más de treinta a uno en infantería. Bajo la protección de una estruendosa barrera de fuego de las baterías artillereas concentradas que se habían «deslizado» delante de ellos, los carros detonaminas sirios abrieron pasillos por los campos minados israelíes y salvaron el formidable foso antitanque que las fuerzas de Israel habían excavado a todo lo largo de la frontera de 1967 con Siria. Luego, utilizando la carretera principal de Damasco a Kuneitra como un eje de avance, y la de Sheikh Miskin-Tafid como segundo eje, las tropas sirias avanzaron por la rocosa llanura hacia Ahmadiye, en el Norte; Hushniye, en el centro, y Rafid al Sur. La embestida principal se dirigía a Hushniye, al Sur de la devastada ciudad de Kuneitra, donde el objetivo de una de las divisiones acorazadas sirias era el puente Bnot Yaakov («Hijas de Jacob»). La captura de este puente



cortaría la única línea de abastecimiento israelí al Golan central.

Al Norte de Kuneitra, los atacantes sirios tenían órdenes de fraccionarse en dos columnas, con el grupo que rodeara por el Norte encargado de aislar el monte Hermon. Mientras tanto, el otro grupo iba a envolver y conquistar Kuneitra, y avanzar luego hacia el puente de Bnot Yaakov, donde enlazaría con la columna de Hushniye. El propósito de la tercera columna, que cruzó la línea de alto el fuego de Rafid, consistía en empujar con dirección Sudoeste, hacia el extremo Sur del mar de Galilea. Los objetivos y las líneas de ataque mostraban una juiciosa apreciación de dónde resultaban más vulnerables los israelíes. La planicie rocosa del Golan es terreno llano y abierto, generalmente ideal para los carros. No había obstáculo natural alguno entre la línea de alto el fuego y el borde la escarpa del Golan que pudiera frenar el avance de los sirios. Más aún, mientras el desierto del Sinaí proporcionaban una zona de dispersión de 200 kilómetros de anchura entre Egipto e Israel, desde la línea de alto el fuego a los riscos del Golan que dominan Galilea sólo hay unos treinta kilómetros. Los israelíes disponían de poco espacio para maniobrar; si no podían detener el avance sirio antes de que éste les hiciera retroceder sobre la escarpa, perderían la batalla de los Altos del Golan. De la amarga experiencia de 1967 habían aprendido que su reconquista significaría que tendrían que pagar un terrible precio.

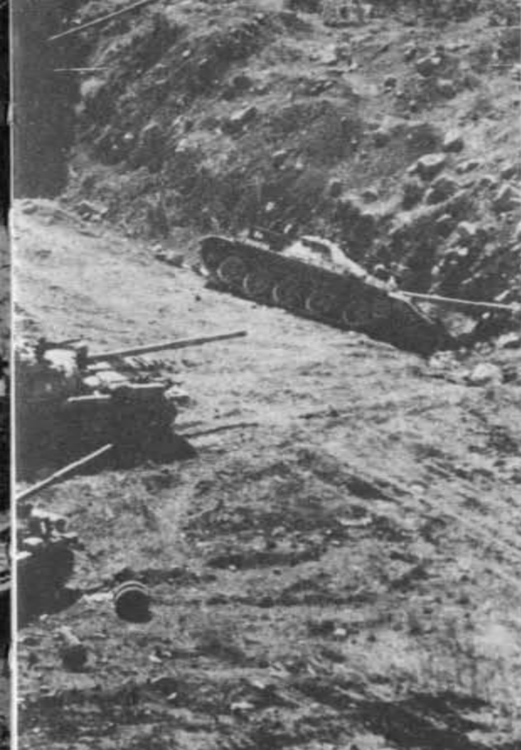
Los T-54 y T-55, avanzando en grupos de seis o siete, no se limitaban a las carreteras... «fluían como el agua, abriéndose camino siempre que fuera posible», dijo después un veterano coronel israelí. La tarea de destruir las posiciones aisladas de Israel que quedaban atrás del frente sirio en movimiento se confió a la infantería, que seguía a los carros a bordo de transportes blindados de personal BTR-60, de fabricación soviética. Se trataba de la táctica del rulo, enseñada al Ejército sirio por sus asesores rusos. En vez de tantear y luego concentrarse contra un punto débil de la línea enemiga, como habría recomendado aquel gran representante de la guerra de blindados, el capitán Liddell Hart, los sirios avanzaban simplemente, un carro al lado de otro, a lo largo de todo el frente, desde el monte Hermon, en el Norte, a Rafid, en el Sur.

Un carro israelí se dirige a Siria en el primer día de la guerra; en su vertical, un caza de Israel.

Los defensores israelíes luchaban con habilidad y nervio en un esfuerzo de detener el avance sirio, y durante todo el día hubo violentos combates de carros en la estecha llanura ondulante. El Ejército de Israel se hallaba en plena movilización, y largas columnas de Centurion y Patton no tardarían en rechinar sus cadenas por la serpenteante carretera de Tiberiades a los Altos. Pero los primitivos defensores tuvieron que resistir casi dos días, y la mayor parte de las leyendas de la campaña se concibieron en las treinta y seis horas primeras de la lucha en el Golan: El jefe de un carro israelí, de sólo veintitrés años de edad —o quizá aún más joven—, al que se atribuye la destrucción de quince carros, o acaso fueron treinta y tres carros y transportes blindados, el sábado, o quizá fue el domingo... El israelí que había estado fuera, en Ginebra —o en París o Londres—, y que llegó a Lod, voló al Golan para incorporarse a su unidad y allí unirse a la lucha.

Sean o no apócrifas algunas de las leyendas, existen pocas dudas de que los israelíes causaran estragos en las oleadas de carros sirios. Una vez más demostraron los Centurion su superioridad sobre los carros soviéticos. Los soldados de Israel sabían que Siria contaba con algunos de los más modernos T-62, y temían que sus Centurion y Patton pudieran ser superados, tanto en potencia de fuego, como en capacidad de maniobra, por éstos, los más recientes carros medios de la URSS. En cualquier caso, los T-62 estaban en minoría, y no aparecieron hasta el segundo día (domingo), cuando los sirios lanzaron al combate sus reservas. Todos ellos eran nuevos —uno que fue inutilizado en la lucha del domingo sólo marcaba 40 ki-





T-55 y T-62 puestos fuera de combate en el frente Norte.

lómetros en su cuentakilómetros —y, en inexpertas manos sirias, sus modernos cañones de 115 milímetros, de ánima lisa, y sus telémetros por rayos láser no podían compararse con los de 105 de los Centurion y Patton israelíes.

Los T-54, T-55 y los últimamente citados carros de Israel empleaban todos proyectiles perforantes, y la munición APDS (siglas en inglés de 'anti-blindaje con «camisa» desechable') disparada con la pieza de 105 milímetros resultaba especialmente mortífera. (Cada granada tiene un núcleo de tungsteno endurecido rodeado por un forro o «camisa» de un material más blanco que se comprime en el tubo del cañon; en la boca de éste, la «camisa» se desprende, y el proyectil sale como el corcho de una botella de champaña). Ambos bandos usaben también munición HEAT (anticarro de alto explosivo), que dirige el efecto explosivo por un pequeño agujero. Pero sólo los Centurion podían disparar granadas HESH (de cabeza blanda y alto explosivo), que se aplastan al impacto y sueltan un casco de metralla que da vueltas por el interior del carro enemigo. Los carros de construcción soviética padecían asimismo el inconveniente de llevar sus proyectiles en la torreta, e incluso una bala de refilón lograba frecuentemente convertir los T-54 y T-55 en llameantes trampas mortíferas, de las cuales —porque no disponían de escotillas de seguridad— raramente escapaban las dotaciones.

La munición del Centurion iba estibada con menores probabilidades de incencio. Su sistema de control de fuego era también máa eficaz que el de los carros árabes. El artillero israelí se hallaba en situación de hallar la distancia al blanco con cortas ráfagas de fuego de ametralladora; esto se trasladaba automáticamente a su cañón de 105 milímetros, asegurando virtualmente la certeza de un impacto cuando se disparara



Blindados israelís avanzan en los Altos del Golan; en primer término, un carro sirio inutilizado.



Soldados árabes con restos de un Phantom abatido.

este cañón. La pieza de Patton tenía alcance aún más rápidamente por medio de un computador de control de fuego. Al igual que el del carro británico, este sistema garantizaba asimismo el impacto, lo que permitió a los israelíes destruir los blindados árabes fuera del alcance de los cañones de los carros de combate rusos.

Al mismo tiempo que los israelíes se aprovechaban, a no dudar, de estas ventajas tecnológicas, sus jefes de carro eran también más audaces e imaginativos que sus oponentes árabes. Una y otra vez —en el Sinaí tanto como en los Altos del Golan—, los soldados de Israel resultaban más astutos que sus adversarios. Un solitario carro israelí echaría a correr ante un escuadrón de blindados de los árabes, confiados en su destrucción. Pero el señuelo sionista los atraería a una trampa, y los musulmanes se encontrarían con que habían caído en una emboscada, en la que armas anticarro y otros carros de Israel esperaban ocultos el momento de hacer a sus adversarios objeto de una venganza al estilo del Viejo Testamento. No obstante esto, muchos jefes de carro sirios mostraron individualmente su iniciativa y arrojo, y sus dotaciones, un valor y decisión que rara vez se habían hecho aparentes en 1967. Los carristas de blindados sirios averiados continuaban disparando hasta que sus vehículos volaban materialmente por los aires, mientras los comandantes de los carros que penetraron las defensas israelíes proseguían su galopada, a traves de los *kibbutzim* del Golan, cerca de Kuneitra, y al Sur de Rafid, más allá de los evacuados fortines del cuartel general principal del general Hoffy, hasta el mismo borde de los Altos del Golan. Desde allí, si la desesperada batalla que entonces se reñía a sus espaldas no hubiera sido ganada por los israelíes, habrían bajado por la falda de la colina y llegado al mar de Galilea.

En este punto, se debe poner de relieve que los combates en los Altos del Golan tenían lugar al mismo tiempo

Ataque y contraataque en el frente Norte; flechas grises: fuerzas israelíes; flechas negras: fuerzas sirias.

El atascado empuje israelí en dirección Nordeste. Flecha gris: el proyectado cerco de Damasco; flecha negra: lo que se logró.



El kibbutz **Gevat fue alcanzado por un FROG.**

que se desarrollaba una masiva lucha en el Sinaí. Mas, para los israelíes, las batallas del Golan durante los dos primeros días de la guerra resultaban mucho más cruciales que la lucha en el Sinaí. No se trataba meramente de que los sirios liberaran su tierra ocupada; si el impulso de su ataque era suficiente para rebasar la escarpa, los soldados de Siria podrían llevar su ofensiva al otro lado del río Jordán y a Galilea. Si eso sucedía, Israel sería cortado en dos. Por esta razón, Moshe Dayan decidió que la acción siria habría de ser neutralizada antes de que Israel pudiera dedicar plena atención a la incursión egipcia en el Sinaí.

Pero llevaba tiempo reunir los recursos necesarios para devolver la pelota a los sirios. La movilización se completó más pronto que nunca: los hombres corrieron a sus unidades por carreteras vacías, que, veinticuatro horas después, habrían estado caóticamente congestionadas por el tráfico civil. Las unidades se organizaron también más pronto de lo que se esperaba. Pero los carros tenían que prepararse primero para la acción, y rechinar después sus cadenas por el tortuoso camino del Golan. Resultaba incierto quién llegaría allí primero, los israelíes o los sirios. Sólo porque los originales defensores israelíes de Hoffy, magníficamente apoyados por su Fuerza Aérea, rehusaron ceder, disputando esforzadamente cada palmo de terreno, perdieron la batalla los sirios. No había mucha opción, como dijo después el general de división «Rafoul» Eytan: «Sencillamente, no teníamos bastantes tropas para hacer lo que queríamos. Detuvimos a los sirios... porque cada hombre comprendió que había que elegir entre resistir y rechazar el ataque o pensar en las pérdidas que se producirían en los valles que teníamos a la espalda si los sirios irrumpían en ellos».

Se pidió la proteción de la Fuerza Aé-

La central de Homs tras un ataque aéreo israelí.



Daños sufridos en la principal refinería de petróleo siria.

rea israelí tan pronto comenzó la lucha, y sus Phantom y Skyhawk castigaron sin piedad enjambres de carros, transportes de personal y piezas de artillería de Siria hasta que se contuvo la marea y los Altos del Golan se convirtieron en un cementerio de vehículos calcinados y cañones abandonados. Mas en tanto los Phantom no consiguieron inutilizar las instalaciones de ordenadores que controlaban la mayor parte de la cortina de proyectiles siria, numerosos aviones israelíes fueron derribados por los ingenios SAM o —al volar bajo para esquivar la acción de los proyectiles— por las baterías antiaéreas. Las de ingenios SAM-2 y SAM-3 destinados a atacar a los reactores de alta cota, los SAM-6 montados en camiones y los cañones antiaéreos móviles encargados de interceptar a los aviones israelíes que volaban a baja altura, formaban todos parte de un sistema de defensa aérea de extraordinaria complejidad. Sin la protección de dispositivos de contramedidas electrónicas (ECM) para interferir las frecuencias del radar que dirige los cohetes SAM, resultaba difícil, incluso para el más avezado de los pilotos, esquivar un proyectil que se acerca. El hecho de que la dirección del SAM-6 puede pasar del radar a un sistema de control operado por un hombre que es capaz de guiar el ingenio a su objetivo, haciéndolo así inmune a la interferencia ECM, suponía una nueva complicación.

A pesar del apoyo proporcionado por su aviación militar, la situación en tierra se había hecho tan crítica a últimas horas del sábado, que los carristas israelíes de las unidades de reserva fueron conducidos en avionetas al Golan para intervenir inmediatamente en la lucha. Las fuerzas de reservistas se dirigían hacia Tiberiades y, cuando llegaron los primeros refuerzos blindados, los carros sueltos recibieron orden de abrirse camino escarpa arriba y unirse a la lucha. Disgregar las unidades de este modo no es eficaz ni juicioso. Pero una situación desesperada exige remedios desesperados y heterodoxos.

Los israelíes estaban esperando un respiro al caer la tarde. Mas los sirios se aprovecharon de la obscuridad para traer 300 carros más y reagruparlos en sus amplias columnas dispuestas para la reanudación del avance. Al amanecer del domingo, con 1.500 carros de combate atestando una estrecha llanura, se inició una de las mayores batallas de blindados de la historia. El progreso sirio fue lento y sangriento. Las explanadoras habían levantado murallas de tierra para proteger a los carros israelíes, y las apretadas filas de blindados que avanzaban sufrieron terribles pérdidas. Una vez que pasaban los carros sirios ante los emplazamientos judíos, Centurion y Patton giraban y continuaban disparando. Cuando acabó la lucha, el terreno rocoso en torno a uno de tales emplazamientos aparecía sembrado de los restos de veintiseis T-55. No obstante esto, el puro peso y el número iban a imponer su realidad para continuar el avance sirio, y a mediodía del domingo sus carros habían recorrido la ruta central hasta unos ocho kilómetros del puente Bnot Yaakov. Pero este era el punto decisivo, porque nuevas unidades de reservistas sionistas inundaban ahora la llanura procedentes del valle del Jordán, y la batalla, que, según dijo Moshe Dayan, enseñaría a los sirios que «la misma carretera que conduce de Damasco a Tel Aviv lleva también de Tel Aviv a Damasco», se hallaba a punto de empezar.

Por todas partes, en el frente del Golan, la ruptura de hostilidades fue la señal para el bombardeo de los establecimientos israelíes en el Golan y en la Alta Galilea, y para el estallido de las actividades guerrilleras. Las localidades drusas de Majdal Shams, Masada y Emi Kiniya, cuyos habitantes eran, legal y políticamente, súbditos sirios, sufrieron el mayor número de víctimas de una in-

La artillería israelí entra en acción en los Altos del Golan.





El rey Hussein de Jordania conferencia con uno de sus oficiales.

cursión aérea en la tarde del sábado. Los *kibbutizniks* de las colonias fronterizas, acostumbrados a que sus hogares fueran objetivo del bombardeo más indiscriminado, buscaron protección en sus refugios subterráneos. En la comunidad agrícola y religiosa de Ramt Magshimim, a ocho kilómetros de la línea de alto el fuego y sólo veinticinco de Rafid, se estaba celebrando un servicio del Yom Kippur en un refugio cuando llegó un autocar de Tiberiades para poner a salvo a mujeres y niños. Abandonándolo todo, las familias de los *kibbutzniks* se amontonaron en el vehículo, que se puso en marcha mientras caían aún granadas de cañón y bombas de mortero. Los hombres siguieron a los suyos al atardecer, y las tropas sirias ocuparon el *kibbutz* aquella noche.

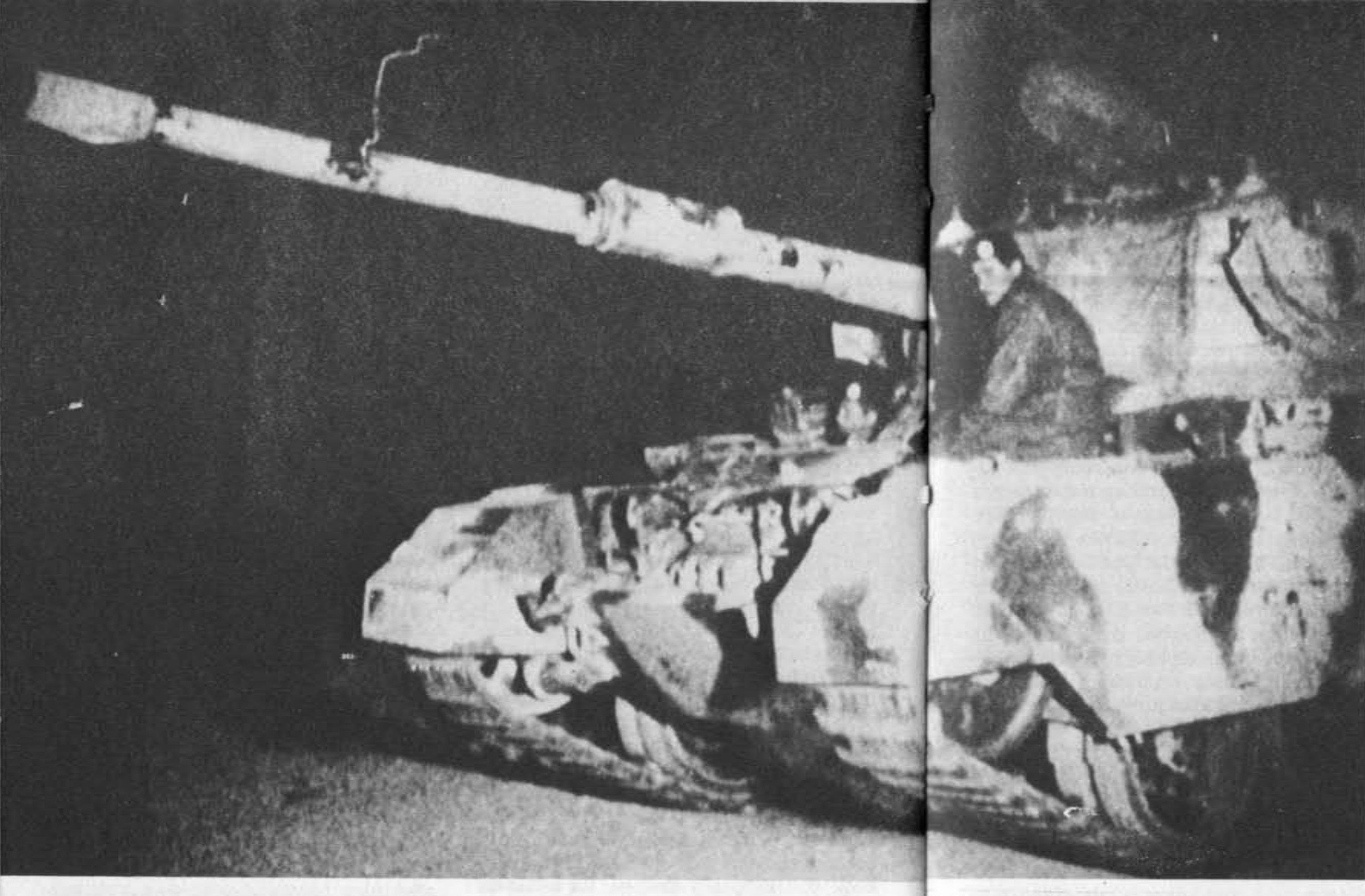
No disfrutaron mucho de su conquista; en un plazo de treinta y seis horas se hallaban en retirada, y doce horas después regresaban los *kibbutzniks* masculinos. En previsión de posibles trampas habían traído un perro adiestrado en detectar explosivos por el olfato, pero las casas se encontraban como ellos las habían dejado. Sólo la granja había sido devastada por el ataque, aunque los daños no parecían tan absolutos como habían esperado. Los carros sirios habían abierto grandes brechas en la alambrada, por las que escapó el ganado, y el huerto aparecía arrasado. Pero se pudo recobrar el ochenta por ciento de los animales, y a las dos semanas el *kibbutz* Ramat Magshimim se hallaba casi en las condiciones que tenían antes de la guerra.

El Rom, un *kibbutz* más al Norte, no tuvo tanta suerte. Sus gallineros quedaron destruídos; su ganado, disperso, y las instalaciones de la granja fueron reducidas a escombros durante un encuentro entre israelíes y un comando sirio desplazado en helicópteros. Uno de los campos próximos al *kibbutz*, plantado de patatas de siembra la semana antes del Yom Kippur, había sido escenario de un combate de carros; y esta empinada parcela estaba alfombrada de los restos calcinados de 180 carros de combate y otros vehículos blindados sirios. Un «censo» efectuado una semana después de la lucha estimaba la «cosecha de carros» en todo el Golan en unos mil de todos los tipos. Algunos de los carros todavía llevaban la capa de pintura parda que les habían dado en la Unión Soviética.

Al Norte y al Oeste del Golan, guerrilleros palestinos armados con bazucas pululaban por la frontera libanesa cuando estalló la guerra. En el curso de la semana siguiente dispararon docenas de proyectiles contra establecimientos fronterizos israelíes en la Alta Galilea y en Galilea Occidental. Hubo pocas víctimas, y el gobierno del Líbano se sintió probablemente más preocupado por la provocación realizada por las guerrillas que por los israelíes. Porque temían que Israel estuviera buscando una excusa para anexionarse la fértil región del Líbano del Sur, por debajo del río Litani, los libaneses deseaban a toda costa mantenerse al margen de la guerra. Dadas las circunstancias, esto difícilmente resultaba posible y, aunque los israelíes no ejercieron represalias en seguida, el Líbano no salió indemne de la primera semana de lucha. Aviones de Israel destruyeron la gran estación de radar libanesa en el monte Líbano, y buceadores de combate israelíes se deslizaron en la bahía situada detrás de Beirut para volar los cables telefónicos y telegráficos submarinos que unen a Siria y el Líbano con Egipto y Europa. La estación de radar suministraba información a Siria, mientras que el cable telegráfico suponía un rápido y eficaz medio de comunicación que permitía a sirios y egipcios coordinar su esfuerzo de guerra.

Aparte de las intermitentes perturbaciones causadas por las guerrillas, la frontera entre el Líbano e Israel permaneció en calma durante toda la guerra, con los agricultores israelíes trabajando en sus huertos de pomelos, a un lado de la divisoria, y los campesinos libaneses cuidando sus campos al otro. Lo que molestaba más a Israel no era tanto los pequeños cohetes de los bazucas como los proyectiles tierra-tierra FROG de los sirios, que podían lanzar media tonelada de alto explosivo a 65 kilómetros de distancia. (Israelíes y egipcios disponían de cohetes más complejos de largo alcance, pero ninguno se utilizó en la Guerra del Yom Kippur. El Zafir (Triunfante) de Egipto, desarrollado en la década de 1960 por científicos alemanes a sueldo de la RAU, tiene, al parecer, un alcance de 320 kilómetros. El cohete Jericho de Israel, se le estimaba un alcance de 460 kilómetros). En la tarde del domingo, dos cohetes FROG alcanzaron la ciudad de Migdal Haemek, en el Oeste de Galilea, hiriendo a diez personas y dejando a otras doscientas sin hogar. Un tercer FROG cayó en el *kibbutz* Gevat y destruyó media docena de edificios escolares y privados. Por fortuna, los niños, que generalmente dormían en Gevat, estaban pasando la noche en refugios excavados en el campo.

La distinción entre soldados y paisanos y el respeto a las vidas civiles en la guerra no es ciertamente una tradición inmaculada incluso en Occidente. Los bombardeos de Varsovia, de Coventry, Londres y Dresde están aún frescos en la memoria de la generación más antigua. Mas la distinción existe y, cuando se rompe, una sensación de horror se expande por el mundo. En Israel es virtualmente desconocida. *El adu*, el enemigo, ha sido el sinónimo más común empleado por los sirios para designar a los israelíes; mucho antes de que se hablara de las organizaciones de guerrillas palestinas, los establecimientos judíos en los valles del Jordán y el Beisan constituían objetivos de los guerrilleros sirios y jordanos. En el transcurso de los años, también aquéllos han adquirido una reputación negativa por torturar a los prisioneros. Todo esto se ha reflejado en los deseos de venganza de los israelíes, deseo que no ha sido aparente en el frente egipcio. En esta ocasión, el instrumento de la venganza fue la Fuerza Aérea de Israel, cuyos cazabombarderos atacaron Damasco además de objetivos militares y económicos en otros puntos de Siria. En la capital hubo importantes pérdidas civiles —cien muertos o heridos, según un portavoz del gobierno sirio—, y el centro cultural soviético figuraba entre los edificios que sufrieron mayores daños. En otras dos incursio-



nes contra la ciudad de Homs, la refinería de petróleo de Siria y una central eléctrica que suministraba el veinte por ciento de las necesidades energéticas del país, fueron reducidas a escombros. Los puertos de Tartus, terminal del oleoducto de Banias, y Latakia sufrieron también bombardeos, y en ambos lugares se registraron grandes pérdidas entre la población civil.

Los dos puertos sirvieron asimismo de escenario de enconados encuentros navales entre lanchas coheteras y patrulleras israelíes y sirias, en el curso de los cuales quedó virtualmente borrada del mapa la totalidad de la Marina de Siria, y fueron hundidos cargueros rusos, japoneses y griegos. De estas acciones resultó evidente que el proyectil israelí Gabriel, de baja cota, era superior al soviético Styx.

Volviendo al frente, transcurría un momento de ansiedad para el comandante en jefe sirio, general Yussuf Chakur. El avance de sus fuerzas más allá de Kuneitra había sido contenido, y muchos de los carros que habían atravesado la línea de alto el fuego en auténtica formación de frente estaban destruídos. Los blindados sirios habían forzado a los israelíes a retroceder por las carreteras y el llano terreno por el que marchaban. Mas los soldados de Israel se habían aferrado tenazmente a las colinas que lo dominaban. La infantería siria, que seguía a sus blindados, debería haber atacado tales posiciones. Mas se quedó al amparo de sus transportes acorazados, junto a las carreteras, y cuando los israelíes destrozaron los carros enemigos, todo el avance de las fuerzas de Siria quedó paralizado.

El domingo, Chakur trató de romper el punto muerto en el centro con un ataque de flanco desde el Norte. Unos 1.800 marroquíes —las primeras tropas de los otros aliados árabes de Egipto y Siria que entraban en acción— habían ocupado las posiciones israelíes en el monte Hermon conquistadas por los sirios en los primeros días de la guerra, y un batallón druso de Siria recibió órdenes de avanzar hacia el Sur a lo largo de las estribaciones de la montaña, bajo la cobertura de los marroquíes. Pero los drusos no tenían demasiados arrestos para la lucha, y su jefe, el coronel Omar

Los blindados jordanos se disponen a unirse a la lucha.

Shalsah, se suicidó cuando supo que sus mandos de compañía no abrigaban la menor intención de obedecer sus órdenes de avance. Desde el punto de vista sirio, más serio fue que el fracaso de los drusos en cuanto a proseguir la ofensiva significaba la existencia de una brecha entre Majdel Shams, en las faldas del monte Hermon, y la punta de lanza detenida cerca de Kuneitra. Con las tropas israelíes del general Rafoul Eylan tanteando ya la línea siria en busca de una abertura semejante, el general Chakur decidió suspender la ofensiva y, en su lugar, dio orden de consolidar la zona conquistada.

Mientras tanto, los israelíes se estaban organizando para llevar a cabo un contraataque que haría retroceder a los sirios y buscaría la destrucción de todo el ejército árabe en el frente Norte. Los rezagados judíos, muchos de ellos heridos, volvían cojeando de detrás de las líneas sirias. Un joven oficial, que había sobrevivido a la destrucción de su carro, buscó refugio hasta que la acción bélica rebasó su abrigo, y luego se dispuso a reunirse con las fuerzas israelíes. En el camino, se encontró con un carro sirio inutilizado y subió a él en busca de agua. Halló ésta y algo más: un sirio malherido, único superviviente de la dotación del carro. Sacó al sirio del carro y juntos se dirigieron al territorio ocupado por Israel, deteniéndose únicamente para compartir el agua o buscar protección cuando empezaban a caer granadas. Diez horas después, los dos fueron avistados por un semioruga israelí que los recogió y condujo al hospital.

El primer intento de Israel para volver al Golan se montó para el lunes (8 de octubre de 1973), y el asalto inicial pronto demostró que los israelíes se enfrentaban a una sombría y sangrienta lucha hasta conseguir la derrota de los sirios. Por ello, se adoptó una táctica en consecuencia. En primer lugar, la Fuerza Aérea de Israel bombardearía, ametrallaría y rociaría con *napalm* las posiciones sirias, arma que desmoronó

la moral de las tropas escogidas del rey Hussein de Jordania en la Guerra de los Seis Días; luego vendría un intenso cañoneo de la artillería israelí. Por último, avanzarían los carros de Israel. «No es nuestra forma de guerrear», comentó un jefe de carro. Ni parece haber sido la de los árabes. Los sirios trataron de repeler el asalto, y algunos de sus contragolpes hicieron pagar a los sionistas un alto precio por el terreno que reconquistaban.

El lunes por la tarde, las tropas iraquíes se unieron a la lucha. Al igual que el resto del mundo árabe, ni el gobierno del Irak en Bagdad, ni el rey Hussein de Jordania habían sido informados de que Egipto y Siria atacarían a Israel en el Yom Kippur. Sin embargo, tan pronto llegaron las noticias a Bagdad, el Irak ordenó la movilización parcial y se dispuso para la acción. Dos escuadrillas de MiG de la Fuerza Aérea iraquí fueron destacadas a Siria, y en la mañana del lunes rodaban hacia Damasco los carros de combate de la 3.ª División iraquí. Tanto los aviadores, como los carristas iban a recibir un bautismo de fuego que no olvidarían.

Al llegar a los aeródromos sirios, los pilotos iraquíes recibieron instrucciones en cuanto a llevar a cabo misiones en las zonas avanzadas, y a su debido tiempo volaron hacia el frente del Golan. Por desgracia, nadie había pensado en sintonizar el equipo electrónico IFF («Identificación de Amigo o Enemigo») de los aviones del Irak para responder al radar que controlaba los proyectiles SAM de Siria. Como consecuencia de ello, cuando los iraquíes volaban sobre los emplazamientos de tales ingenios, perdieron rápidamente cuatro MiG por la acción de los SAM sirios. La 3.ª División iraquí también tuvo poca suerte. A su llegada el lunes por la tarde, el jefe de dicha unidad se presentó al general Chakur en demanda de órdenes. Como les dijeran simplemente que «lucharan», los iraquíes se dirigieron al campo de batalla sin tener una idea clara de lo que estaba pasando, sin sintonizar la radio ni comprobar las señales de llamada. Y cuando se tropezaron con los israelíes, pagaron cara su incompetencia.

El rey Hussein se encontraba menos dispuesto que el gobierno iraquí en cuanto a acudir a la lucha. Su Ejército había sido duramente castigado en 1967, y no tenía intención de permitir que aquéllo volviera a repetirse. Cuando le informaron el sábado (6 de octubre de 1973) de que había comenzado la guerra, telefoneó al presidente Sadat y al presidente Assad para discutir el papel de Jordania. Obviamente, no podía permitirse quedar al margen del conflicto si Egipto y Siria iban ganando, porque el mundo árabe le calificaría de cobarde. Pero si él abría un tercer frente y la lucha se desarrollaba contra los intereses árabes, podía esperarse una terrible venganza por parte de Israel. El caso es que Hussein se decidió por una solución de compromiso. Se llamó a los reservistas jordanos y las baterías antiaéreas hachemitas dispararon contra los aviones israelíes que violaban el espacio aéreo de Jordania. (Cuando Israel comenzó su contraataque en el Golan, sus Mirage volaron a baja altura sobre el reino hachemita, en una curva con dirección Norte por encima y a través de los Altos, a fin de atacar a los sirios por el flanco y la retaguardia. El fuego antiaéreo jordano, junto con el deseo de Israel de no provocar a Hussein, impidieron esta maniobra, y obligaron a la Fuerza Aérea israelí a atacar a Siria de frente, con mayor riesgo y, por tanto, bajas más importantes). Mas la actitud de Jordania tenía un carácter esencialmente «defensivo», informó el monarca hachemita a los israelíes. Para éstos, parecía como si el rey estuviera haciendo lo menos que podía: evitar la ira tanto de los árabes, como de Israel. Ciertamente, no había indicios de que Jordania preparase por el momento operaciones ofensivas; el puente Allenby, en la orilla occidental de Jordán, permanecía abierto, aunque fuera errático el servicio local de autobuses. «¿Dónde está nuestro autobús, Abu Yasser?», preguntaba a gritos un soldado de Israel a su equivalente en suelo jordano, tras un retraso especialmente largo. Y el vehículo llegaba por fin del otro lado del puente.

A medida que la lucha empezó a desarrollarse contra Siria en el Norte y a volverse contra Egipto en el Sur, comenzó a aumentar la presión árabe sobre Hussein. Soldados marroquíes e iraquíes combatían ya junto a los sirios, mientras que tropas de Kuwait, Túnez y el Sudán se unían a la batalla en el frente egipcio. Aparte de Libia, cuyo «volátil» presidente Gadaffi dijo que no creía que la ofensiva de Egipto consiguiera nada, Jordania era el único Estado árabe de «primera línea» que no participaba activamente en la guerra. «Ha llegado el momento», dijo el presidente tunecino, Habib Burguiba, en una reunión convocada por el Irak para discutir el papel del petróleo en el conflicto, «de que Jordania entre en la guerra». Radio Bagdad aireó la sugerencia en términos más definidos: «Todos los ojos», dijo un locutor palestino el 12 de octubre de 1973, «los ojos de los pequeños, de las muchachas, de los hombres en el sagrado fuego y en cada pulgada de la vasta patria en llamas, todos los que miran a los hombres de Jordania que empuñan sus armas pero sólo escuchan las noticias. ¿Hasta cuándo estará el Ejército jordano oyendo sin ver?»

Hussein respondió anunciando su decisión, el 13 de octubre de 1973, de enviar su 40.ª Brigada Acorazada, unidad distinguida, a Siria.

Para entonces, los israelíes estaban en fase ascendente, claramente ascendente, en el Golan. Tras un largo y sangriento contraataque, los sirios habían sido rechazados de los Altos, y casi todas las tropas de Siria habían tenido que replegarse. Restos calcinados y retorcidos de vehículos destruidos y cadáveres sirios pudriéndose al sol constituían la prueba de los duros combates que habían tenido lugar; soldados exhaustos recorrían la zona haciendo prisioneros. La lucha no se había parecido en absoluto a la de 1967. No hubo fulminantes embestidas de blindados o ataques de gran profundidad de la infantería, como los de la Guerra de los Seis Días; en esta ocasión, los israelíes tuvieron que combatir con arreglo a los cánones. Sus carros habían avanzado tras una intensa barrera artillera, y operado luego a corta distancia. Cuando se tomaba una posición, se consolidaba, y luego empezaba la artillería a castigar el objetivo siguiente. En el aire, el rendimiento de la Fuerza Aérea israelí había estado significativamente limitado por los proyectiles SAM, que los árabes no tenían en 1967. Pero ahora los israelíes volvían a la línea de alto el fuego, y las largas columnas de sus carros, muchos de los cuales llevaban en sus costados letreros de «Damasco Express» y «Directo a Damasco», hacían resonar las cadenas al avanzar por la carretera que llevaba a la capital siria.

No obstante, la guerra en el frente sirio se hallaba lejos de su fin. Si bien el Ejército de Siria había sufrido tremendas pérdidas al ser rechazado de los Altos, rehusaba tesoneramente ceder. Dos días después de su irrupción hacia la antigua frontera, los israelíes se estaban aún abriendo camino por la carretera de Damasco en dirección a la localidad de Sasa. Y allí se les detuvo. De un modo u otro, los sirios lograron reagruparse y convertir lo que equivalía a una derrota en una retirada ordenada. En el terreno elevado delante de Sasa, los sirios organizaron una línea de defensa que se sostuvo, y allí, por el resto de la guerra en este frente, dos ejércitos bien atrincherados se castigaron mutuamente.

Los sirios intentaron montar contraofensivas en varios puntos durante la semana, y cada vez, durante horas, granadas de cañón y bombas de mortero caían sobre las posiciones de Israel. Con las primeras luces del martes 16 de octubre de 1973, se lanzó un ataque combinado sirio-iraquí-jordano, cuyo objetivo consistía en cortar las líneas de comunicación israelíes a sus posiciones avanzadas frente a Sasa. En una operación dirigida hacia Kuneitra, la recién llegada 40.ª Brigada Acorazada jordana se encargó de la tarea de romper la corteza israelí, y el rey Hussein vino en automóvil desde Amman para ver a sus beduinos dar la batalla. Al hacerlo así se convirtió en el único jefe de estado

árabe que se acercó al frente. (El presidente de Uganda, Idi Amin, cuyo ofrecimiento de contribuir con tropas ugandesas fue recibido sin entusiasmo por los dirigentes árabes, pasó gran parte de la guerra en una tienda de campaña cerca del extremo de la pista en el aeropuerto de Amman). De acuerdo con la táctica aprendida de los británicos, los blindados jordanos atacaron en un estrecho frente para abrir un paso a la infantería. Con todo el tradicional empuje y audacia de la Legión Arabe, los Centurion de Hussein se lanzaron a la ofensiva, con los jefes de los carros, tocados con sus *keffiyehs* en cuadros rojos y blancos, asomando cabeza y hombros por fuera de las torretas. Tal táctica resultaba nueva en el campo de batalla sirio, y por eso tuvo un éxito sorprendente. A un coste de catorce carros de los 150 lanzados al ataque, los blindados beduínos rompieron la línea israelí. Sólo entonces comenzaron a ir mal las cosas. Treinta minutos después de la iniciación del ataque, los cañones iraquíes abrían el fuego de barrera que debería haber precedido al asalto media hora antes, y los jordanos se encontraron bajo un intenso cañoneo. A continuación, cazas y cazabombarderos sirios, llamados para apoyar a las tropas de Jordania, comenzaron a ametrallar a los iraquíes que acudían como refuerzo. La situación se desbocaba de tal modo que el jefe encargado de dirigir el ataque sirio, coronel Rafek Hilawi, suspendió toda la operación.

Los israelíes continuaron luchando, hasta el 21 de octubre de 1973, a fin de rebasar Sasa y apoderarse de la zona donde termina el áspero terreno del Golan y comienza la llanura abierta. No lo consiguieron, en gran parte debido a que no podían permitirse dedicar más recursos al frente Norte. No habían logrado derrotar al Ejército sirio como en 1967, pero destrozaron su capacidad para montar otra ofensiva, y la situación en el frente egipcio resultaba más apremiante. Además, el traslado de fuerzas, equipo y aviones había empezado el sábado 13 de octubre de 1973, y aunque los Mirage, Skyhawk y Phantom israelíes volaban aún ocasionalmente en misiones de apoyo terrestre y se enfrentaban de vez en cuando con los MiG sirios, la actividad aérea sobre el Golan se redujo marcadamente después de la primera semana de guerra. Según cálculos de expertos de información militar norteamericanos, los sirios sufrieron ocho mil bajas, entre muertos, heridos y prisioneros durante su abortada ofensiva, cuya ruta aparecía ahora señalada por los restos calcinados de vehículos de combate. Pero los israelíes, instalados en quinientos kilómetros cuadrados de nuevo territorio, también habían sufrido pérdidas: pequeñas en comparación con las de los sirios y sus aliados, pero importantes en cuanto a la población total de Israel. No había ahora posibilidad de una victoria rápida y relativamente indolora sobre Siria, y las ventajas del terreno ganado en un avance «colina abajo a Damasco» tenían que ser sopesadas respecto al costo de hombres y material.





Vehículos sirios inutilizados en el Golan.

El ataque egipcio en el frente Sur

La invasión egipcia del Sinaí empezó con un ataque aéreo y un bombardeo masivo de la artillería. Unas doscientas toneladas de granadas de alto explosivo, disparadas por dos mil cañones ocultos entre las dunas en la orilla occidental del canal de Suez, cayeron sobre objetivos previamente marcados; los MiG árabes volaron arriba y abajo de la línea Bar-Lev bombardeando, ametrallando y lanzando cohetes. A la Hora Cero, las dos de la tarde del Yom Kippur, explosiones simultáneas hicieron retemblar también tres lugares a ambos lados del canal. Buceadores de combate egipcios habían plantado cargas de dinamita en las arenosas riberas de la margen israelí, y en la orilla Oeste. La detonación de estos explosivos fue la señal para que las tropas de asalto egipcias cogieran las embarcaciones y los motores fuera borda situados detrás de las brechas la noche anterior. En unos minutos, los soldados corrían al canal y cruzaban en los botes los 180 metros de agua, para desplegarse en abanico y establecer una cabeza de puente como preliminar para la fase siguiente del ataque. Cada grupo de asalto había sido provisto de una bandera egipcia, y tan pronto como desembarcaba la plantaba en la otra orilla. «Al empezar a ondear las banderas», decía el general de brigada Abu Saada, jefe de una de las unidades de asalto en el sector central, cerca de Ismailía, «parecía como si una potente corriente eléctrica circulara por los soldados...» «Alá está con nosotros», gritaban.

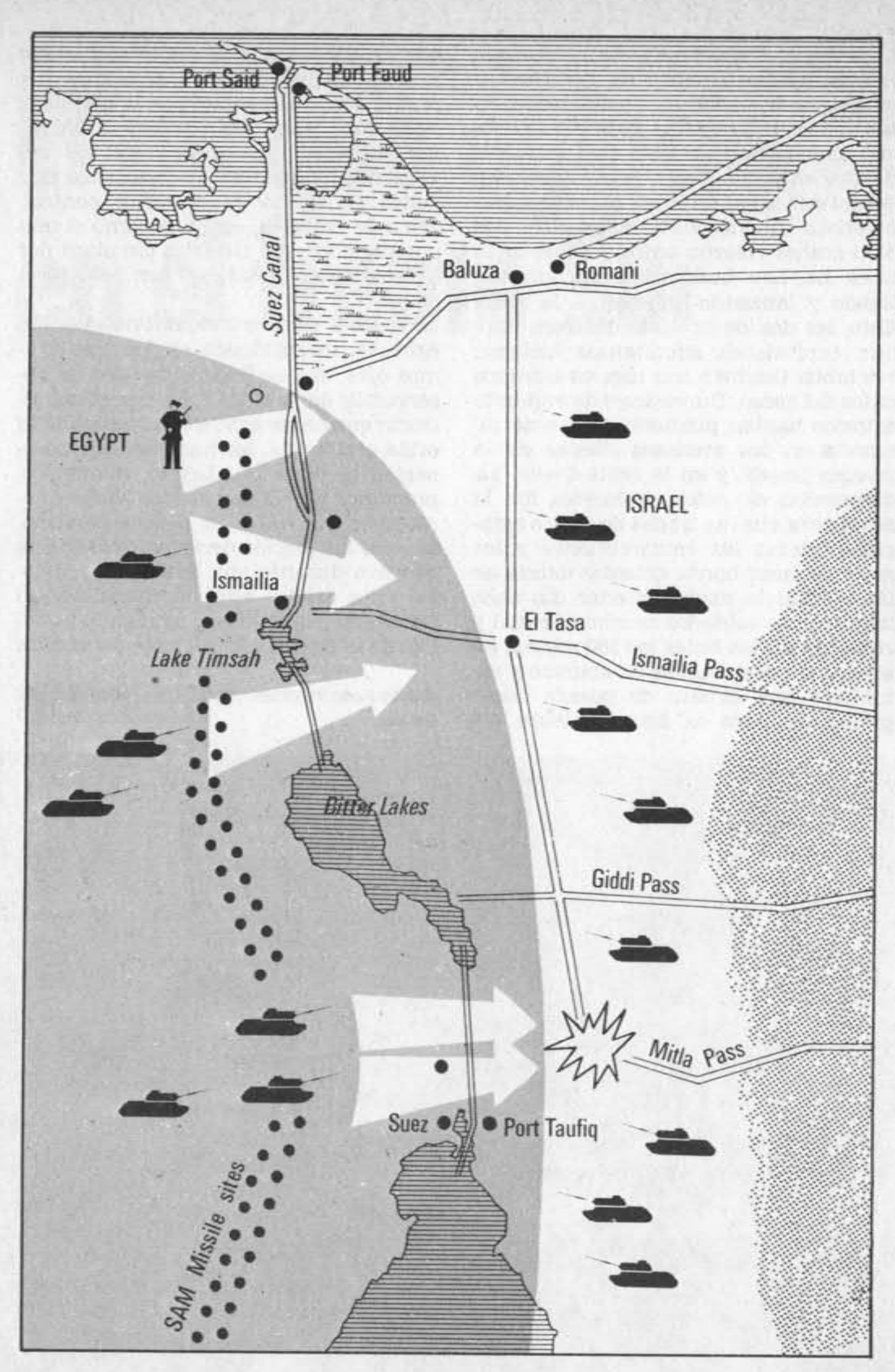
Pese a la evidencia de actividad de los egipcios, intensificada en los tres últimos días, la ausencia de puestos de observación de la RAU y el sospechoso silencio que había envuelto a mediodiía la orilla occidental, los hombres que guarnecían la línea Bar-Lev se vieron sorprendidos por la embestida. Nadie quería creer que había un ataque pendiente; sólo los impíos decidirían pasar a la ofensiva durante una festividad religiosa, y los árabes estaban celebrando el Ramadán. Aburridos, y ayunando por el Día de la Expiación, los israelíes sufrían



Soldados egipcios vigilan las líneas israelíes en el Sinaí.



Jubilosas tropas egipcias camino del frente.



El frente Sur: el asalto egipcio a través del canal de Suez.

las penalidades comunes a los ejércitos en el desierto, y seguían con sus tareas de rutina. Hacía una cálida tarde soleada y, cuando se inició el fuego de barrera egipcio, algunos estaban lavando ropa, otros descansaban, leían o escribían cartas; unos pocos, en la posición frente a los suburbios meridionales de Ismailía, jugaban sin ilación al fútbol. El cañoneo pronto envió a todos a sus puestos de combate, sin embargo, y una oleada de mensajes telefónicos y de radio comenzó a inundar el cuartel general israelí del Sinaí, en Tasa. Hasta que comenzaron a filtrarse las noticias, y se hizo aparente la situación de algunas de las otras posiciones por sus frenéticas peticiones de apoyo artillero y aéreo radiadas a Tasa, muchas de las aisladas guarniciones israelíes creyeron que estaban envueltas en alguna cuestión local. En el «malecón» de defensa cercano a Port Tewfik, en el extremo Sur del canal, pocos de los soldados comieron o bebieron aquel día. «No querían violar la santidad de la fecha», dijo uno de los supervivientes.

La sorpresa, junto con la falta de preparación en el lado israelí, y la inesperada potencia y habilidad del ataque egipcio, convirtieron en disparatado el plan de Israel para defender el Sinaí. Este plan estaba basado en que los puntos fuertes de la Bar-Lev retrasaran a una fuerza atacante y actuaran como puestos de observación para la artillería y los blindados situados detrás de ellos. Al abrigo de las alambradas y los campos de minas, y protegidas del fuego de los cañones y los francotiradores por el hormigón y la arena, las guarniciones de dichos puntos deberían mantenerse firmes mientras la artillería castigaba a los atacantes, y los carros limpiaban lo que quedaba de ellos. Pero incluso si no se esperaba que esos puntos cayeran tan rápidamente, ni que los egipcios poseyeran armas anticarro tan eficaces, el elemento clave del plan israelí —suficiencia artillera y una masa substancial de carros de combate en las cercanías— faltaba. En cualquier caso, sólo había una brigada de carros, la 14.ª Brigada Acorazada —unidad regular de 200 Patton mandada por el coronel Amnon Resheff—, en el punto crítico cuando empezó la guerra.

Las primeras tropas de asalto cruzaron el canal casi incólumes. Trepando por los empinados lados de la muralla de arena que ocultaba y protegía la línea israelí, fijaron cabos y escalas para que pudieran subir los que venían detrás. «Era como un ataque a un castillo de los cruzados», dijo uno de los egipcios. Oleada tras oleada de infantería cruzaba el canal; también hicieron lo mismo algunos carros ligeros anfibios PT-76, de fabricación rusa, surcando el agua a gran velocidad. Rodeando las posiciones israelíes inmediatas a los puntos de cruce, los infantes egipcios inundaron las trincheras que conducían a los fortines subterráneos con granadas y descargas de lanzallamas. Luego, los PT-76 entraron en acción para abrirse camino hasta los puntos fuertes, rompiendo el fuego contra ellos a quemarropa. A las tres y media de la tarde había caído la primera de las fortificaciones de Israel —situada al Sur de Port-Said—, y en las seis horas siguientes se conquistaron otras catorce. Diez más resistieron otros seis días, y por orden del cuartel general israelí del Sinaí se evacuaron después otras diez.

Aunque cada hombre llevaba de veinticinco a treinta kilos de carga, las tropas de asalto egipcias no pasaron equipo pesado al otro lado del canal. El único transporte efectuado para su uso consitió en carros de mano, y éstos iban llenos de municiones y de gran cantidad de las más recientes armas anticarro portátiles soviéticas. Aparte de los bazucas RPG-7 (granadas propulsadas por cohete), había un verdadero exceso de proyectiles Snapper y Sagger guiados por cable: pequeños y complejos ingenios con un alcance de entre 2.000 y 3.500 metros, los cuales se podían meter en recipientes metálicos de poco peso que parecían maletas de fin de semana. Estas armas permitirían a la infantería asaltante destruir los carros y la artillería israelíes emplazados detrás de la línea Bar-Lev y detener el esperado contraataque blindado. El caso es que alrededor de la mitad de los carros de Resheff se hallaban desplegados en posicio-

Soldados egipcios alzan su bandera en un punto fortificado de la línea Bar-Lev.

Escalas usadas por los egipcios para remontar las inclinadas paredes del canal.



Una nueva bandera ondea sobre una antigua posición israelí.

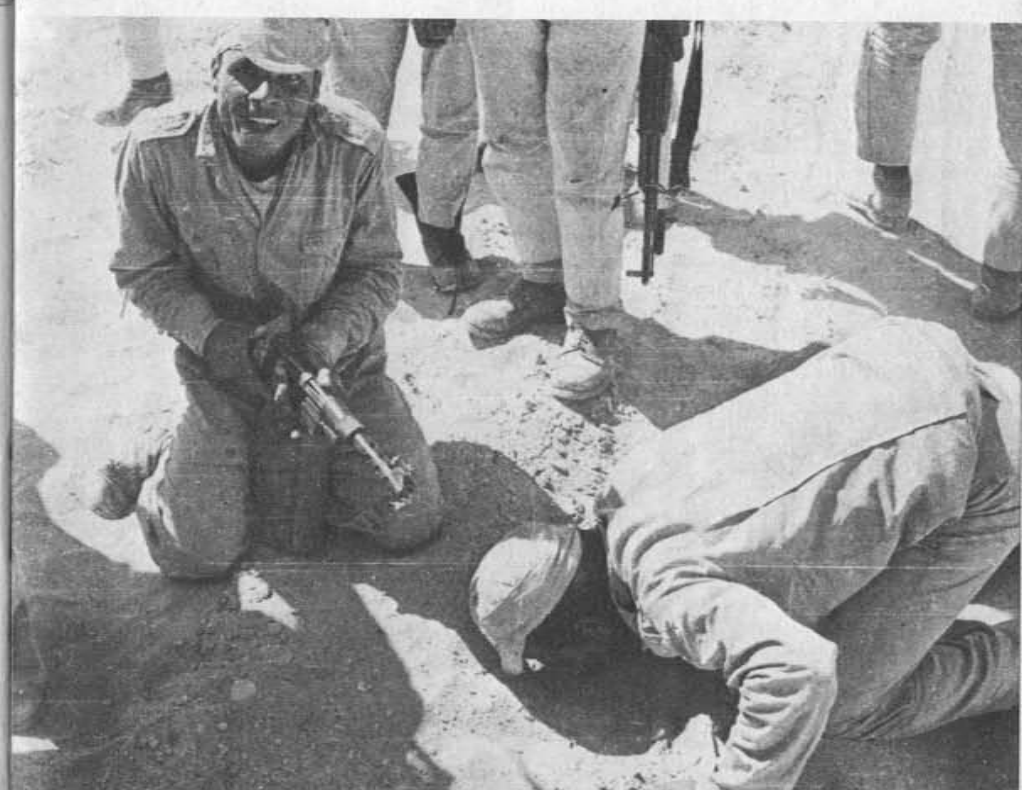
nes estáticas, y cuando la otra mitad se dirigió hacia el canal, los carros se vieron pronto detenidos por una granizada de dichas armas anticarro. Los repetidos esfuerzos para cargar a través de la cortina de infantería egipcia a fin de acudir en socorro de los agobiados defensores de los puntos fuertes de la Bar-Lev que aún se sostenían, tuvieron idéntico fin. Los intentos de hacer lo mismo por la noche resultaron tan costosos como los ataques diurnos.

La situación era análoga a la de junio de 1942, cuando el Octavo Ejército británico, que trataba de detener a los panzers de Rommel en Gazala, malgastó sus blindados en ataques minúsculos que nada lograron. Por ello, los israelíes buscaron una solución semejante a la que había devuelto la pelota al famoso mariscal alemán en Alam Halfa y conducido posteriormente a la victoria de Montgomery en El Alamein. Lógicamente, una vez establecidas sus cabezas de puente al otro lado del canal, el objetivo principal de los egipcios sería la vital Ismailía y los pasos de Gidi y Mitla. Con este pensamiento, el general de difisión Shmuel Gonen, jefe del frente Sur israelí, había ordenado a su infantería que se atrincherara en el terreno elevado que cubre los pasos, y que el resto de los blindados de Resheff esperara para desempeñar su papel en el contraataque.

En realidad, los egipcios no intentaron apoderarse de los pasos, con gran disgusto de algunos de sus jefes carristas, los cuales creían que no había nada delante de ellos el segundo día de la guerra. El ministro de la Guerra y comandante en jefe egipcio, general Ahmed Ismail, explicó esto después razonando que el avance resultaba necesariamente lento porque él no deseaba que sus tropas se aventuraran más allá de la sombrilla proporcionada por los proyectiles SAM del otro lado del canal. En cualquier caso, decía, los objetivos árabes se limitaban a la conquista de una franja del Sinaí en la orilla oriental del canal afin de proporcionar «La Chispa» —nombre clave dado a la guerra por el presidente Sadat— para transformar la situación en el Oriente Medio. De hecho, esto no era así. Egipto se proponía recuperar todo el Sinaí. Y si hubieran tenido éxito en dominar los pasos, y se hubiese presentado la oportunidad, los árabes habrían seguido para conquistar Israel y entregar el país a los palestinos. Tales esperanzas se nublaron, y se perdió la oportunidad de ganar la guerra cuando los egipcios fallaron en la explotación de la sorpresa y de los éxitos que consiguieron en los dos primeros días del conflicto. Del mismo modo que la Guerra de los Seis Días había dado exceso de confianza a los israelíes, hizo cautelosos en extremo a los egipcios.

Pero no se apreciaba carencia alguna de ímpetu y arrojo entre las tropas de asalto que interpretaron sus papeles en un bien orquestado plan, con profesionalidad y confianza. Dejando destacamentos para reducir los puntos fuertes de la Bar-Lev cercanos a las zonas elegidas para tender los puentes de pontones, el grueso de la infantería egipcia pasó al Sinaí. Arrastrando sus carros de impedimenta, los soldados se desplegaron en abanico a lo largo de una línea en el desierto, diez o doce kilómetros más allá del canal. Allí cavaron trincheras, descargaron sus carros, montaron sus proyectiles anticarro y sacaron una nueva y compleja arma. Se trataba del pequeño SAM-7 Strela, ingenio antiaéreo soviético sostenido manualmente y disparado desde el hombro como el *Blowpipe* británico. Al ser lanzado en la dirección general de un avión, el proyectil, de unos dos kilos y medio de peso, es guiado a su blanco por un dispositivo de rayos infrarrojos que se activa por el calor emitido por los motores del aparato. En el Vietnam, el SAM-7 ya se había mostrado notablemente eficaz, e iba a volver a serlo en el Sinaí y en los Altos-

Soldados egipcios en el reconquistado suelo del Sinaí.





Un momento de júbilo en la orilla oriental.

del Golan. Con este formidable arsenal, la tarea de la infantería egipcia consistía ahora en evitar que los israelíes perturbaran la fase siguiente de la operación: el paso de carros y armas pesadas al otro lado del canal. En realidad, éste era el período crucial durante el cual el Alto Mando de Israel había calculado que sus fuerzas podrían aplastar un ataque egipcio. Que la infantería cruzara el canal constituía una operación comparativamente simple; pero los blindados y la artillería pesada necesitarían puentes, y Moshe Dayan estimaba que su construcción llevaría 48 horas, en el curso de las cuales —si la Fuerza Aérea judía no lograba borrarlos del mapa— los israelíes se hallarían en situación de concentrar una potente fuerza acorazada de contraataque. Pero los cálculos de Dayan se vieron trastornados por un factor inesperado que redujo su cuenta del tiempo en más de la mitad. A ambos lados del canal, los terraplenes de arena suponían un obstáculo demasiado empinado para que los carros lo subieran; antes de que se tendiera un puente había que abrir cortadas en ellos. Las máquinas explanadoras no servían, ya que no podían tener agarre en el lado del canal; los explosivos harían el trabajo, pero abrir una brecha respetable llevaba mucho tiempo. (Hacer una sola abertura de seis metros de ancha —el mínimo para permitir el paso de carros— suponía mover 1.140 metros cúbicos de arena, y los egipcios proyectaban perforar sesenta rampas semejantes en la margen oriental, y un número igual en su propia orilla del canal). Sin embargo, habían perfeccionado un medio. Un paciente estudio había revelado que chorros de agua a alata presión romperían mejor los terraplenes que las explanadoras o las bombas. Así trajeron cañones de agua, y en cinco horas se habían abierto las brechas requeridas en los baluartes del canal, y las orillas quedaron igualadas mediante explosivos y máquinas explanadoras.

El tendido de puentes fue tarea fácil merced al empleo de equipo especial di-

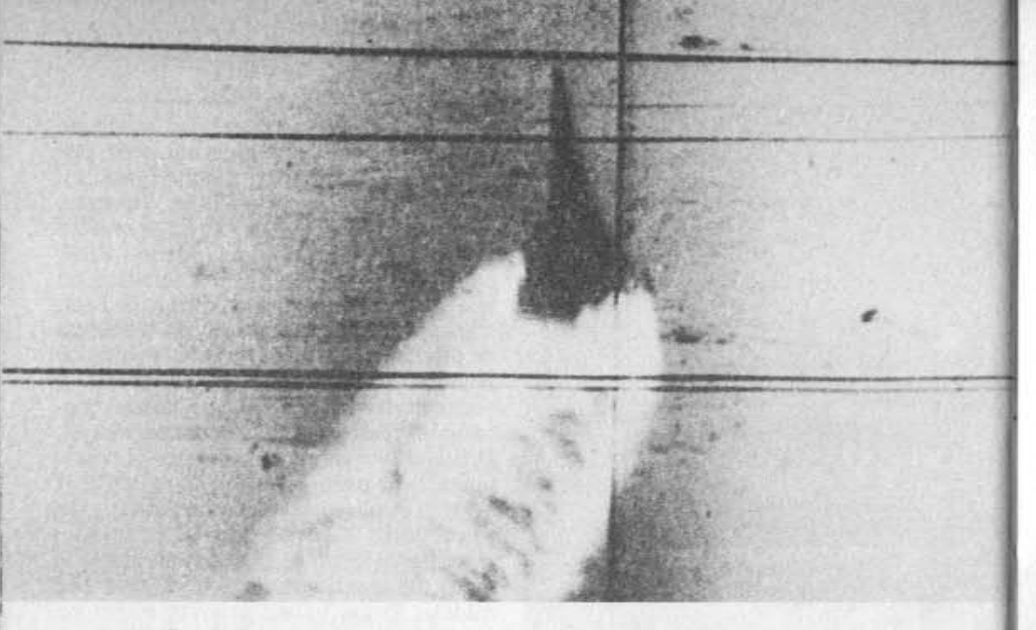
Más egipcios marchan al Sinaí.



Puente de pontones egipcio sobre el canal.

señado por los rusos para el cruce de ríos en la Europa occidental. Por primera vez se empleaba dicho equipo en guerra y, como experiencia de combate, el cruce del canal de Suez demostró ciertamente el valor del puente PNP, como se llama. El puente consiste en una serie de pontones en forma de caja, transportado cada uno en un vehículo de orugas. El primero de estos vehículos llega hasta el borde del agua y entonces —mediante brazos hidráulicos— descarga el pontón en la superficie líquida. Un segundo vehículo se acerca a continuación al primer pontón para bajar el suyo, el cual se desliza hasta aquél, y así se continúa. El procedimiento es rápido, y se dice que el PNP puede tenderse a razón de cuatro metros y medios por minuto. Como informaron por radio los israelíes de uno de los puntos fuertes que aún se sostenían cerca de uno de los cruces: «El puente crece a través del agua como un brazo que se extiende».

En realidad, la operación se desarrolló mejor en el sector Norte que en el Sur, donde el cañón de agua tardó más tiempo en las perforaciones de los terraplenes, debido a que los gránulos de arena eran mayores y más cohesivos. Esto perturbó casi por entero el plan, cuidadosamente formulado en cuanto a horario, del Tercer Ejército del general de división Abdel Moneim Wassel, y éste se vio obligado a enviar sus tropas a Ismailía para cruzar el canal por uno de los puentes del Segundo Ejército antes de correr al Sur a fin de enlazar con su infantería. Los egipcios tenían diez puentes sobre el canal y, para el atardecer del sábado, operaban cincuenta transbordadores. No obstante, el más meridional de los dos ejércitos egipcios carecía de la máxima potencia blindada justo cuando la necesitaba para reforzar la cabeza de puente. Mientras tanto, la cortina de infantería mantenía a distancia a los israelíes en sus contraataques; y, al amparo de la obscuridad, cinco divisiones egipcias y unos 500 carros pasaron al otro lado del canal, importante logro militar que, desde el punto de



un proyectil antiaéreo de la red de defensa egipcia.

vista de Israel, resultó desastroso. Al contener las embestidas a lo largo de los 160 kilómetros de frente, los escuadrones de Patton de Resheff ni siquieran habían logrado mellar las cabezas de puente enemigas; bolsas de infantes israelíes reñían pequeñas acciones y mantenían sus aisladas posiciones; y la artillería de Israel, en respuesta a urgentes peticiones de apoyo de fuego, disparaba ciegamente, según planes ya registrados, sobre zonas donde sus proyectiles a menudo no tenían efecto. La coordinación del esfuerzo era pequeña; en palabras de un oficial israelí, demasiada gente «estaba haciendo lo suyo exclusivamente». Sin embargo, tal situación no iba a durar mucho. Escasamente diez días después, Israel ganaba la guerra.

En la mañana del domingo (7 de octubre), Phantom y Skyhawk israelíes entraron en acción en el frente del Sinaí, precipitándose desde las alturas para atacar los puentes egipcios. Se encontraron con una barrera de fuego antiaéreo de la red enemiga de proyectiles defensivos, y en las primeras incursiones fueron alcanzados tres de cada cinco aparatos de Israel. (La cuenta fue peor en el Golan, donde los israelíes perdieron 34 aviones el sábado por la tarde. Unos ochenta de las pérdidas totales de Israel de 115 aviones se produjeron en el frente sirio). Obligados a bombardear desde gran altura, y a tratar de inutilizar los puentes con fuego artillero, los israelíes resultaron menos efectivos. Tan pronto dañaban los pontones PNP, los egipcios los reemplazaban o reparaban.

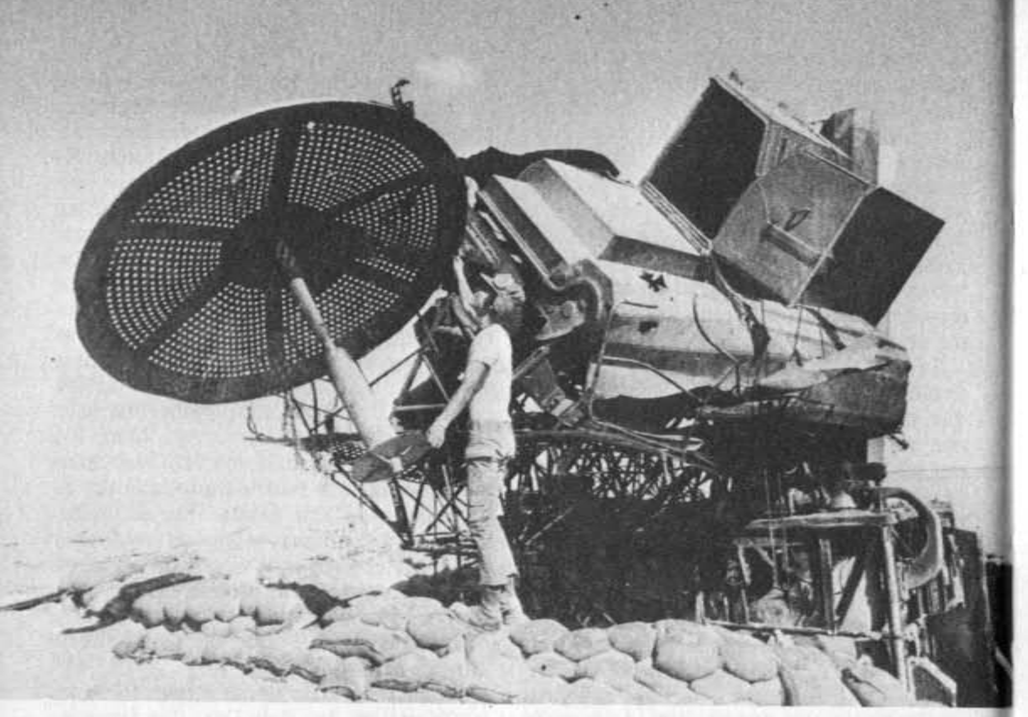
Del mismo modo en que el empleo masivo de los nuevos proyectiles anticarro guiados por cable había hecho que el carro de combate pareciera tan vulnerable en el campo de batalla, como lo fueron los caballeros franceses con sus armaduras para los arqueros ingleses en Agincourt, los SAM que defencían los puentes sobre el canal pusieron aparentemente límites definidos al uso de los aviones en apoyo de las tropas terrestres. La electrónica había transformado la guerra, y esto resultaba especialmente aparente en el aire. Una vez que se disparaba un proyectil y su complejo sistema de seguimiento y gobierno elegía y «se apuntaba» a su blanco, muy poco podía hacer el piloto para esquivarlo. Solamente los dispositivos electrónicos capaces de burlar a los que operaban el ingenio podían salvarle; y los israelíes se sorprendieron al comprobar que su tecnología se había quedado rezagada en este campo. Proyectar y desarrollar contramedidas electrónicas (ECM) lleva tiempo y, generalmente, exige cierto conocimiento de lo que se va a contrarrestar. Los israelíes sabían mucho de los antiguos proyectiles SAM-2 y SAM-3. Mas los SAM-6 resultaban nuevos en el Oriente Medio, y nunca se habían utilizado hasta la Guerra del Yom Kippur.

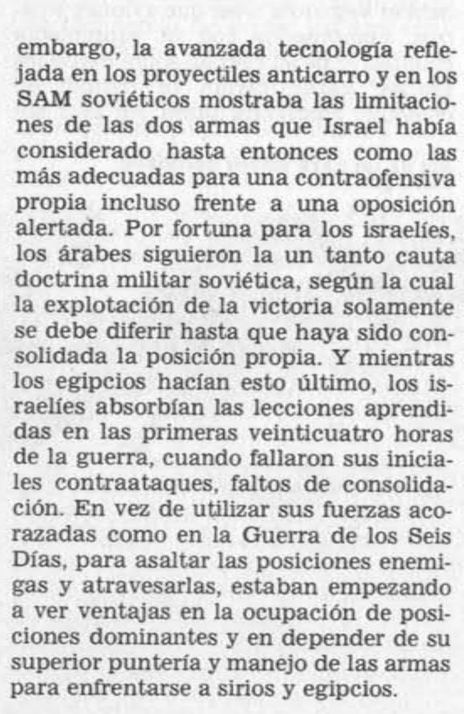
La totalidad de la maniobra que un avión de chorro que vuele a una velocidad de 1 Mach, o superior, puede realizar queda restringida por la capacidad del piloto en cuanto a resistir las potentes fuerzas gravitatorias a las que está sometido si vuela demasiado rápidamente. Si hace virar a su avión para esquivar un proyectil, puede sufrir el vértigo o desmayo de los aviadores; y como el ingenio no tiene tales problemas, siempre es posible que le supere al maniobrar. La única solución real es confundir al sistema de dirección del proyectil, y el modo más sencillo de hacerlo consiste en volar muy bajo, para que se confundan los sitemas de radar de los ingenios antiaéreos por el efecto del rebote en tierra de las ondas de radio. Mas el vuelo a baja cota entraña un riesgo adicional en la forma del fuego de numerosos cañones dirigidos por radar, los cuales forman parte de los sistemas de defensa aérea árabes. El otro método de derrotar a proyectiles guiados electrónicamente consiste en equipar a los aviones con dispositivos ECM que confundirán al radar enemigo inundándole con señales de la misma frecuencia que las del sistema de dirección. Sin embargo, este método sólo funcionará hasta que sistemas de guía mejorados substituyan a los que están interferidos; consecuentemente, la carrera entre los radares perfeccionados para la guía de ingenios y los dispositivos ECM más complejos para anularlos se hace cada vez más complicada y desbordante. Con los SAM-6, un sistema de control subsidiario suponía una nueva complicación. Si el radar quedaba bloqueado, el operador podía cambiar a control remoto y gobernar el proyectil al objetivo visualmente. Este sistema no era nuevo, sino derivado del ingenio superficie-aire alemán Henschel 293, de la Segunda Guerra Mundial.

Como resultado de su experiencia en la Guerra de los Seis Días, los israelíes habían llegado a creer que aviones y carros, combinados con la supremacía cualitativa de su ejército sobre los de los árabes, garantizarían su triunfo en cualquier contienda futura. En 1973, sin

Ala de un caza israelí derribado.







embargo, la avanzada tecnología reflejada en los proyectiles anticarro y en los SAM soviéticos mostraba las limitaciones de las dos armas que Israel había considerado hasta entonces como las más adecuadas para una contraofensiva propia incluso frente a una oposición alertada. Por fortuna para los israelíes, los árabes siguieron la un tanto cauta doctrina militar soviética, según la cual la explotación de la victoria solamente se debe diferir hasta que haya sido consolidada la posición propia. Y mientras los egipcios hacían esto último, los israelíes absorbían las lecciones aprendidas en las primeras veinticuatro horas de la guerra, cuando fallaron sus iniciales contraataques, faltos de consolidación. En vez de utilizar sus fuerzas acorazadas como en la Guerra de los Seis Días, para asaltar las posiciones enemigas y atravesarlas, estaban empezando a ver ventajas en la ocupación de posiciones dominantes y en depender de su superior puntería y manejo de las armas para enfrentarse a sirios y egipcios.

Inspección de una instalación de radar egipcia que sufrió daños.

Ante la realidad de las defensas a base de proyectiles dirigidos, la Fuerza Aérea de Israel perdió una buena parte de su libertad de acción sobre la zona del canal. Pero, más allá de la sombrilla protectora de tales ingenios, reinaba dominadora y absoluta, como los egipcios descubrieron en su propia carne cuando enviaron comandos en helicóptero a atacar Balzna, en el Norte, y Bir Gafgafa, principal base aérea avanzada sionista en el Sinaí, en el centro. Todos los helicópteros fueron derribados, y la mayor parte de los comandos perdieron la vida. Otra acción de comandos, transportados por vía marítima, sobre Sharm-el-Sheikn, en la remota punta meridional del Sinaí, fue también rechazada con severas pérdidas, tras un violento combate.

La intensa lucha continuó en el Sinaí durante el domingo y el lunes (8 de octubre) con lo que quedaba de la brigada de carros de Resheff tratando de contener los esfuerzos egipcios por ampliar el área de su cabeza de puente. Los jefes de carro israelíes habían llegado entonces a comprender que resultaba suicida cargar entre un diluvio de proyectiles anticarro, y por ello estaban adoptando nuevas tácticas. El humo, que hasta entonces habían tendido a menospreciar, se empleó para ocultar sus movimientos; y, con fines profilácticos, se abrió intenso fuego de ametralladora antes del avance a fin de disuadir a la infantería egipcia escondida entre las dunas. Se riñeron muchas acciones pequeñas y desesperadas, y la severidad de los primeros choques se puede adivinar de los relatos de dos jóvenes jefes de carro israelíes. El primero, que resultó herido cuando su carro fue incendiado por un cohete RPG egipcio, pasó al segundo

Carro israelí puesto fuera de combate en el Sinaí.

carro de su unidad y ordenó al conductor que cargara sobre el lugar desde donde se lanzó el proyectil. El Patton avanzó, pero, al alcanzar la línea de la infantería egipcia, también resultó alcanzado, y el oficial, herido por segunda vez, volvió a caer en el interior del carro por efecto de la explosión. Ordenó al conductor que girara a la izquierda, para correr a lo largo de la línea enemiga, y gritó repetidamente: «¡Aplástalos! ¡Aplástalos!» El otro israelí, «Eyal», estaba con un escuadrón que recibió órdenes de contraatacar el sábado en la zona de Qantara, del sector Norte del canal. El carro de Eyal fue alcanzado, junto con otros dos, y quedó inmovilizado. Sin embargo, como el sistema de control de fuego funcionaba aún, siguió disparando para apoyar a un punto fuerte de la Bar-Lev, a unos cincuenta metros de distancia. Finalmente, el carro fue rodeado por los egipcios, y tres de la dotación se rindieron. Pero Eyal se ocultó en el blindado haciéndose pasar por muerto hasta la caída de la noche, momento en que se arrastró hasta la posición defensiva de la Bar-Lev. Más tarde, aquella misma noche, la guarnición recibió órdenes de evacuarla, y se trasladó a un punto donde semiorugas israelíes los recogerían a todos. Trasladarse a dicho punto resultaba más fácil de decir que de hacer, ya que los egipcios parecían conocer su ruta. Y, para ponerse a salvo, el grupo tuvo que pasar un día escondido en el cementerio de Qantara, antes de tomar un tortuoso camino a través de las líneas enemigas.

El temor al resultado de una contraofensiva israelí en el Sinaí fue en gran parte responsable de la cautela y la aparente repugnancia de los egipcios a explotar sus éxitos iniciales. A sus cincuenta años de edad, el comandante en jefe de éstos, general Ismail, era, en palabras de un oficial británico, un «brillante soldado de aula», y había combatido en cuatro guerras, incluída la de 1967. Pero de su madera no se tallaban los Napoleones. Los recuerdos de la Guerra de los Seis Días le obsesionaban, del mismo modo que los del Somme perseguían a los generales aliados durante la Segunda Guerra Mundial. Ismail recordaba que Egipto había perdido un ejército y quedado indefenso en 1967, y no estaba dispuesto a arriesgarse a una repetición. Su jefe de estado mayor, general Saad Shazli, estaba hecho de un material más duro. Capaz y agresivo militar de campaña, recordaba también aquel año, había visto fundirse un ejército a su alrededor y volvió a Egipto por el desierto a través de las líneas israelíes. A los 51 años, era uno de los generales «halcones» de Egipto, considerado por algunos como el Moshe Dayan de su país. Shazli se mostraba partidario de una aventurada y móvil embestida en el sector del Sinaí; Ismail consideraba que no habría movimientos de tropas hasta que una abrumadora fuerza egipcia se hubiera concentrado en la orilla oriental del canal, y se adelantara la cortina de proyectiles dirigidos. La estrategia de Shazli habría tropezado con grandes desigualdades. Pero la cautela de Ismail iba a resultar fatal.

La esperada contraofensiva israelí empezó el lunes (8 de octubre) con un empuje gemelo llevado a cabo por dos brigadas acorazadas. Unos setecientos vehículos blindados maniobraron para situarse ventajosamente entre las dunas en una planicie desértica, de unos cien kilómetros por treinta, antes del canal. Tales movimientos fueron señalados por estruendosos bombardeos artilleros de ambos bandos. Luego vino la batalla, que terminó, con gran asombro tanto por parte de Egipto, como de Israel, con una sorprendente victoria egipcia. Un regimiento de la brigada acorazada de Resheff, mandado por el teniente coronel Assaf Yakuri, fue totalmente derrotado, y un cabizbajo Yakuri —capturado con veinticinco de sus carros— apareció aquella noche en la televisión de El Cairo. También aquella noche, la emisora cairota daba cuenta de nuevas conquistas en el Sinaí, incluída la toma de Qantara Oriental, donde, según el locutor, la población había salido de sus casas para aclamar a sus libertadores. En aquel momento, los escasos árabes que habían escogido permanecer en Qantara cuando esta localidad fue rebasada se hallaban en El Arish, a 160 kilómetros al Este, donde habían estado desde 1968, cuando los israelíes los evacuaron.

Pocos días después, Radio El Cairo se apuntaba otro éxito propagandístico al anunciar la rendición del «malecón» fortificado israelí en el muelle de Port Tewfik. Su guarnición había resistido hasta que el cuartel general israelí en el Sinaí comunicó a su jefe, un joven teniente, que se rindiera. Cinco de los 42 defensores primitivos habían perdido la vida en las primeras horas de la contienda, y quedaron aislados, bajo constantes ataques, durante ocho días. Con quince hombres heridos de los 37 restantes, sin suministros médicos, escasos de municiones y de alimentos, los israelíes abrigaban pocas esperanzas de lograr algo más. La rendición se llevó a cabo en medio de gran publicidad y en presencia de delegados de la Cruz Roja. Los egipcios se mostraron confusos cuando uno de los israelíes salió de la posición llevando un gran Tora rojo; pero cuando Arnaud de Borchgrave, representante de la revista *Newsweek*, les explicó que el Tora contenía escrituras sagradas, al igual que el Corán accedieron a que fuera con los soldados al cautiverio. Se arrió la bandera de Israel que ondeaba sobre el fuerte, y los prisioneros pasaron el canal en transbordador antes de que sus enemigos decidieran ampliar la ceremonia. Así, un teniente israelí recibió órdenes de repasar el canal con dos de sus hombres para saludar a la bandera egipcia al ser izada en el último reducto de la sección delantera de la línea Bar-Lev.

Durante cuatro días se había visto el estilo de guerra árabe. Los sirios de los Altos del Golan se hallaban ahora en retirada, y Kuneitra había sido reconquistada. Pero en los Altos y en el Sinaí los árabes habían obligado a Israel a reñir grandes batallas de desgaste que consumieron cientos de carros y millares de hombres. Esta no era la clase de guerra que Israel quería realizar, ni tampoco una que pudiera permitirse por mucho tiempo. Con ambos bandos lanzando refuerzos al Sinaí, resultaba obvio que se aproximaba una acción de envergadura. Esta comenzó a las seis de la mañana del domingo 14 de octubre, con un bombardeo artillero de noventa minutos de duración, que iba a ser el punto crucial de la guerra. Con el apoyo de cazabombarderos MiG y Sukhoi, los carros egipcios entraron entonces en combate, dirigiéndose a los vitales pasos de Mitla, Gidi y Jatmia (Ismailía), y la batalla de blindados que siguió fue la primera de una serie de confrontaciones, de una semana entera en cuanto a extensión, que eclipsaron en magnitud cualquier encuentro de fuerzas acorazadas hasta la fecha, incluídos los de Kursk y El Alamein. Los egipcios fueron rechazados con terribles pérdidas: los israelíes señalaron haber destruído 250 carros de combate enemigos. Pero ellos también sufrieron duro castigo: «150 carros, según sus adversarios. (Ni los comunicados árabes, ni los de Israel resultaban dignos de fiar. «Han aprendido a luchar de nosotros», decía un chiste israelí del momento; «y de ellos hemos aprendido a manejar la información»). Y entre las 656 bajas israelíes figuraba el general de división Abraham Mendler, recientemente nombrado jefe de las Fuerzas Acorazadas de Israel en el Sinaí, el cual resultó muerto cuando cayó una granada en su semioruga. Mendler había tomado Kuneitra en la Guerra de los Seis Días, y antes de su muerte había prometido a sus tropas que verían una victoria comparable en Egipto.

Esta batalla, reñida en un momento en que los israelíes habían comenzado a desviar sus recursos del frente Norte, se puede considerar ahora como el punto decisivo de la campaña del Sinaí. El esfuerzo egipcio había rebasado su clímax, y la Fuerza Aérea israelí —fuera del alcance de los SAM— había sembrado la destrucción entre los carros de sus enemigos. Una nueva arma anticarro, el proyectil TOW, llevada a Israel en los gigantescos aviones de carga norteamericanos C-5 Galaxy, también había resultado mortífera. Los egipcios habían perdido su oportunidad y, a partir de ahora, se hallaban a la defensiva.

• Ver Kursk en esta serie.

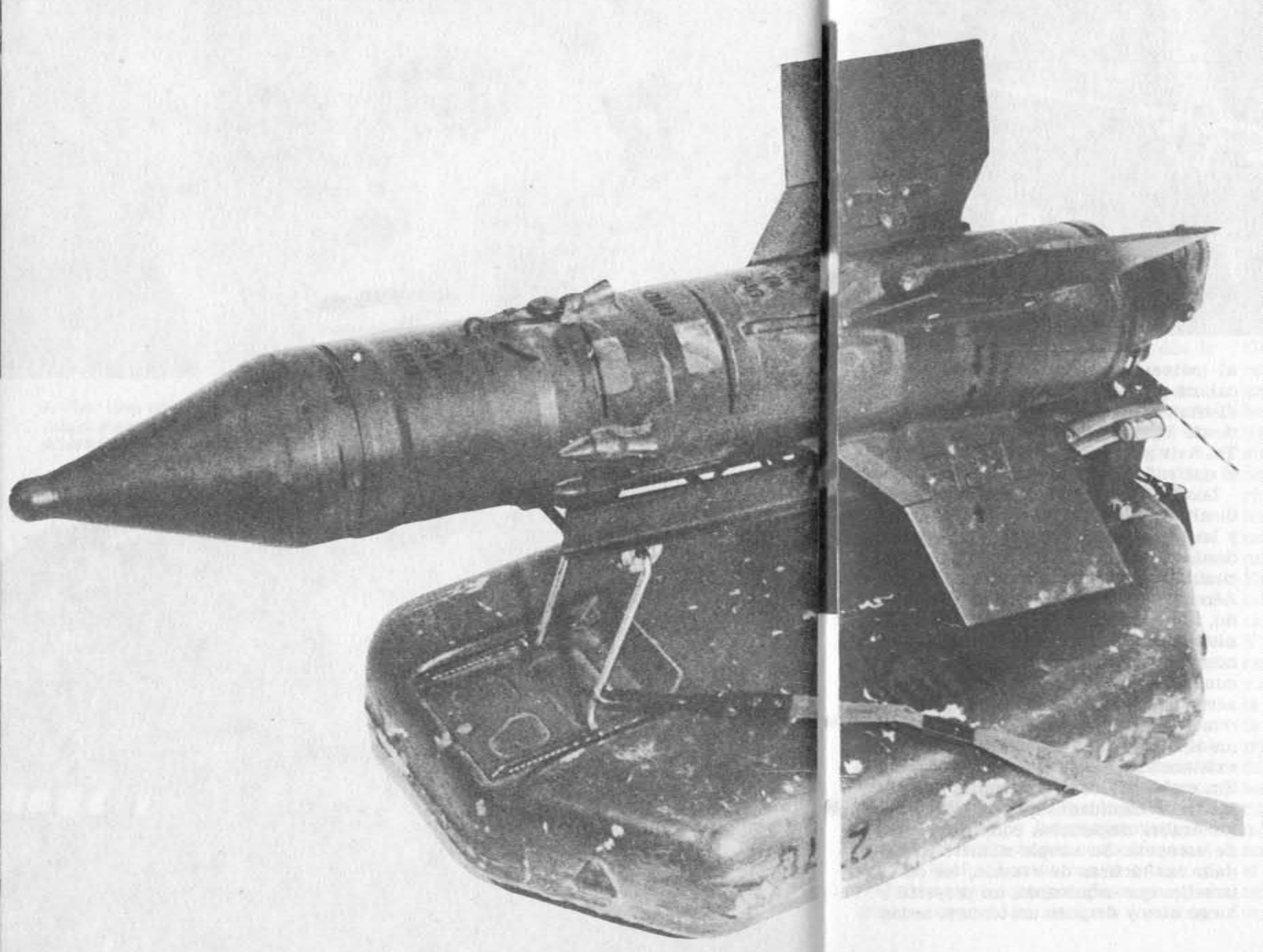


Arriba: **Una unidad israelí se rinde y saluda a la bandera egipcia en la ribera oriental.** Abajo: **Pensativos israelíes tras la captura de su posición.** Derecha: **El general de división Abraham Mendler.**



Reabasteciendo los arsenales

En 1967, la Unión Soviética no intentó reabastecer los arsenales de sus clientes árabes hasta que se hubo anunciado un alto el fuego. En 1973, sin embargo, los rusos montaron el mayor puente aéreo desde el famoso aprovisionamiento aliado a Berlín en 1948, en un claro intento de reforzar lo que entonces parecía ser una victoria árabe.

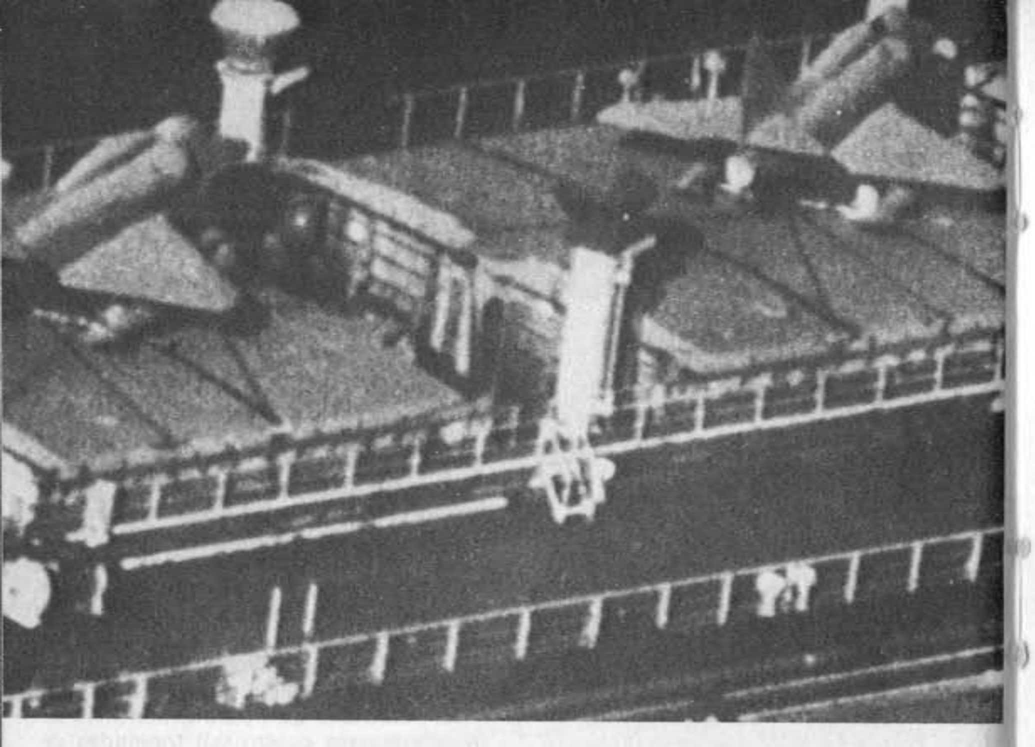


A partir del martes 9 de octubre, una flota de ochenta aviones militares de transporte, suplementada por veinte aparatos comerciales de carga de la Aeroflot, establecieron un servicio alternativo para el envío de suministros desde bases soviéticas en el Cáucaso, Ucrania y el Sur de Rusia a Siria y a Egipto. Gigantescos aviones cargueros Antonov aterrizaban en el aeródromo militar sirio cercano a Palmira, al Nordeste de Damasco, y en Alepo; Antonov-22 de gran radio de acción tomaban tierra en campos de aviación alrededor de El Cairo. Los aviones volaban sobre Yugoslavia, Turquía y Chipre. Con cincuenta o sesenta vuelos extra por día atestando el espacio aéreo en Nicosia y Famagusta, los pilotos de las líneas aéreas comerciales que cubrían sus rutas habituales se sentían preocupados. «Salir de Chipre se está poniendo como andar por Piccadilly Circus, con niebla y sin luces de tráfico», se dice que declaró un piloto al aterrizar en Beirut durante la segunda semana de la guerra.

Se calculaba que, para el lunes 15 de octubre, unas cuatro mil toneladas de pertrechos militares habían sido enviadas por el puente aéreo a los dos estados árabes. La mayor parte de ellos consistía en artillería, municiones, proyectiles SAM-6 y armas anticarro. Para empezar, no había razón en mandar nuevos carros a Siria porque su Ejército andaba muy mal de carristas. Mas al llegar la contienda a su segunda semana, buques procedentes de puertos del mar Negro, llevando carros T-54, T-55 y T-62, así como cazas MiG-21, comenzaron a llegar a Alejandría, en Egipto, y a Tartus y Latakia, en Siria. Las armas procedían de depósitos soviéticos en Rusia y en el Este de Europa. Se llega incluso a afirmar que los rusos desarmaron a unidades húngaras a fin de enviar sus equipo a los árabes.

Los rusos dieron lo mejor, si bien las armas que proporcionaron no bastaban para impedir que los sirios fueran derrotados ni para evitar que los sionistas cruzaran el canal de Suez. En 1967, los

Un proyectil anti-carro de infantería, de fabricación soviética, en posición de fuego.



Aviones de ataque Skyhawk en el puente de un carguero israelí en la base naval de Norfolk, Virginia.

ejércitos árabes combatieron con una mezcla de equipo stándar y anticuado de la URSS; seis años después, en «una era de *détente*», fueron abastecidos ampliamente con lo más escogido de toda clase de armamento, y en gran número.

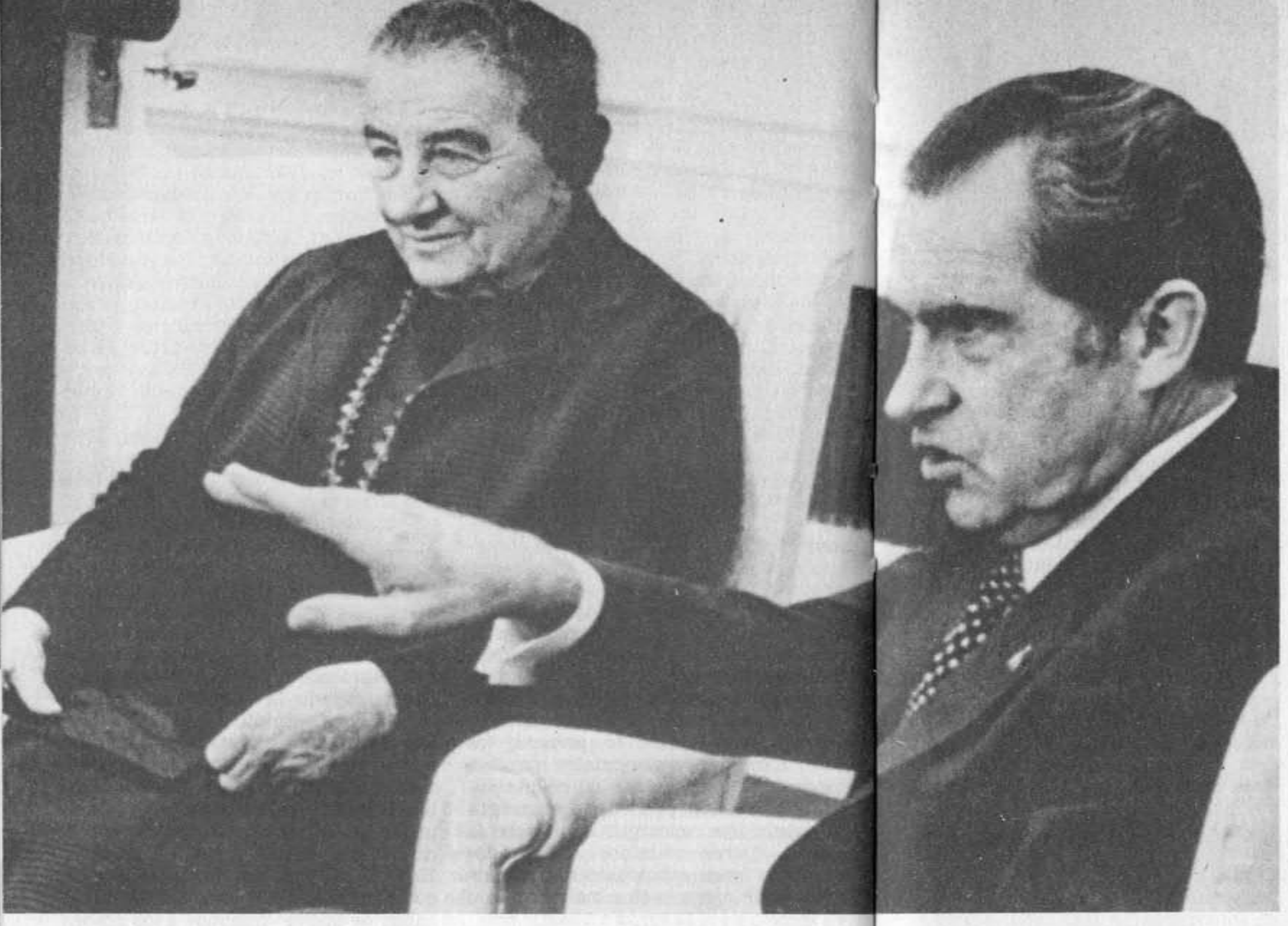
Las armas más popularizadas de la guerra fueron los proyectiles anticarro que repelieron los contraataques de Israel en los primeros días de la lucha, y los ingenios antiaéreos SAM. Los cohetes de bombardeo FROG y los proyectiles Scud enviados a Egipto atrajeron menos la atención. Sin embargo, tanto los FROG, como los Scuds estaban diseñados específicamente para llevar cabezas de combate nucleares. Utilizarlos para lanzar alto explosivo, como era el caso con los FROG disparados por los sirios, es como alquilar un reactor «Jumbo» para andar por casa. Misericordiosamente, los egipcios no lanzaron ninguno de los treinta Scuds que al parecer poseían. Provista de la cabeza para cuyo transporte había sido diseñada, una de estas armas disparada desde Egipto podía haber causado en Tel-Aviv por lo menos tanto daño, como el que sufrió Hiroshima en 1945.

Lo que hacía tan eficaces a los SAM-2, de alta cota, SAM-3 Goa, SAM-6 Gainful y los pequeños SAM-7 Grail, disparados desde el hombro del combatiente, en cuanto a mantener a raya a la Fuerza Aérea israelí no era únicamente su diseño, sino el hecho de que los rusos suministraban estas armas tan complejas en números que resultan enormes bajo cualquier estándar. El efecto del puente aéreo soviético fue más importante en relación con tales ingenios. Ninguno de los SAM son baratos, y se dijo que las existencias rusas de estos son limitadas. Sin embargo, los mandaron al Oriente Medio en cantidades que permitieron a los árabes dispararlos como cartuchos de escopeta. Su simple número invalidaba las tácticas de evasión; los cazas israelíes que esquivaban un proyectil y luego otro y después un tercero, serían alcanzados por el cuarto. A baja altura, existía la amenaza del SAM-7, y de armas automáticas como cañones antiaéreos móviles y cuádruples de 23 milímetros, dirigidos por radar, y centenares de piezas remolcadas de 14,5, 23 y 57 milímetros. (Una unidad entera de cañones iraquíes de 57 milímetros fue sorprendida en un puente cerca de Kuneitra y totalmente destruída por cazabombarderos israelíes).

Con todas estas armas modernas llegando todavía a Egipto y a Siria, los israelíes se hallaban en peligro de ser aplastados: por sí solos, los sirios poseían más carros que Gran Bretaña y Francia juntas; en otros aspectos, corrían el riesgo de quedar en inferioridad de condiciones. Enfrentada a la dura realidad de que los israelíes combatían inútilmente dado que sus pérdidas se correspondían con una incesante aportación de municiones soviéticas, la señora Meir dirigió un llamamiento por teléfono a los Estados Unidos. Israel necesitaba por lo menos 75 nuevos aviones —incluídos quince Phantom—, carros, artillería móvil y proyectiles dirigidos, le dijo oficialmente al presidente norteamericano, Richard M. Nixon. La administración nixoniana sólo respondería que las peticiones israelíes estaban siendo consideradas; en privado, los funcionarios gubernamentales manifestaban que Norteamérica no dejaría sucumbir a Israel; pequeños suministros de municiones, encargados antes de la guerra, fueron reunidos apresuradamente en bases estadounidenses, donde aviones de carga judíos los recogieron en secreto y los llevaron a Israel.

Aunque los norteamericanos apoyaban a Israel, vacilaban en cuanto a correr el riesgo de una «escalada» del conflicto del Oriente Medio hasta que resultó evidente que las Naciones Unidas amenazaban la piedra angular de la política exterior del presidente Nixon —el frágil acercamiento que él y el doctor Kissinger fomentaban con la Unión Soviética— así como las perspectivas de cualquier arreglo de paz verdadero en el Oriente Medio. Los árabes lo sabían, y probablemente comprendían ya que nunca conseguirían arrojar a los israelíes al mar; confiaban en que una guerra corta —terminada por un alto el fuego originado por la fuerza de la opinión mundial— les traería una victoria psicológica, y aumentaría la presión sobre Israel para que devolviera los territorios invadidos en 1967. Por su parte, los israelíes habían reconocido también que otro choque con los árabes sería tanto una batalla política y diplomática, como una lucha militar. Por esa razón no había habido acción preventiva o movilización prematura, declaró el embajador de Israel en Washington. «Queríamos que todo el mundo estuviera seguro de que los israelíes habíamos hecho todo lo posible para impedir la guerra».

El jueves 11 de octubre de 1973, cuando la contienda estaba en su sexto día, aún no había indicios de que saliera una fórmula de alto el fuego de las deliberaciones de la ONU. Una tentativa británica para persuadir a los estados árabes a acceder a una reunión del Consejo de Seguridad había sido rechazada, mientras que una sesión de la Asamblea General terminó en una tormentosa escena cuando las acusacionnes del delegado sirio en el sentido de que Israel había iniciado la guerra con ataques simultáneos a Egipto y a su propio país suscitaron la respuesta en contra del representante israelí. Mas las reacciones rusas preocupaban sobre todo a los norteamericanos, y tales reacciones fueron una curiosa mezcla de freno y beligerancia. Las declaraciones oficiales del Kremlin no pasaban de dar lo que los comentaristas estadounidenses calificaban de apoyo «mínimo» a los árabes. Y el hecho de que técnicos y asesores rusos hubieran sido retirados de Egipto y de Siria justo antes de que comenzara la guerra, parecía demostrar el deseo de la Unión Soviética de mantenerse al margen del conflicto. Las seguridades de que no se permitiría que la guerra interfiriera el naciente estado de *detente* ruso-estadounidense apuntaban en la misma dirección. Entre bastidores, sin embargo, los diplomáticos soviéticos en el Oriente Medio exhortaban a los líderes del Líbano, Argelia y Jordania a unirse a la lucha. Sin ninguna evidencia



El presidente Nixon con la primer ministro de Israel en la Casa Blanca.

de algún esfuerzo real de los rusos para persuadir a Siria y a Egipto a hacer callar sus cañones, y con las noticias de que su masivo puente aéreo de equipo militar estaba desequilibrando la balanza en contra de Israel, el presidente Nixon aprobó la recomendación del Grupo Especial de Acción, de Washington, de enviar armas y municiones a los israelíes.

La operación de abastecimiento por vía aérea se puso en marcha a la mañana siguiente, y el domingo, 14 de octubre de 1973, aviones C-5 Galaxy despegaban de bases en los Estados Unidos y transportaban sus cargamentos de cien toneladas —vía Azores— al aeropuerto de Lod, en Israel. Allí, las armas que trajeron fueron cargadas en aviones de transporte Hercules que partieron hacia aeródromos avanzados, donde se descargaron y enviaron con toda urgencia a las tropas de primera línea. El apetito del campo de batalla era voraz, pues se calcula que no menos de 16.500 toneladas de armamento dejaron caer en sus fauces las dos superpotencias durante las dos primera semanas de la lucha. Esto sirvió para subrayar el hecho de que, mientras árabes y judíos reñían el verdadero combate, eran los Estados Unidos y Rusia quienes aportaban la mayor parte de la potencia de fuego.

Muchas de las nuevas armas norteamericanas, especialmente los proyectiles anticarro TOW, se necesitaban en el Sinaí, donde los israelíes esperaban aún que los egipcios explotaran las ventajas que habían logrado en los dos primeros días de la contienda. Los aviones constituían un requerimiento más urgente, por lo que los norteamericanos retiraron 36 Skyhawk y 32 Phantom, listos para la acción, de las escuadrillas de caza de la Fuerza Aérea estadounidense y los mandaron en vuelo a Israel. Al llegar estos aviones a aeródromos israelíes, se les pintó apresuradamente la estrella de David sobre la insignia estadounidense y entraron sin demora en combate. Esto, dijeron los egipcios equivalía claramente a la participación activa de los Estados Unidos en la lucha.

Los nuevos Phantom llegaron a Israel ya provistos del equipo ECM proyectado para bloquear las señales de los radares de seguimiento y dirección de los SAM-2 y SAM-3. (Los SAM-6 eran nuevos en el campo de batalla, y no resultaba posible diseñar equipo ECM específico para hacerles frente hasta que se capturara uno de tales ingenios). Con los Phantom llegó también un amplio surtido de «bombas inteligentes» norteamericanas: las Rockeyes, de racimo; las Walleye, dirigidas por televisión, y otras guiadas por rayos láser. Además, proyectiles anti-radar Shrike, para confundir a los de los SAM-6, e ingenios aire-aire Sparrow y Sidewinder.

Todas estas armas nuevas iban a tener un gran efecto en la guerra, cuyo alcance ha sido determinado y vuelto a determinar una y otra vez, y lo seguirá siendo. Pero, en el Oriente Medio, el elemento humano resultó ser tan importante como siempre lo fue, y no bastó el valor impasible de los soldados egipcios y sirios. En 1973, como en 1967, Egipto y Siria se salvaron únicamente por el alto el fuego obtenido por la Unión Soviética. Fuera de los límites del Oriente Medio, uno de los resultados más importantes de la guerra consistió en que dio a los rusos la oportunidad de probar sus armas más modernas en el Sinaí y en Siria, del mismo modo que los norteamericanos habían experimentado las suyas en el Vietnam.

La irrupción israelí en el Sinaí

El segundo día de la guerra, una situación poco agradable se estaba gestando en el cuartel general del Mando Sur israelí, desde donde su jefe, el general de división «Gorodish» Gonen, dirigía la batalla en el Sinaí. La situación empeoraba rápidamente, y el Alto Mando de Israel había publicado unas instrucciones señalando que el frente Norte iba a gozar de prioridad; volverse contra los egipcios tendría que esperar a que los sirios hubieran sido rechazados.

Gonen, hombre pedante y muy religioso, ocupaba el cargo desde tres meses antes solamente, y no se había ganado muchas simpatías de sus colaboradores. No se ponía en duda ni su valor ni su eficiencia, ampliamente demostrado el uno y la otra durante la Guerra de los Seis Días. Pero no tenía la jactancia de su predecesor, el fanfarrón general de paracaidistas «Arik» Sharon. De 45 años de edad, duro, abierto y ambicioso, Sharon era un soldado consagrado que había luchado en todas las guerras árabes-israelíes. Como jefe de un pelotón en la Guerra de Independencia, resultó herido en Latrun; de comandante, al frente de los comandos *meshugeners* de la Unidad 101, dirigió una controvertida incursión de represalia contra la localidad jordana de Kibya; al mando de una brigada paracaidista en la campaña del Sinaí de 1956, conquistó, desafiante, las posiciones egipcias que cubrían el paso de Mitla, aunque se le había ordenado específicamente que no atacara. Y, en la Guerra de los Seis Días, fue su *ugda* la que abrió brecha en el referido paso. Nombrado para el puesto en el que le sucedió Gonen, Sharon se había retirado del Ejército sólo cuando supo que no iba a ser ascendido y que nunca sería jefe del Estado Mayor. (Esto se debió principalmente a que el gobierno de coalición laborista de la señora Meir desconfiaba de sus inclinaciones políticas derechistas).

En la vida civil, Sharon se dedicó a la agricultura; pero, en los tres meses transcurridos entre su pase a la reserva y el estallido de la guerra, se había mantenido en estrecho contacto con su antiguo cuartel general. Como oficial general retirado que, en caso de movilización, debería tomar el mando de una ugda del Mando Sur, Sharon se sentía inquieto por los rumores de preparativos egipcios para la guerra. Dos días antes del Yom Kippur había bajado a Tasa desde su rancho de Beersheba. Allí le mostraron informes de los servicios de Información, y fotografías aéreas de equipo de pontones en las cercanías de la orilla occidental del canal. Convencido de la inminencia de un ataque, deseoso de acción e impaciente por la movilización, los francos puntos de vista que Sharon expresó a su antiguo subordinado estaban destinados a crear un auténtico frenesí. «Si yo estuviera aún al mando aquí», dijo «usted no tendría mucho que hacer en una guerra». Gonen se sentía furioso, pero no dijo nada.

Otra posición de la línea Bar-Lev cae en manos egipcias.





El general de división «Gorodish» Gonen



El general Abraham «Bren» Adan.

Así, incluso antes de que se disparara el primer tiro, estaba preparado el escenario para una disputa entre los generales israelíes en el frente Sur.

El sábado por la noche —con los egipcios cruzando el canal y habiendo caído ya en sus manos muchos de los puestos de observación de la línea Bar-Lev, la infantería de Egipto inutilizando carro tras carro y la Fuerza Aérea israelí sin poder prestar el estrecho apoyo que las tropas de tierras habían llegado a esperar—, una atmósfera de desesperación reinaba en el Mando Sur. Gonen se convertía a pasos agigantados en un manojo de nervios, y sus tres jefes de *ugda* —Sharon, Abraham «Bren» Adan y Kalman Magen— discutían sus órdenes o, simplemente, hacían caso omiso de ellas. Una áspera trifulca se desató entre Gonen y Sharon por la opinión de este último de que los carros de Resheff se estaban sacrificando en una operación defensiva que posiblemente no tendría éxito. Lo que Sharon quería era un contraataque concentrado a través del canal sobre los flancos del enemigo; Gonen, con su fe puesta en una batalla tipo Alam Halfa frente a los vitales pasos, insistía en que una acción ofensiva debía esperar a que llegaran más reservas. Gonen estaba dispuesto a luchar según las reglas y a obedecer sin rechistar las instrucciones emanadas del Alto Mando israelí, mientras que Sharon se imaginaba la guerra llegando a su fin por un alto el fuego y que los egipcios se quedaran en la orilla oriental, donde ahora se atrincheraban.

Las noticias de las disputas y el descontento en el cuartel general del Mando Sur pronto se filtraron al Ministerio de Defensa en Tel Aviv. Moshe Dayan comprendió que había que hacer algo rápidamente; los israelíes se preguntaban ya por qué los ataques árabes se habían producido tan de sorpresa, y crecían las críticas en el sentido de que las advertencias de Dayan resultaban demasiado silenciosas y tardías. La opinión pública no aceptaría bien las nuevas de que los generales reñían entre sí. Así, el lunes, tercer día de la guerra, Dayan trató de resolver la discusión sugiriendo a Elazar que Gonen y Sharon deberían cambiar sus papeles. El jefe del Estado Mayor rehusó, pero voló al Sinaí a fin de investigar las dificultades en el cuartel general de Gonen; y no tardó en decidir que alguien, con una personalidad más fuerte que la de Gonen, tenía que hacerse cargo de la situación. Al día siguiente, un portavoz del gobierno israelí anunció que seis generales retirados habían sido llamados al servicio activo, y que el callado y muy respetado general Haim Bar-Lev se trasladaba al cuartel general del Mando Sur.

Se dijo que los seis generales se reincorporaban al servicio para «tareas especiales». Y aunque estas tareas no se describieron nunca públicamente, pronto se hizo evidente que Bar-Lev había reemplazado a Gonen en la dirección de la guerra en el Sinaí. Gonen no fue desplazado oficialmente, pero Bar-Lev se hallaba al mando y la precaria situación se resolvió. Sin embargo, aunque cesaran las disputas, continuaron los argumentos respecto a cómo arrebatar la iniciativa a los egipcios y llevar a cabo un contragolpe.



Soldados egipcios en la orilla Oeste del canal hacen saludos a aviones que realizan una misión en el Sinaí.

Mientras tanto, en el Sinaí, la situación pasaba de mala a peor para los israelíes. El regimiento de Yakuri había sido aniquilado, y las dotaciones de los carros de Resheff —reducidos éstos a sólo noventa, los cuales habían estado continuamente en acción durante dos días— se hallaban casi exhaustas. Habían entrado en combate con los armeros de sus carros de combate llenos de granadas perforantes para combatir a otros carros, cuando lo que se necesitaba era munición de alto explosivo a fin de utilizarla contra la infantería egipcia que guarnecía la cortina de proyectiles anticarro. Cinco divisiones del Ejército egipcio habían cruzado el canal, y los 500 carros que el general Ismail había mantenido en la orilla Oeste del canal de Suez para proteger la retaguardia de sus Segundo y Tercer Ejérci-

to, comenzaban a atravesar los puentes y a concentrarse para la fase siguiente de la ofensiva egipcia.

Al mismo tiempo que un retroceso seguía a otro, Sharon continuaba manteniendo que él podía «hacer que los egipcios cambiaran de actitud y conseguir que perdieran el equilibrio». No sólo se hallaba en condiciones de alcanzar el canal, afirmaba, sino de cruzarlo y terminar la guerra de un golpe audaz. En los cuatro años que ocupó el puesto de Gonen, Sharon había estudiado, e incluso preparado, puntos de cruce a lo largo del canal. Ya se habían trazado los planes de una operación destinada a forzar el cruce, y su argumentación para reactivarlos ahora resultaba totalmente sincera: la orilla occidental del canal ofrecía la oportunidad de emplear la tradicional táctica israelí, es decir, la utilización de blindados móviles y veloces en una abierta y clásica tierra de carros. Estaba garantizado el éxito en cuarenta y ocho horas, señalaba Sharon, si le daban una fuerza operativa de carros e infantería para realizar la operación.

Gonen había rehusado escuchar nada, Bar-Lev dijo «No» y Dayan vacilaba, señalando que las únicas tropas de que podía prescindir en aquel momento eran una brigada paracaidista de la reserva desplegada para contener al Tercer Ejército egipcio que empujaba hacia Sharm-el-Sheikh. Sharon aceptó por de pronto el veredicto de Dayan, pero siguió aguijoneando a Bar-Lev, cuyos puntos de vista se dice que calificaba de «típicos del pensamiento 'medroso' de Jerusalén». Tanto Dayan, como Bar-Lev sancionaron finalmente la operación, mas hubo nuevas disputas y una buena dosis de dura lucha hasta que se lanzó la Operación Gazelle a través del canal.

En el plan que había elaborado antes de la guerra, Sharon eligió un lugar para cruzar el canal, justo al Norte del Gran Lago Amargo. Entre el lago Timsah y los Lagos Amargos, la carretera Norte-Sur del canal discurre a dos o tres kilómetros al Este de la orilla. Pero precisamente encima de la entrada al Gran Lago, dos carreteras de servicio se bifurcan a unos mil metros una de otra y se unen al lado del canal. En este punto, a unos veinte kilómetros al Sur de Ismailía, Sharon había hecho estrechar las altas paredes de la orilla del canal, y marcado con ladrillos rojos, fácilmente identificables, la sección debilitada. También hizo nivelar el terreno cercano a fin de lograr una zona de aparcamiento, protegida por muros de arena, donde se pudieran reunir vehículos como preparativo para el asalto. (A menos de kilómetro y medio de este punto, los egipcios habían tropezado con dificultades al abrir un paso con sus chorros de agua en la margen del canal. Si hubieran actuado sobre la sección debilitada de Sharon, su tarea se habría visto muy facilitada, y —provada de su proyectado punto de cruce— la historia de la operación del general israelí podía haber sido muy diferente).

A Sharon le concedieron tres brigadas acorazadas cuya potencia original había sido de noventa a cien carros cada una, pero que ahora se hallaba reducida por las recientes luchas a un total de unos doscientos carros, una brigada paracaidista mecanizada y una fuerza mixta de ingenieros con explanadoras, embarcaciones de asalto y material de pontoneros. Esta fuerza se concentró en el terreno elevado entre los pasos de Jatmia y Gidi el domingo 14 de octubre, noveno día de la guerra. Sharon comenzó a dar instrucciones a sus oficiales al amanecer del día siguiente, y la Operación Gazelle comenzó al atardecer. Ocho horas después, las tropas de Sharon se hallaban al otro lado del canal riñendo una encarnizada lucha que duró hasta el mediodía del miércoles.

Con la 21.ª División Acorazada egipcia a caballo de las dos carreteras que conducían de Tasa al canal, el problema de Sharon residía en llegar al agua y establecer la cabeza de puente en la obscuridad. Eran esenciales la velocidad y la sorpresa; de otro modo, los egipcios tendrían carros esperando en el lado opuesto del canal. El plan de Sharon dependía, por tanto, de conseguir el control de la carretera que se dirigía al Sur desde Tasa al Gran Lago. Esta carretera se une a la principal del canal a unos dos kilómetros y medio de distancia del más meridional de los dos empalmes que conducen al previsto lugar de cruce. Cerca de estos empalmes se hallaba un proyecto de riego, establecido como un experimento de prestigio por el presidente Nasser poco antes de la Guerra de los Seis Días. Gran parte de la maquinaria era de manufactura japonesa, y las primeras tropas israelíes habían dado a la zona el nombre de «Granja China», cuando vieron los caracteres que denotaban su origen.

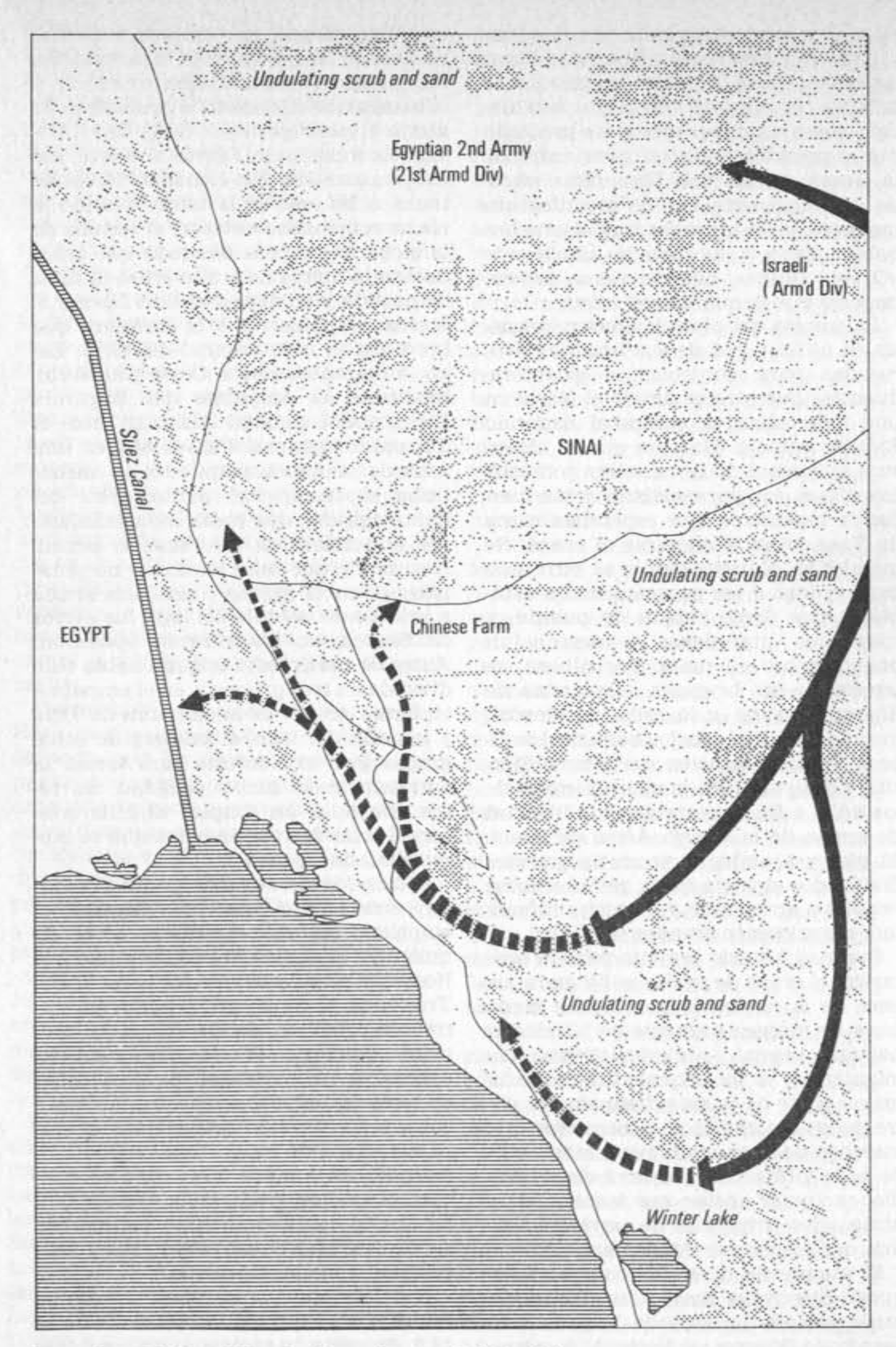
La esencia del plan de Sharon consistía en utilizar una de sus brigadas acorazadas para controlar la carretera, mientras que otra se dirigía al Norte en una finta ofensiva contra el Segundo Ejército egipcio. Una vez que se alcanzara el control de la carretera y de sus empalmes, los paracaidistas y las fuerzas de ingenieros, que esperaban cerca de Tasa, irían a asegurar el cruce. Se mandarían algunos carros al otro lado para ayudar a los paracaidistas a establecer una firme cabeza de puente, y luego los ingenieros tenderían un puente sobre el canal. Por último, la tercera de las brigadas acorazadas de Sharon cruzaría a la orilla occidental, marcharía canal abajo, cortaría las líneas de comunicación del Tercer Ejército y destruiría los emplazamientos de los SAM, a fin de restablecer la libertad de acción de la Fuerza Aérea de Israel. El plaz era audaz y prometía grandes dividendos si tenía éxito; pero tambien resultaba arriesgado y prometía dificultades igualmente grandes si fallaba.

Según el horario previsto para la operación, el cruce de asalto se fijó para las once de la noche, lo que dejaba cinco horas de margen para que los blindados bajaran al canal y abrieran un paso a la infantería y a los ingenieros. Como la mayor parte de la ruta discurría por entre dunas sin caminos, y los carros que marchan de noche raramente sacan más de ocho kilómetros por hora de promedio, cualquier acción que tuviera lugar junto a los empalmes de carretera tendría que resolverse rápidamente.

El ataque de diversión contra el Segundo Ejército se lanzó a las cinco de la tarde, cuando la segunda brigada acorazada de Sharon, al Norte de la carretera Tasa-Gran Lago Amargo, comenzó su avance hacia Ismailía. Los egipcios reaccionaron como Sharon esperaba, y la batalla que se desarrolló gradualmente atrajo el peso principal de la 21.ª División Acorazada de Egipto al Norte, hacia la carretera Tsa-Ismailía. Mientras tanto, a las seis de la tarde, cuando la noche comenzaba anvolver el terreno de la lucha, la brigada blindada que encabezaba la fuerza de asalto cruzó la línea de partida y se dirigió al Sur. Luego, al acercarse los carros a la carretera que bordeaba el lado oriental del Gran Lago, la brigada torció al Oeste y al Norte, buscando el empalme del Segundo Ejército del general Maamun con el Tercero del general Wassel. Allí, en una zona de mando superpuesto, se encontraba el tradicional punto débil del frente egipcio, que había sido señalado por el servicio de Información israelí. Avanzando por entre las dunas no señaladas en carta alguna y carretera arriba a lo largo de la orilla del lago, los carros de Sharon no encontraron oposición. Antes de partir, esta brigada había sido dividida en tres grupos y, en el empalme en forma de «Y» de la carretera de Tasa y la orilla del lago, el primero de estos grupos giró al Nordeste para tomar la carretera hacia dicha localidad. Su tarea consistía en limpiar aquélla atacando a las fuerzas egipcias que la bloqueaban desde atrás.

Los carros del segundo grupo avanzaron con rumbo Nordeste, pasaron el empalme en «Y», torcieron a la izquierda y siguieron la carretera hacia el Noroeste, al proyectado punto de cruce. Tras ellos, el tercer grupo continuó, carretera principal arriba, hacia el empalme siguiente («T»): tenía por misión establecer un perímetro de protección en torno al lugar de cruce, tan al Norte como fuera posible. Al acercarse al empalme «T», este grupo tropezó con dificultades. El intenso fuego egipcio contuvo el avance, y allí, en la Granja China, se riñó, en las cuarenta y ocho horas siguientes, una de las más duras y sangrientas acciones de carros.

Los hombres que llevaban el peso de esta lucha eran, una vez más los de la 14.ª Brigada Acorazada del coronel



La embestida israelí hacia el canal antes del triunfal cruce.

Resheff. Este quería ser el primero en cruzar el canal, pero, debido a que conocía muy bien la zona, se le encargó de asegurar el cruce. Cuando terminó la batalla, su brigada había sufrido casi el cien por cien de bajas, por tercera vez desde el Yom Kippur. Luchando en la obscuridad, a veces a cuarenta metros de distancia, los egipcios combatieron con dureza para impedir que los israelíes lograran el control de la parte del empalme de carreteras. Y su inesperada y tenaz resistencia retrasó el horario de la operación, ya un tanto demorado; cuando deberían haber estado al otro lado del canal, los grupos de asalto del cruce se hallaban aún en Tasa. Pero la fuerza de choque que había retrocedido hacia Tasa, a fin de limpiar de obstáculos egipcios aquella carretera, irrumpió con éxito. Y, a medianoche, avanzaba en dirección al canal encabezando una columna de paracaidistas en semiorugas y autocares de la Egged, y de camiones cargados con botes de goma y equipo de ingenieros.

Los primeros israelíes —Sharon entre ellos— remaron a través del canal hacia la una de la madrugada (del marte 16 de octubre) y treparon por la ribera occidental. Era una noche de luna, encalmada, y no se veían señales de actividad en las plantaciones y entre las palmeras que tenían delante de ellos. Tres kilómetros detrás, sin embargo, ruidos y fogonazos de fuego de distintas armas, estelas de cohetes y zigzags de trazadoras indicaban el desarrollo de una enconada batalla en torno a la Granja China. Otros fogonazos más al Nordeste demostraban que también estaba en plena acción la brigada acorazada encargada de realizar el ataque de finta. Como la fuerza de asalto principal de paracaidistas e ingenieros tenía que sortear la batalla de la Granja China, no resultaba extraño que no empezaran a llegar hasta las tres de la madrugada, con un peligroso retraso de cuatro horas. Las barcazas para llevar los carros al otro lado del canal no se presentaron hasta las cinco, poco antes de romper el día; y hasta el momento no había indicios del equipo de pontones. No obstante, Sharon, aislado en el lado malo del canal, no mostraba signos de preocupación. Se comportaba, según dijo un soldado israelí, «como el Angel Gabriel».

Haciendo caso omiso de la lucha que se desarrollaba a sólo unos miles de metros a sus espaldas, los zapadores abrieron rápidamente un paso en la pared del canal, y botaron al agua las barcazas. La operación de transbordo se hallaba en marcha a las seis de la mañana. Pero los egipcios habían despertado para entonces, y su artillería tenía enfilada el área del cruce. Los dos primeros transbordadores recibieron impactos directos, y los dos carros que llevaban se hundieron con sus dotaciones. Mientras tanto, cuatro carros egipcios, que habían avanzado hasta el perímetro israelí en la orilla occidental, fueron puestos rápidamente fuera de combate por las armas anticarro de los israelíes. Después de esto, no hubo interferencia alguna del Ejército egipcio en el punto de cruce, y, hacia las nueve de la mañana, treinta carros y unos dos mil soldados de Israel habían atravesado el canal. Sin embargo, volviendo a la carretera de Tasa, las dos brigadas acorazadas que habían hecho posible la operación luchaban aún con ferocidad para mantener abierto el pasillo al lugar del cruce. Se había esfumado la sorpresa, y, si los egipcios hubieran llevado a cabo un decidido ataque contra la cabeza de puente en la mañana del martes, existen pocas dudas de que Sharon se habría visto en una posición muy precaria. Y los riesgos corridos por el jactancioso general, aclamado ahora como el Patton israelí, bien pudieron haber sido condenados como el envite de un militar hinchado de orgullo.

Pero el cruce había cogido totalmente por sorpresa a los egipcios, y pasarían treinta y seis horas antes de que se dieran cuenta de la gravedad de la incursión. La razón de esto se puede atribuir al rígido funcionamiento de su maquinaria militar, que operaba bien en situaciones preestablecidas, y menos bien cuando se enfrentaba súbitamente a lo no ortodoxo. En el curso de la Guerra del Yom Kippur, las unidades egipcias demostraron individualmente que podían emplear competentemente equipo



Soldados israelíes esperan para cruzar el canal.

muy complejo y luchar con valor y tenacidad. Los oficiales de Estado Mayor probaron también que eran capaces de planear y resolver los varios problemas logísticos de una ofensiva detallada. Pero la comunicación en uno y otro sentido de la cadena de mando resultaba lenta, y el enlace entre las formaciones de flanqueo parace haber sido desastrosamente inadecuado. El general Ismail, que dirigía la guerra desde el magnífico puesto de mando y control subterráneo del Ejército egipcio en las cercanías de El Cairo, nada supo del cruce israelí hasta bien entrada la mañana del martes, cuando Sharon ya llevaba once horas en la orilla Oeste. Ni, asimismo asombrosamente, nadie aparentamente consideró juicioso informar al general Maamun en Ismailía, o al general Wassel en Suez, de lo que estaba pasando.

Ismail dijo después que únicamente se había enterado de la operación israelí cuando volvió al puesto de mando tras haber asistido a una reunión en la Asamblea Popular (donde el presidente Sadat anunció al pueblo egipcio que habían logrado una gran victoria, y prometió que no cesaría la lucha hasta que Israel hubiera devuelto cada partícula de tierra árabe). Pudo ser que se pasara escasa información al cuartel general supremo de El Cairo. Las patrullas de reconocimiento egipcias no eran tan activas como sus equivalentes israelíes... o tan rápidas en dar cuenta de sus contactos. Ni se aceptaban siempre como confiables los informes de algunas unidades; una explicación del fallo egipcio en reaccionar más pronto quizá se derive del hecho de que las primeras tropas árabes que chocaron con la fuerza de Sharon en el lado egipcio del canal eran hombres de la Brigada Ain Jallud del Ejército de Liberación de Palestina. Las noticias de estos hombres tendían a ser descartadas por considerarlas exageraciones emotivas. Por otra parte, es posible que los altos jefes egipcios, enajenados por los éxitos iniciales árabes, simplemente no quisieran creer lo que estaba sucediendo. O incluso puede que existiera cierta repugnancia a pasar información al ministro de la Guerra. «Los informes que recibí», dijo Ismail, «señalaban la infiltración de un pequeño contingente de carros anfibios, y el mando local era de la opinión de que sería aniquilado rápidamente...»

En vez de ello, la fuerza de Sharon en la orilla occidental se hacía de hecho, más potente cada hora. Pero continuaba la lucha en la ribera Este y, cuando los egipcios montaron finalmente un ataque el martes por la tarde, lo dirigieron contra los accesos orientales al punto de cruce. Por tardío que fuese, este ataque casi consiguió privar a los israelíes del control de los empalmes de carretera y de bloquear las rutas al referido punto.

Con el Segundo Ejército de Maamun presionando desde el Norte, y una fuerza del Tercer Ejército de Wassel echando su peso en el Sur, se recrudeció la pugna con más intensidad que antes. La obscuridad reducía el valor de los proyectiles anticarro de los infantes egipcios. Mas la escasa visibilidad eliminaba también la ventaja israelí en artillería de largo alcance. Lenta y sangrientamente, sin embargo, los numéricamente inferiores israelíes sacaron ventaja, y la resistencia egipcia en la Granja China comenzó a derrumbarse. Entonces, el bombardeo del punto de cruce cedió también, y los ingenieros israelíes pudieron empezar a trabajar en el puente que debería haber estado veinticuatro horas antes.

En tanto no había sido posible situar el puente de pontones, los transbordadores continuaron operando a lo largo del día. Se trataba de un asunto peligroso. Muertos por la explosión de las granadas en el agua, los peces alfombraban ambas riberas del canal. No se han dado cifras de bajas, pero se cree que unos

Un carro israelí rueda para entrar en Egipto.







Duchas en la orilla occidental.

cien israelíes perecieron, y otros trescientos resultaron heridos. Sin embargo, Sharon estaba decidido a continuar —abandonando el punto de cruce si era necesario— para barrer hacia el Sur y sembrar la destrucción a retaguardia del Tercer Ejército egipcio. Gonen, insistiendo aún en «frenar», ordenó a Sharon que se detuviera donde estaba, se atrincherara y sostuviera el punto de cruce hasta que se pudiera tender un puente a través del canal. La respuesta radiada de Sharon envolvía su negativa en una obscenidad. Atrincherarse, decía el jactancioso general, haría conspicua a su fuerza y ofrecería al enemigo un blanco fácil. Con esto, dividió sus efectivos en grupos de incursión y los envió a buscar emplazamientos de los SAM, depósitos de municiones y de combustible y cualquier cosa que, al parecer, mereciera la pena atacar. Inevitablemente, gran parte de la destrucción causada por tales grupos era relativamente trivial. No obstante ello, cuatro rampas de SAM habían sido inutilizadas a mediodía del martes. Esto abrió un boquete en la sombrilla de ingenios antiaéreos, y la aviación israelí pronto aprovechó el hueco para proporcionar a Sharon apoyo táctico. Alarmados por la nueva situación, los egipcios enviaron su Fuerza Aérea a medirse con los Phantom y los Skyhawk de Israel. En los violentos combates que siguieron, docenas de MiG fueron derribados, y los israelíes establecieron su dominio del cielo en el sector central del frente del Sinaí.

El puente de Sharon estuvo colocado a mediodía del miércoles —unas treinta horas después de lo previsto—, y la primera de las tres fuerzas de carros del general de división «Bren» Adan comenzó a rodar en «Africa». Sharon merece justamente la distinción de haber planeado la Operación Gazelle y le son debidos laureles por encabezar el asalto israelí a través del canal. Pero fue el menos dado a la publicidad Bren Adan el que realizó la marcha durante la sobremanera importante continuación. Después de la guerra, Sharon acusó al Alto Mando de Israel de lentitud en explotar la oportunidad que él les había ofrecido. El general de paracaidistas se quejaba de que pasaron treinta y seis horas hasta que se mandaron refuerzos a su cabeza de puente. Ni se le permitió girar al Norte para rodear al Segundo Ejército egipcio; y ningún general de mayor antigüedad visitó la cabeza de puente en los días iniciales de la contienda. No se mencionaron nombres, pero, indudablemente, aquéllos en los que

Descenso de un superviviente de un MiG-21 abatido.

Sharon pensaba eran Gonen, Bar-Lev y —en menor medida— David Elazar. Este respondió con un severo comentario sobre la conducta de Sharon al otro lado del canal. «Puede ser menos brillante y atractivo luchar por sostener una cabeza de puente que llevar sus carros a Africa», dijo. «Pero el mantenimiento de esa cabeza bien puede ser la maniobra crucial de una batalla». Esta fue otra salida en la llamada «guerra de los generales» israelí, que al escribir estas líneas aún se sigue riñendo en un terreno político.

El alto el fuego

Prisioneros heridos israelíes en un hospital egipcio.

Mientras los dirigentes egipcios continuaban haciendo poco caso de los peligros que implicaba lo que calificaban públicamente de «fuerza de comandos israelí» en la orilla occidental del canal, los generales en campaña empezaban a apreciar la gravedad de la nueva amenaza. El miércoles por la noche (17 de octubre), un obstinado ataque lanzado contra la cabeza de puente por el general Maamun fue rechazado con grandes pérdidas. Los presagios no eran buenos, y aunque el general Ismail estaba empezando a lamentar haber comprometido virtualmente todos los blindados de primera línea de Egipto en el Sinaí, no retiró ninguno de los quinientos carros que había enviado al lado oriental. Según admitió después el propio Ismail, «la información se interrumpió debido a cambios de responsabilidades que habíamos hecho en algunos mandos...» durante este período. (Uno de tales cambios fue la substitución del general Maamun, que se dijo habría sufrido un ataque al corazón. El general Wassel pronto iba a ser destituído también. Así como el jefe del Estado Mayor, general Shazli). Incluso cuando las columnas acorazadas israelíes se extendían como una gigantesca mancha de aceite por las arenas de la orilla Oeste del canal, desde Ismailía al Gran Lago Amargo, no había indicios de que los egipcios se retiraran del Sinaí.

Hubo noticias de intensa lucha y fuertes pérdidas, pero el ejército israelí en Africa —cuya potencia había aumentado a doscientos carros y unos ocho mil hombres— continuaba avanzando al Norte y al Sur a lo largo del canal. Para el fin de semana, todos los emplazamientos de proyectiles y las baterías artilleras en un tramo de noventa kilómetros de la vía acuática habían sido inutilizados. (Resultaban enormemente vulnerables porque los egipcios no se habían molestado en protegerlos). Fayid y Abu Suweir habían sido rebasadas, y la captura de los aeródromos de estas dos localidades dio a los israelíes campos de aterrizaje de vanguardia y combustible para sus carros. Existían ahora todas las posibilidades de que las seis divisiones egipcias aferradas a sus cabezas de playa en el Sinaí quedaran aisla-

Bajas egipcias.



das y bloqueadas entre dos ejércitos israelíes. Además de amenazar con cortar sus últimos puentes, Sharon y Adan operaban contra sus líneas de abastecimiento, y la situación alzaba el espectro de algo peor que la derrota que trajo la terminación de la Guerra de los Seis Días.

Al fin tenía el gobierno israelí algunas noticias alentadoras para dárselas a un público deslumbrado y ansioso al que se había advertido que no esperara una victoria fácil. Como artífice de la operación que prometía la aniquilación virtualmente total del Ejército egipcio, Sharon fue más héroe que nunca. Y su imagen de luchador en primera línea quedó aún más realzada por la noticia de que había vuelto rápidamente a la acción tras ser herido en la cabeza por un casco de metralla. Cuando Moshe Dayan realizó una visita sorpresa a la cabeza de puente, los dos generales fueron fotografiados. Formaban una pareja chocante: Dayan, con su familiar parche estilo pirata, y Sharon mostraba la cabeza envuelta en un vendaje aún manchado de sangre.

De vuelta en Jerusalén, el ministro israelí de Defensa anunció que «el momento decisivo estaba próximo». «Israel no debería tener ninguna prisa por un alto el fuego», dijo. «Cada día que pasa es en beneficio nuestro». Y el general Elazar añadió: «Estamos dictando ahora las condiciones para desarrollar el ataque... Hay base para la decisión y la victoria».

Por su parte, los árabes tampoco parecían tener prisa por un alto el fuego. No había indicios de que los sirios —reabastecidos, reorganizados y respaldados por refuerzos iraquíes y jordanos— estuvieran a punto de ceder, y el Ejército egipcio parecía determinado a luchar hasta la muerte para sostener su posición en la orilla oriental del canal. El hecho es que los egipcios no comprendían cuán grave era la situación, y otra gente estaba mucho mejor informada acerca de lo que pasaba en el campo. El 4 de octubre, los rusos habían

El general Sharon con el ministro de Defensa israelí.



Una instalación de SAM cerca de Suez capturada por los israelíes.

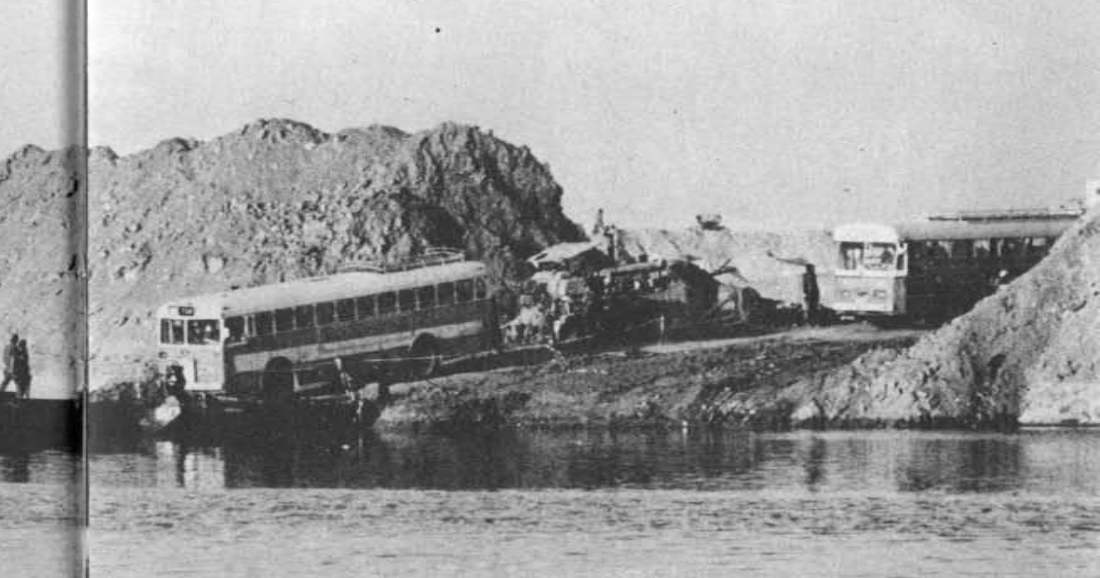




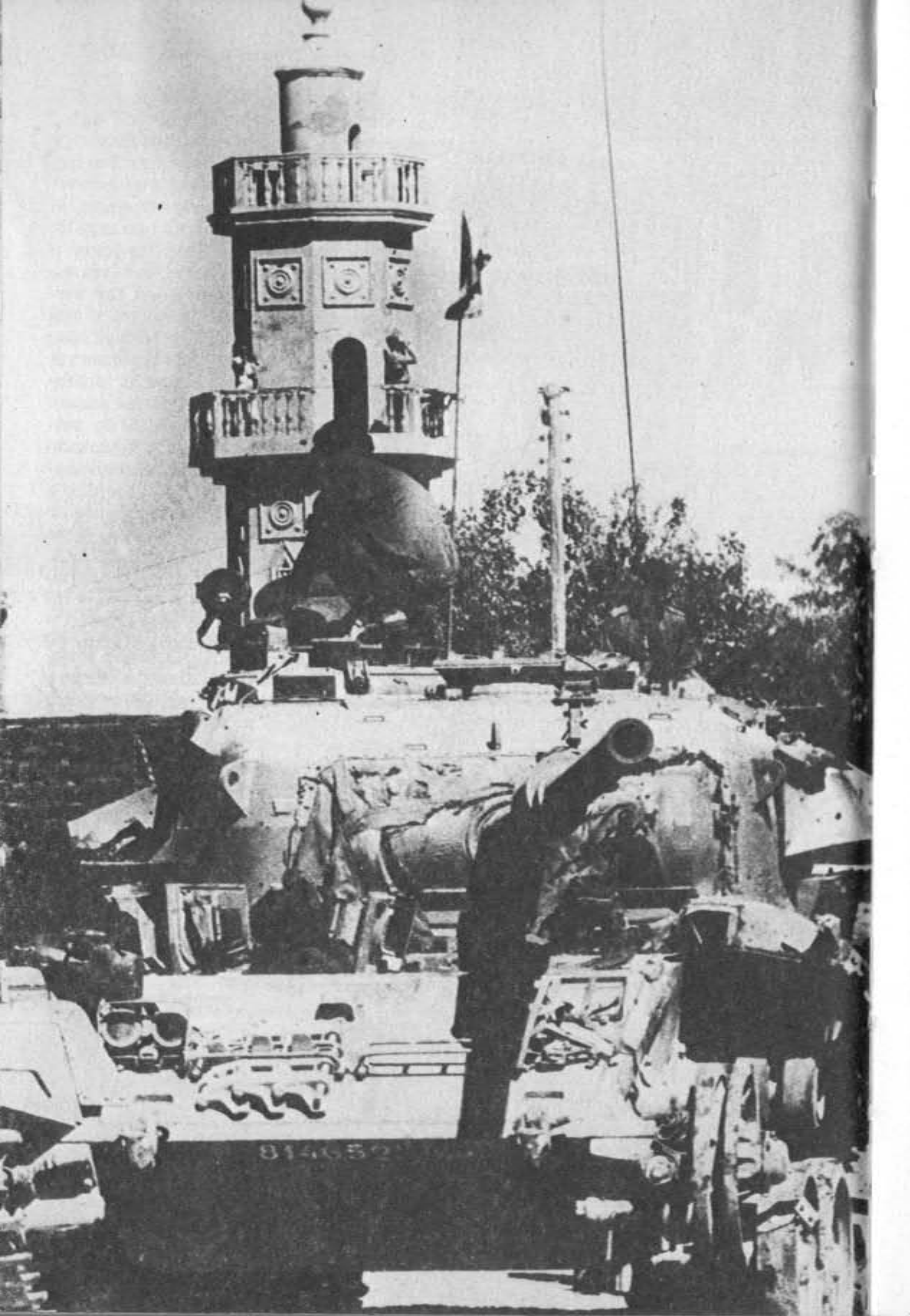
Más israelíes cruzan el canal.

lanzado un satélite Cosmos programado para observar los acontecimientos militares en el Oriente Medio. Un satélite «espía» norteamericano hacía lo mismo, porque si bien ambos bandos se hallaban obsesionados por la idea de la *détente,* la Unión Soviética y los Estados Unidos sabían que debían vigilar estrechamente tales acontecimientos si es que iban a proteger los intereses de sus respectivos clientes.

Dado que los israelíes habían cruzado el canal, los rusos observaban con creciente horror el progreso de la guerra en Egipto; el 16 de octubre, Aleksei Kosyguin, jefe del gobierno de la URSS, voló a El Cairo para mantener conversaciones durante tres días con el presidente Sadat. Con las tropas de Israel cruzando el canal en número creciente, a menos de 160 kilómetros de distancia, el conflicto se hallaba en una fase crítica. Había embotellamientos de tráfico en las carreteras del canal mientras una asombrosa variedad de medios de transporte israelíes llevaban a veinte mil infantes al otro lado de aquél. Cisternas lecheras Tnuva, llenas de agua, gigantescos remolques de mudanzas y autocares Egged destacaban en las largas columnas de vehículos que atravesaban el puente. Pocos días después, la compañía Egged anunciaba con orgullo que había ampliado sus servicios a Egipto y Africa. Pero Sadat todavía estaba convencido de que nada iba verdaderamente mal: aún tenía cien mil hombres y quinientos carros en el lado israelí del canal, dijo, y quería conservar la guerra «caliente», sangrar el potencial humano de Israel, desgastar sus reservas, abrumar su capacidad de permanecer movilizada. Al ser preguntado acerca de la «incursión de comandos» israelí a través del canal, Sadat le dijo a Kosyguin que se trataba únicamente de una maniobra propagandística, algo que la señora Meir podía utilizar para elevar la decaída moral de sus compatriotas. Kosyguin expuso entonces la interpretación soviética de la operación y el actual estado de cosas deducido de los informes del Cosmos.



Autobuses de la Egged se acercan al puente.



Los rusos habían decidido ya que no se podía esperar más en cuanto a realizar un esfuerzo básico para detener la lucha; una vez que Sadat estuvo convencido de la realidad de la situación, accedió a regañadientes. Entre tanto, antes de regresar a Moscú, el dirigente ruso ordenó el envío de personal militar de su país para revitalizar las defensas aéreas egipcias en torno a El Cairo, y para encargarse del control de tierra del puente aéreo soviético. Así, en el curso de la semana que empezaba el viernes 19 de octubre, unos cuatrocientos «técnicos» y «representantes» de la URSS volvieron a Egipto. Entonces, cuando Kosyguin retornó a la capital soviética, el secretario del partido comunista, Leonid Breznev, mandó una nota urgente a Washington invitando al doctor Kissinger a ir a Moscú para discutir «los medios de poner fin a las hostilidades en el Oriente Medio antes de tomar una decisión irrevocable». Mientras se enviaba el mensaje, técnicos norteamericanos en cuestiones de información militar informaban al Departamento de Estado de que Israel estaba considerando atacar a los buques soviéticos que llevaban equipo pesado a Siria y a Egipto.

Incluso antes de que se enviara la nota de la URSS y se presentaran los informes estadounidenses, Washington ya había llegado a la conclusión de que había llegado el momento de detener la guerra. La «decisión irrevocable» a la cual se había referido Breznev suponía una amenaza de intervención rusa, de manera directa, en la lucha. La *détente* podía sobrevivir a la confrontación, pero no a la derrota de un estado cliente. Más aún, los aliados de Norteamérica mostraban alarma no sólo ante los peligros de un enfrentamiento de la URSS con los Estados Unidos derivado del aumento del puente aéreo de armamento a ambos bandos, sino también —especialmente los europeos occidentales— a los efectos potencialmente catastróficos de los cortes en los suministros de petróleo árabes. En una emisión de Radio Riyad, el 18 de octubre, el rey Faisal de la Arabia Saudita anunció que la producción y los envíos del preciado combustible de su país serían reducidos progresivamente hasta que hubiera paz en el Oriente Medio. Los aliados árabes de Egipto y Siria habían decidido poner en práctica su amenaza de utilizar el petróleo como arma geopolítica. Al día siguiente, el presidente Nixon pidió al Congreso una consignación de ayuda militar suplementaria por valor de 2.200 millones de dólares para pagar el material bélico destinado a Israel. Anunció también Nixon que sería reforzada la Sexta Flota de los Estados Unidos , destacada en el Mediterráneo. La respuesta del rey Faisal consistió en cortar todos los envíos de petróleo a Norteamérica. Temiendo que los Estados Unidos fueran arrastrados a una vorágine, Nixon ordenó a Kissinger que fuera a Moscú a fin de hallar el medio de trasladar los problemas del Oriente Medio del campo de batalla a la mesa de conferencias.

Una pausa en la lucha alrededor de la ciudad de Suez.

Así, el doctor Kissinger hizo un dramático vuelo a Moscú, a primera hora de la mañana, y en la capital de la URSS se llegó pronto a un acuerdo en el sentido de que las dos superpotencias ejercerían intensa presión sobre sus clientes respectivos para poner fin a la guerra. Hubo acuerdo de un alto el fuego *in situ,* y se presentaron algunas amplias, pero poco matizadas, condiciones políticas. Se hizo un regalo a los árabes: que la resolución 242 del Consejo de Seguridad —exigiendo la retirada de Israel de «los territorios ocupados»— sería cumplida y en todas sus partes». Sin embargo, como otra condición estipulaba la celebración de «negociaciones inmediatas», los israelíes podían interpretar los términos del alto el fuego en el sentido de no requerir retirada previa a un acuerdo negociado sobre fronteras seguras y garantizadas.

En El Cairo, el presidente Sadat estaba dispuesto a aceptar un alto el fuego, aunque otros muchos líderes egipcios hablaban aún en términos de una eventual victoria militar. «Esta vez no se nos persuadirá a hacer nada», dijo un funcionario. «Hemos aprendido una amarga lección de la larga historia de

tanto alto el fuego». El presidente sirio, Assad, era aún menos perspicaz. Pero los rusos ya habían comenzado a ejercer presión sobre Siria con amenazas de cortar los suministros. El 16 de octubre, tres cargueros soviéticos con abastecimientos militares, atracaron en Latakia sólo tres horas después de que al Armada israelí hubiera bombardeado el puerto. Los sirios, que necesitaban urgentemente proyectiles anticarro y granadas, tenían camiones esperando para transportar rápidamente tales suministros al frente. Pero mientras los oficiales sirios argumentaban y se quejaban, los rusos rehusaron comenzar la descarga. «Esperamos órdenes», dijeron. Aquella misma tarde llegaron órdenes de la embajada de la URSS: «Zarpar», decían. Aparantemente, ello se debía al peligro de otro ataque israelí al puerto; en realidad, todo formaba parte de la presión que se ejercía sobre el presidente Assad, y este incidente marcó el fin de la operación soviética de reabastecimiento por vía marítima. El embajador ruso informó a Assad que aunque los rusos continuarían mandando municiones por avión, no estaban dispuestos a enviar más equipo pesado porque temían que los sionistas pudieran capturarlo. (Después, cuando egipcios e israelíes hubieron aceptado las condiciones para un alto el fuego, los rusos amenazaron con que si los sirios iban a continuar solos la lucha, no les mandarían más suministros de manera absoluta y retirarían a sus «técnicos» que servían en las unidades de proyectiles dirigidos de la defensa aérea de Siria. Y esto obligó al presidente Assad a ceder).

Al igual que los sirios, los israelíes se mostraban también renuentes a aceptar un alto el fuego en esta fase del conflicto; ellos también habían aprendido amargas lecciones de la historia de ese tipo de acuerdos. Además, la noticia de la decisión alcanzada en Moscú constituyó una sorpresa. Comprendían, naturalmente, que la visita de tres días a El Cairo realizada por Kosyguin y el apresurado vuelo de Kissinger a Moscú presagiaban una acción encaminada a poner fin a la guerra. Pero los norteamericanos les habían llevado a creer que no era probable que de la reunión de Moscú surgiera un plan inmediato para resolver el conflicto. No había, por tanto, nada del carácter de urgencia que marcó las últimas horas de la Guerra de los Seis Días: cuando los jefes de carro israelíes habían reñido sus batallas finales con un oído pegado a la red de radio de los blindados y con el otro escuchando los boletines de noticias acerca del debate de la ONU en Nueva York sobre el alto el fuego. Así, el anuncio del acuerdo de las superpotencias en Moscú cayó como una bomba en Jerusalén. Tras una tensa sesión el domingo 21 de octubre, el gabinete de Israel accedió a regañadientes al llamamiento personal del presidente Nixon a Golda Meir para que cumpliera la resolución de Moscú. Poco antes de las cuatro de la madrugada, el embajador de Israel ante las Naciones Unidas informó en Nueva York al Consejo de Seguridad de la aceptación del alto el fuego por parte de su país; y a las seis y media de la mañana se hizo un anuncio semejante en Jerusalén.

Las dificultades comenzaron a las siete y media, cuando el líder de la oposición gubernamental israelí, Menachem, Begin, visitó a la señora Meir para expresarle el desacuerdo de su partido. Un alto el fuego *in situ*, dijo, dejaría intactos a los ejércitos egipcios y sirio en posiciones donde podían ser rearmados por los rusos, y los israelíes se encontrarían con una línea más larga que defender. Además, el segundo párrafo de la declaración de Moscú implicaba la evacuación de por lo menos una parte substancial de los territorios ocupados en 1967, a lo que se oponían resueltamente la alianza derechista Likud, capitaneada por Begin.

La señora Meir telefoneó al presidente Nixon para pedirle consejo; a mediodía, Kissinger —que regresaba de Moscú— llegó al aeropuerto de Lod a fin de «aclarar» los términos del acuerdo de Moscú. Probablemente no se revelará nunca si Golda Meir mencionó el asunto o si existía un acuerdo tácito para dejar que los israelíes siguieran adelante con su plan para aislar al Tercer Ejército egipcio. (Los rusos acusaban en privado a Kissinger, posteriormente, de volver sobre lo que él había aceptado en Moscú. En Tel Aviv, decían, le persuadieron a permitir que los israelíes conquistaran más terreno con fines de ulterior negociación, en vez de insistir en una estricta observancia del alto el fuego). Entre tanto, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, tras sólo dos horas de debate, aprobaba por unanimidad la resolución del alto el fuego, y parecía perfilarse una tregua.

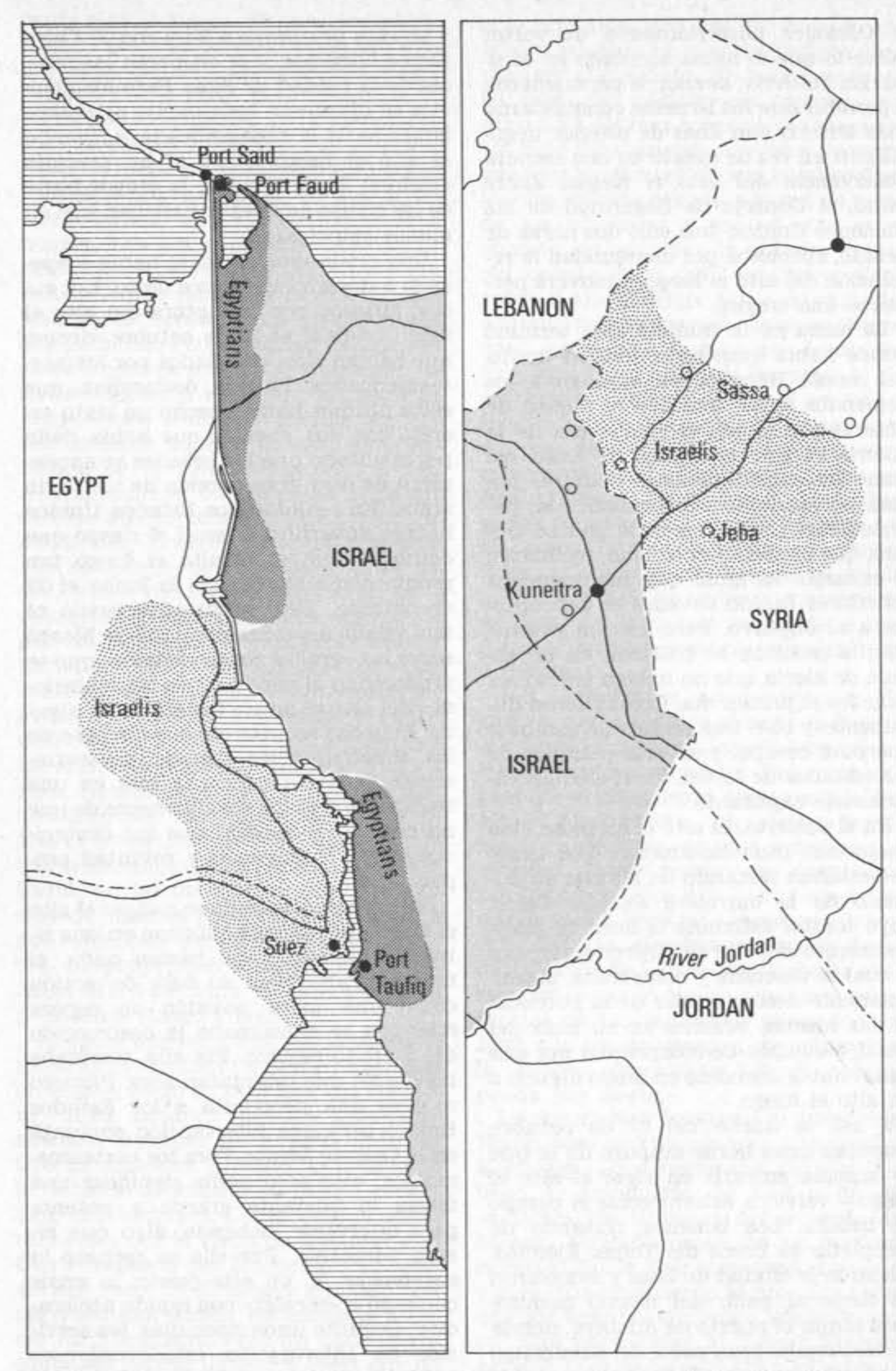
La lucha en la frontera siria terminó donde había empezado, laderas arriba del monte Hermon, en cuya zona los comandos sirios atacaron el puesto de observación israelí el primer día de la guerra. Porque el orgullo de Israel así como las consideraciones militares hacían necesaria su reconquista. Así, paracaidistas y soldados de la unidad Golani, que conocían el terreno, recibieron el encargo. Al igual que sus enemigos anteriores, fueron llevados en helicópteros a su objetivo. Pero los que guarnecían la posición se hallaban en un estado de alerta que no habían tenido los israelíes el primer día. Combatieron duramente, y sólo tras un salvaje combate cuerpo a cuerpo, y severas pérdidas de los soldados de Israel, fue el enemigo finalmente expulsado.

En el desierto, el alto el fuego se vino abajo casi inmediatamente. Los israelíes estaban tratando de afirmar su dominio de la carretera Suez-El Cairo, cuyo control asfixiaría la línea de abastecimiento del Tercer Ejército egipcio, el cual se defendía y contestaba, auténticamente desconocedor de la potencia de las fuerzas israelíes en su lado del canal, e incapaz de comprender por qué Sadat había accedido en modo alguno a un alto el fuego.

Y así, la noche del 22 de octubre —apenas unas horas después de la que se suponía entraría en vigor el alto el fuego— volvió a estremecerse el campo de batalla. Los israelíes, tratando de completar su cerco del Tercer Ejército, atacaron la ciudad de Suez y avanzaron en torno al golfo del mismo nombre para tomar el puerto de Adabiya, donde se descargaba gran parte del suministro de petróleo egipcio. Todas las carreteras y accesos que unían a Suez con El Cairo fueron cortados, y se ocuparon las afueras de la ciudad de Suez. Pero los egipcios se opusieron tenazmente al avance israelí hacia la zona edificada, y, cuando el alto el fuego surtió al fin precario efecto el 25 de octubre, la mayor parte de las ruinas de Suez se hallaban aún en manos egipcias.

Una crisis internacional había empezado a desarrolarse entre tanto. Los rusos, furiosos por la ruptura del alto el fuego original el 22 de octubre, decían que habían sido engañados por los norteamericanos. Parecía, declaraban, que estos últimos habían hecho un trato secreto con sus clientes que había dado por resultado que los israelíes se apoderaran de otra gran porción de territorio árabe. En realidad, los Estados Unidos habían advertido a Israel el riesgo que corría al romper el alto el fuego tan pronto como se reanudó la lucha el 22 de octubre. Pero ni su advertencia ni una velada amenaza por parte de Moscú sobre las «graves consecuencias» que se producirían si continuaban las violaciones del alto el fuego, tenían efecto alguno. El hecho escueto era que ninguna de las superpotencias trataba necesariamente de hacer caer a la otra en una trampa; se trataba sencillamente de que no habían reconocido que sus protegidos tenían inteligencia y voluntad propias.

Sin embargo, cuando se rompió el alto el fuego, los rusos se hallaban en una situación difícil. Si no hacían nada, el mundo árabe vería su falta de acción como una mera posición de espera mientras se consumaba la destrucción del Ejército egipcio. Por ello, resultaba inevitable que intentaran algo. Primero se hizo una propuesta a los Estados Unidos para una intervención conjunta en el Oriente Medio. Para los norteamericanos, esto sólo podía significar una fuerza lo bastante grande y potente para intervenir luchando, algo que no eran aceptable. Por ello se rechazó la sugerencia. Y, en este punto, la crisis comenzó a «escalar» con rápida aceleración. Durante unos cinco días, los servicios de Información estadounidenses habían estado recibiendo noticias de



La situación en los frentes Norte y Sur en el momento del acuerdo de alto el fuego.

que tropas soviéticas se preparaban para prestar servicio operativo. Se hacía ahora evidente que el puente aéreo soviético de suministros a El Cairo había descendido en su cuantía, posiblemente para contar con aviones disponibles como transportes de soldados. Se sabía igualmente que las fuerzas navales de la URSS en el Mediterráneo disponían de unidades de Infantería de Marina. Por último, el embajador soviético en los Estados Unidos, Anatoly Dobrynin, visitó al doctor Kissinger para entregarle un duro mensaje de Breznev. A menos que se llamara al orden a los israelíes, los rusos enviarían aerotropas para proteger a sus clientes egipcios, tal era lo esencial del mensaje.

Temiendo una implicación tipo Vietnam en el Oriente Medio, pero deseosos de no dar a los rusos la menor oportunidad de creer que podían seguir adelante con el envío de tropas de manera unilateral, Kissinger y sus consejeros optaron por una acción firme. Se aconsejó al presidente Nixon que pusiera a las fuerzas norteamericanas en estado de alerta mundial, y poco antes de las dos de la madrugada (hora de Washington) del 25 de octubre se dio la orden preparatoria para una alerta de Fase 3 en el orden de cinco de las Disposiciones de Defensa norteamericanas (Defcon). (Durante la crisis de los proyectiles en Cuba, en el año 1962, las fuerzas de los Estados Unidos fueron puestas en Fase 2). A las tres de la madrugada, cuando entró en vigor la Defcon 3, 2.300.000 miembros de las fuerzas armadas estadounidenses se mantenían preparados en bases situadas en todo el mundo, desde Miami a Okinawa; los portaviones navegaban hacia sus posiciones operativas, y los B-52 del Mando Aéreo Estratégico volvían a los Estados Unidos desde Guam. Desde la crisis cubana, once años atrás, era la primera vez que sucedía algo semejante. Pero Nixon y Kissinger habían decidido que una alerta mundial —más que una selectiva a determinadas bases aéreas, como en la guerra de 1970 entre Jordania y Siria— se hacía necesaria, porque resultaba vital convencer a la Unión Soviética de la determinación norteamericana de reaccionar si los rusos intentaban inmiscuirse en el terreno del Oriente Medio.

La crisis duró otras veinticuatro horas, y luego las dos superpotencias se echaron atrás y acordaron que una fuerza de urgencia patrocinada por las Naciones Unidas, e integrada por elementos de naciones no incluídas entre los cinco grandes, debería intervenir en el Oriente Medio para refrenar a los contendientes. Rusos y norteamericanos habían decidido que su interés propio era más importante que los de sus clientes o aliados.

Mientras tanto, una calma inestable comenzó a hacerse notar en los campos de batalla. En Siria se había estabilizado el fente, y aunque los sirios se rearmaban rápidamente, los israelíes confiaban en poder hacer frente a una nueva ofensiva. El frente egipcio continuaba en un estado inferior a la ebullición. El alto el fuego dejaba a veinte mil hombres del Tercer Ejército de Egipto atrapados en el Sinaí, y los israelíes mostraban escasa inclinación a dejarlos salir de la trampa a menos que se rindieran. En respuesta a una petición de Egipto a la Cruz Roja, vehículos de Israel cruzaron la tierra de nadie para entregar doscientos envases de plasma sanguíneo destinado a los heridos del Tercer Ejército. Hasta que la presión internacional les forzó a hacerlo, sin embargo, ellos no estaban dispuestos a proporcionar nada más. Posteriormente, jefes egipcios se reunieron con sus equivalentes israelíes en la carretera del canal El Cairo-Suez, y a continuación se permitió que un convoy de 125 camiones de las Naciones Unidas cruzara el canal, llevando alimentos y medicinas al sitiado Tercer Ejército. Estos fueron los únicos suministros que llegaron a las tropas egipcias desde que se cortó la carretera a El Cairo, si bien sólo podían proporcionar un pequeño alivio. La ración de cada soldado, traída desde la capital, consistía en cierta cantidad de agua, dos porciones de queso, un paquete de galletas, dos tabletas de vitaminas, dos aspirinas, una bolsita de azúcar, té, café, una caja de cerillas y tres cigarrillos.

Resulta dudoso saber si la mayoría de



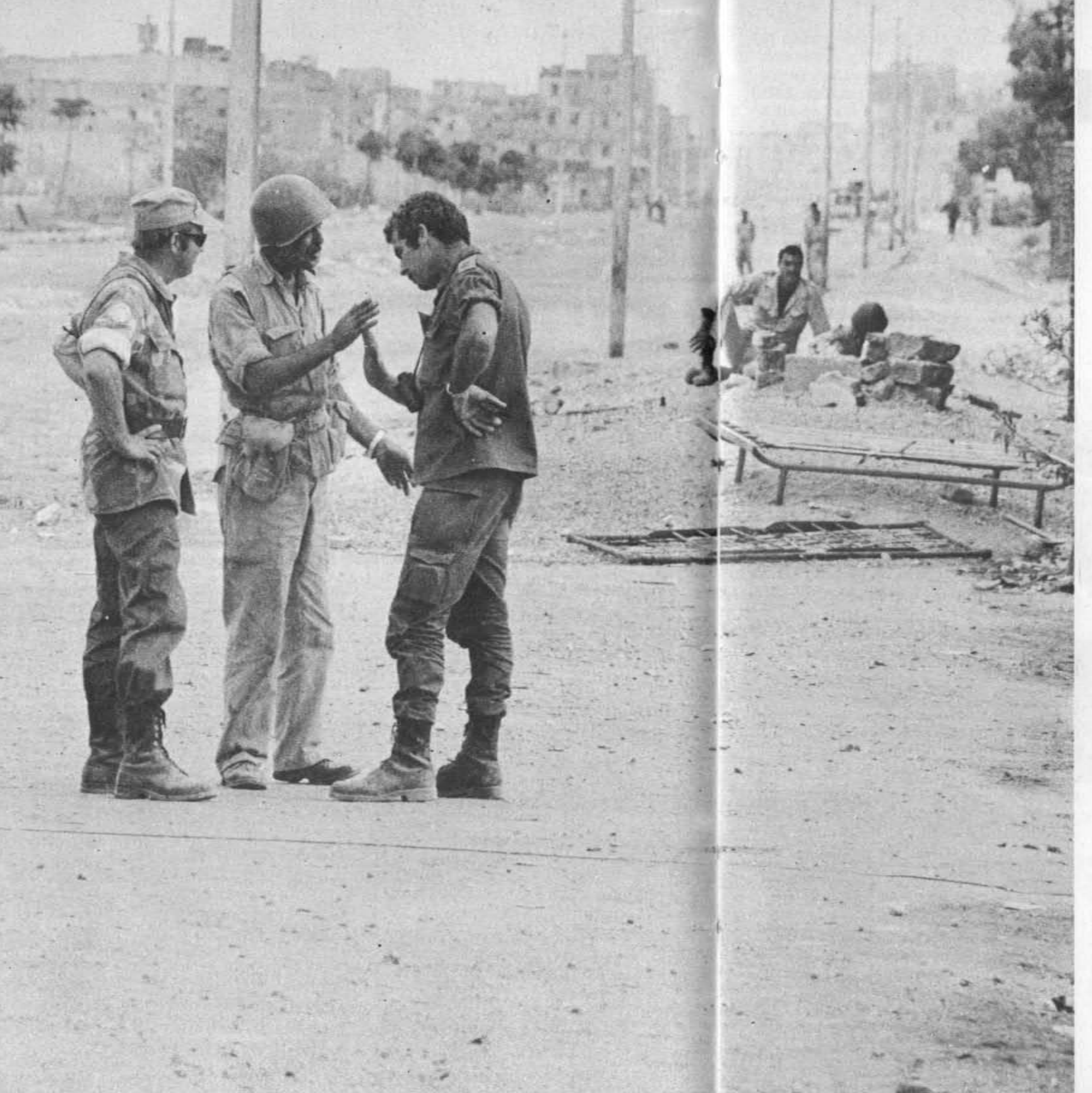
Arriba: **Soldados egipcios llevan suministros a través del canal a su rodeado Tercer Ejército.** Abajo: **Un contingente de la ONU llega al teatro de operaciones.**





Arriba: **Manifestación contra los términos del acuerdo de alto el fuego.** Abajo: **Más suministros cruzan el canal para el bloqueado Tercer Ejército.**





Un miembro del grupo de la ONU observa una discusión entre un egipcio y un israelí.

los soldados del Tercer Ejército bloqueados en el Sinaí se daban cuenta de su situación, dado que Radio Cairo les tenía prácticamente a oscuras. Pero los egipcios del interior de Suez debieron de haber visto amplias pruebas de la potencia del ejército invasor. Un ejemplo bastará. El día en que el alto el fuego entró finalmente en vigor, tres egipcios fueron capturados cuando se dirigían a llevar a un teniente israelí, Allon Kaplan, a un campo de prisioneros. A Kaplan lo habían cogido en la orilla oriental del canal, detrás de la línea Bar-Lev, y luego lo condujeron en un barquichuelo de fondo plano a lo que los egipcios creían terreno propio. Para asombro suyo, los soldados que se presentaron, que habían estado durmiendo a la sombra de carros rusos, eran israelíes, y los aprehensores árabes se encontraron a su vez prisioneros.

En diecinueve días de lucha, los árabes habían destruído el mito de la invencibilidad israelí, y recuperado su orgullo. Pocos comprendían que no hubieran conservado el orgullo mucho tiempo si rusos y norteamericanos no hubiesen insistido en pedir una suspensión de hostilidades. Los árabes crearon un milagro cuando se unieron contra Israel. Pero los israelíes también hicieron otro al salir de las cuerdas del «ring» militar para establecer su presencia física en Egipto al Oeste del canal. Rompieron la trayectoria de la guerra y en modo alguno estaban dispuestos a abandonar. «Tratamos de aplastar a sus ejércitos y de matar a muchos soldados jóvenes», dijo inflexiblemente un jefe israelí. «Lo esencial es llevar al convencimiento de los oficiales árabes de menor edad —los que sobrevivan a esta contienda, que serán los líderes de la generación siguiente— que la guerra no será sencillamente una solución». Pero las esperanzas de Israel de infligir otra aplastante derrota militar se desvanecieron porque las superpotencias no podían permitirse ver a los árabes nuevamente humillados.

El frente interior de Israel

Limpieza en el desierto tras los combates.



Si alguna vez se puede calificar verdaderamente una guerra de popular,entonces los israelíes dirían que fue la de 1967. Incluso antes de que terminara, ellos bailaban en las calles, y la conquista de la Ciudad Antigua de Jerusalén provocó un éxtasis colectivo nacional. Pero eso sucedió en 1967; seis años después, el talante de Israel era muy diferente. Incluso durante los primeros y sombríos días de la contienda existía una firme convicción de que su país sobreviviría, pero se reconocía que el costo sería elevado: en bajas, en material y en el modo en que vivirían los israelíes en los meses y años por venir.

La noticia de que los egipcios habían cruzado el canal de Suez con relativa facilidad, y la de que los sirios casi habían irrumpido en el densamente poblado valle del Jordán, tuvieron un gran efecto moderador sobre un pueblo acostumbrado a victorias espectaculares respecto a los árabes. Se admitía militarmente que éstos se apuntaron éxitos inesperados. Aprovechándose de la sorpresa, de la incrementada calidad y cantidad del armamento suministrado por los rusos y de las tropas mejor instruídas y con moral más alta, los árabes —así se reconocía— lucharon bien. Esto lo admitían hasta israelíes que solían despreciar la capacidad militar de sus enemigos. Pero nadie alimentó nunca la idea de que los árabes ganarían. Como vieron los israelíes, su gobierno decidió, por razones políticas, no lanzar un ataque preventivo, como había hecho en 1967. Incluso así, las fuerzas israelíes destacadas a lo larrgo de las líneas de alto el fuego de 1967, muy inferiores en número, fueron capaces de contener las embestidas del enemigo. Y en el término de cuarenta horas las cosas empezaron a cambiar de signo. En 1967, la ofensiva de Israel se basaba en dos semanas y media de preparación previa; en 1973, cuarenta horas de lucha defensiva contra efectivos superiores podían realmente considerarse como una proeza militar mayor.

Quizá el mayor *shock* militar que sufrieron los israelíes fuera la revelación de que un factor decisivo de los éxitos alcanzados por Egipto y Siria lo constituía el dominio alcanzado por los árabes de la tecnología bélica. Cuando los diéz mil técnicos y asesores rusos abandonaron Egipto, muchos expertos militares creyeron que la maquinaria bélica egipcia no podía ya funcionar adecuadamente. Era creencia extendida que el complejo sistema de defensa aérea integrada, tan dependiente de las baterías de proyectiles SAM-2 y SAM-3, quedaría inmovilizado, porque los rusos lo hacían todo «hasta apretar el botón». Se decía que en Siria la situación resultaba aún peor. Cuando estalló la guerra, sin embargo, se vio que no sólo eran capaces los árabes de emplear tales armas con eficacia, sino también de estar familiari-



Escena callejera en Tel Aviv el tercer día de la guerra.

zados con un conjunto aún más complejo y mortífero de dispositivos y equipo soviéticos. El que los israelíes se dieran cuenta de que se hallaban en el lado erróneo de la brecha tecnológica fue un golpe semejante al trauma post-Sputnik que se registró en los Estados Unidos. Y las continuas pruebas procedentes de los campos de batalla de que la capacidad combativa de los árabes había sido juzgada equivocadamente sólo contribuyeron a empeorar el problema.

A medida que la guerra se prolongaba, la debilidad básica de Israel estribaba en su escasez de potencial humano. Naturalmente, los números no cuentan toda la historia. Creyendo que sus soldados estaban mejor instruídos y equipados —moral, mental y físicamente—, los israelíes sabían que no tenían otra alternativa sino luchar. Pero la escásez de hombres hace difícil reñir una guerra de desgaste, especialmente porque la estrategia israelí exige un cuidadoso y ahorrativo manejo de los recursos humanos. Esa es la razón por la que se les dijo —en palabras de David Elazar— que se esperaba de ellos que «rompieran los huesos» de la máquina militar enemiga, para desalentar así una renovación de la beligerancia árabe durante algún tiempo por venir.

En la superficie, los israelíes desplegaron una firme determinación de demostrar que la vida seguía como de costumbre. Los niños continuaba yendo al colegio; supermercados y gasolineras permanecían abiertos y estaban bien abastecidos; no se había interrumpido el tráfico y el comercio a través del río Jordán. Sin embargo, había algo irreal acerca de todo esto. En Tel Aviv, muchas cosas funcionaban normalmente, con la expceción de que las calles estaban casi desiertas y de que se apreciaba una notable falta de autobuses. Por la noche, el obscurecimiento dificultaba la vida en la ciudad, y los que se aventuraban a salir buscaban su camino en las tinieblas con la ayuda de linternas de bolsillo.

Se hacían los mayores esfuerzos para que la economía funcionara con la mayor normalidad posible. Pero el masivo llamamiento a filas tendía a afectar a aquellos sectores de la actividad que empleaban mayor número de trabajadores jóvenes. La industria del diamante -la mayor fuente israelí de divisas— quedó virtualmente paralizada mientras pulidores y tallistas conducían sus Centurion en el Sinaí y escalaban el monte Hermon en Siria. La industria turística también se evaporó de la noche a la mañana, porque pocos extranjeros deseaban visitar Jerusalén y Eilat durante la guerra. Con excepción de los tres mejores hoteles de Tel Aviv, que estuvieron ocupados por numerosos periodistas mientras duró la lucha, los demás establecimientos hoteleros de Israel permanecieron vacíos. Cuando entró en vigor el alto el fuego, muchos de los periodistas emprendieron el regreso a sus respectivos países.

Cerraron las fábricas que producían artículos de consumo, y se paralizó casi toda la construcción por la movilización del personal clave. Muchos de los trabajadores árabes empleados en esta última industria y en la agricultura no se presentaron en sus puestos en los dos primeros días del conflicto, pero esto se debió sólo en parte a lo tenso de la atmósfera. La falta de transporte y el largo ayuno —un mes— del Ramadán, que terminó precisamente en aquel fin de semana, fueron las causas principales del absentismo árabe. En esta guerra, los árabes israelíes se molestaron en ayudar a los judíos; aún más sorprendente, no hubo casos de actividad terrorista árabe en el interior de Israel. Muchos árabes donaron sangre para los heridos de guerra israelíes; centenares de ellos se ofrecieron voluntarios para trabajar en los *kibbutzim;* y «millares» —según se afirma— contribuyeron al Empréstito Voluntario de Guerra de Israel. (Los certificados de los bonos de este empréstito entregados a los árabes tenían suprimida la palabra «guerra», para que no pensaran sus poseedores que injuriaban a los estados árabes).

Las fábricas calificadas de esenciales, como las que producían suministros militares, o alimentos, seguían funcionando y recibían un trato preferente. Así, no se movilizaba a los panaderos, porque todo el mundo necesitaba pan. Eliminando puestos no esenciales, haciendo trabajar horas extraordinarias a los que no eran necesarios en las fuerzas armadas y empleando a estudiantes, pensionistas y amas de casa voluntarias, algunas fábricas incluso produjeron más que nunca. En realidad, se decía, se podía haber logrado una mayor productividad aún si la industria hubiera sido capaz de mantener el aflujo de materias primas y productos. Pero la industria israelí tropezaba con el inconveniente de una aguda escasez de transporte por carretera, porque muchos vehículos habían sido requisados por el ejército. Las exportaciones de potasa, que dependían para su envío de pesados camiones que circulaban desde el mar Muerto al puerto de Ashod, tuvieron que ser suspendidas, y el transporte de frutos cítricos se vio seriamente perturbado. Muchos directores de fábricas no podían conseguir materiales almacenados a escasa distancia de sus fábricas, o trasladar los productos que se apilaban en sus depósitos. Las importaciones y las materias primas que llegaban a puertos de Israel durante la guerra eran descargadas en cantidades substanciales, pero el proceso se hizo más lento al prolongarse el conflicto. Los tinglados portuarios aparecían atestados y los buques esperaban en los puertos, porque el aflujo de mercancías quedaba bloqueado por la falta de transporte.

Los cambios en la demanda trajeron también ciertas dislocaciones. Por ejemplo, las ventas de jabón de tocador —adquirido para regalos por los soldados— se dispararon. Algunos artículos alimenticios, como los huevos, no tardaron en escasear, porque las granjas tenían que ser desatendidas en un momento en que grandes cantidades de sus productos eran adquiridas por el ejército.

Resultaba curioso que la guerra llegara cuando la economía israelí, que había venido floreciendo desde 1967, comenzara a mostrar signos de tropiezo en las laderas de la inflación. Además,



SAM capturados camino de Israel.

muchos economistas pensaban que la moneda iba a ser devaluada. Las reservas de divisas se hallaban a un nivel récord de 1.500 millones de dólares, pero el costo de la contienda significaría claramente una mayor inflación, y los israelíes podían pensar en un largo período de austeridad futura mientras volvían a poner en forma su economía. El deterioro de las relaciones comerciales hacía más sombrías aún las perspectivas. A causa de la guerra, muchos de los estados africanos cortaron sus lazos diplomáticos con Israel, y muchos también de los israelíes llegaron a pensar que el único amigo que tenían en el mundo era Norteamérica. (Que el presidente Nixon se hubiera puesto de su lado únicamente para distraer la atención del asunto Watergate era un cínico punto de vista expresado frecuentemente en Jerusalén y Tel Aviv, no obstante).

En el frente político, pronto se hizo obvio que se producirían grandes diferencias en ese terreno acerca de cómo se vio cogido Israel cuando estalló la guerra. Muchos israelíes veían el ataque del Yom Kippur como el Pearl Harbour de Israel, y buscaban una víctima propiciatoria. Moshe Dayan, cuyo parche de pirata se había convertido en símbolo de un estilo de mando militar había perdido parte de su atractivo. La contienda había descubierto una injustificada presunción por parte del estamento militar israelí, y se culpaba de ello a Dayan. Era éste, según sus críticos, el que había permitido que una de las mejores maquinarias bélicas del mundo degenerara hasta el punto de que casi se enfrentaba a una derrota a manos de un enemigo que, militarmente, había sido durante años inferior. Dayan, decían, tenía toda la autoridad y el poder; cuando las cosas habían ido mal, debía aceptar la responsabilidad.

Resultaba inevitable que Arik Sharon estuviera en el centro de la tormenta. Al igual que Dayan, se había ganado una reputación donde la debe conquistar un general: en el campo de batalla. Pero la estrella de Sharon ascendía, mientras que parecía disminuir la popularidad de Dayan. Todos los israelíes sospechaban que algo había ido rematadamente mal al principio de la guerra, y querían saber cómo había ocurrido. Los acontecimientos de la contienda constituían el único tema de conversación en Israel, y la discusión se encarnizaba.

Las elecciones israelíes, que debían celebrarse en octubre, se aplazaron hasta después de la guerra, y hubo una moratoria sobre la actividad política durante la lucha. Mas las repercusiones que se habían provocado no se podían restringir mucho tiempo y, aunque se esperaba que la señor Meir y sus colegas volverían al poder después de los comicios, se consideraba que sería por una muy escasa mayoría. La contienda había generado un profundo desplazamiento de la opinión pública y, aunque el final del conflicto trajo una gran sensación de alivio, no hubo júbilo. El Estado de Israel había sido salvado de nuevo. Pero muchos se preguntaban hasta cuándo habría que reñir sangrientas guerras para que tal hecho continuara. Antes del Yom Kippur de 1973, menos de la mitad de la población israelí (el trienta por ciento, según una encuesta de opinión pública) favorecía la retención indefinida de los territorios conquistados en la Guerra de los Seis Días. Seis semanas después, virtualmente todos los israelíes opinaban que sólo las zonas de dispersión ocupadas impedían que los árabes irrumpieran en el corazón de Israel. Y no tenían dudas acerca de lo que habría sucedido si sirios y egipcios se hubiesen movido con mayor rapidez. Se ha escrito mucho en relación con los limitados objetivos del presidente Sadat; pocos israelíes abrigan dudas de que el objeto de la campaña —cuyas fuerzas incluían aviación argelina, infantería marroquí, carros iraquíes, Mirages libios e incluso soldados tunecinos (así como ugandeses de Idi Amin)— era la conquista de Israel.

Cuando terminó la guerra, los israelíes pudieron reflexionar acerca de su victoria. Aparte de algunos centenares de kilómetros cuadrados de territorio que no necesitaban, habían conseguido poco de valor en los Altos de Golan y en la orilla occidental del canal. Otra guerra que les había costado mucho en sangre y en dinero había traído otra victoria que no garantizaba la paz. La cuestión consistía en saber cuánto tiempo podía soportar Israel la matanza de sus jóvenes y todo lo que ello significaba para su sociedad y su economía. Porque las guerras se han desencadenado con una regularidad demasiado frecuente, y lo que ha salido es otra Atenas y un ejército de ciudadanos. Para los israelíes, el Yom Kippur en el canal de Suez fue su batalla de las Termópilas.

Contando el costo





Blindados perdidos por los israelíes.



Los israelíes ven la Guerra del Yom Kippur como la cuarta fase de un conflicto de seis años que comenzó en 1967. La primera fase, la campaña relámpago de la Guerra de los Seis Días, fue seguida por la fase segunda, la «Guerra de Desgaste», cuyo pausado ritmo hizo de ella más una molestia que una prueba decisiva. La fase tercera tuvo el carácter de una guerra terrorista, la primera etapa que precedió al empleo del petróleo como arma para castigar a Israel en el extranjero; por último, las batallas de la Guerra del Yom Kippur.

En términos de duración, se puede comparar este conflicto de seis años con la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). En números totales de carros, aviones y proyectiles dirigidos, la comparación es también semejante. Sin embargo, como indicativo de las batallas de la Guerra del Yom Kippur es útil establecer un paralelismo con lo que ha venido a considerarse como una de las mayores acciones de carros en el desierto: El Alamein, octubre de 1943. Esta batalla y las del Golan y el Sinaí fueron todas de im-



portancia vital; todas se riñeron en terreno virtualmente no ocupado por no beligerantes, y todas se desarrollaron en el extremo Sudeste del Mediterráneo. Pero ahí termina la semejanza. Y, antes de volver a las estadísticas, merece la pena recordar que El Alamein fue una acción reñida por ejércitos relativamente secundarios de dos grandes potencias industriales, operando ambos en territorio extranjero y sin recibir refuerzos del exterior. Como contraste, los adversarios en la Guerra del Yom Kippur eran los ejércitos principales de potencias secundarias —respaldados ambos por extraordinarias riquezas y abundantemente reabastecidos de los arsenales de dos superpotencias industriales— en su propio territorio, críticamente próximo a los núcleos centrales de los dos bandos.

En El Alamein, los alemanes combatieron con tres tipos de carros; los británicos, con cinco. Los más grandes de las ocho especies eran los Grant y Sherman, de treinta toneladas y armados con cañones de 75 milímetros. En los Altos del Golan y en el Sinaí, los T-54 y T-55, de fabricación soviética, pesaban cuarenta toneladas y montaban piezas de 100 milímetros, mientras los T-62 disponían del nuevo y aún más potente cañón de 115 milímetros. Los sionistas lucharon principalmente con el Centurion de cincuenta toneladas, y sus propias versiones mejoradas del M-48, de 49 toneladas, y del M-60, de 51 toneladas, armados todos ellos con la pieza de 105 milímetros, de diseño británico. Todos los carros de ambos bandos estaban equipados con un complejo equipo de telemetría y estabilización, mecanismos que los carristas de El Alamein no podían ni soñar. Es difícil fijar un precio en estas materias, pero se calcula que el coste de un carro de combate moderno de semejante clase es de unos cien mil dólares, es decir, cinco millones para un regimiento de cincuenta carros, lo que supone tres o cuatro veces el valor de un regimiento acorazado de la Segunda Guerra Mundial.

Uno de los 449 aviones que perdieron los árabes.



Soldados egipcios examinan un helicóptero israelí derribado.

El general alemán Erwin Rommel desplegó en El Alamein seiscientos carros contra 1.350 británicos, siendo la ventaja numérica de éstos superior a dos a uno. En el curso de la batalla los alemanes perdieron 450 carros, mientras las bajas de las fuerzas del Reino Unido fueron de 350 averiados y de 150 totalmente destruidos; en total, por tanto, se perdieron unos seiscientos carros. El número de carros de combate que, treinta años después, participaron en las acciones de los Altos del Golan y el Sinaí fue de más de tres veces superior al de los que intervinieron en la batalla de El Alamein. En cifras aproximadas, Israel desplegó unos 1.500 blindados; Egipto, 1.500, y Siria, 1.300. Como consecuencia, podía esperarse que fueran mayores las pérdidas sufridas en la Guerra del Yom Kippur. De hecho, el total de 1.694 carros destruidos o perdidos —420 israelíes y 1.274 árabes— es inferior a lo previsto, sobre todo si consideramos el mayor poder de destrucción del carro moderno en comparación con su equivalente de tres décadas atrás. No obstante esto, las pérdidas de carros en los diecinueve días de la Guerra del Yom Kippur fueron aproximadamente el doble de las de El Alamein.

Es ahora posible establecer una doble comparación de tales cifras. Si se tiene en cuenta que un carro de unas cuarenta o cincuenta toneladas con un cañón de 105 milímetros estabilizado y controlado por ordenador cuesta por lo menos tres veces más que un blindado de veinte a treinta toneladas, dotado de una pieza de 50 ó 75 milímetros sólo parcialmente estabilizada —y que el promedio de pérdidas de carros en 1973 es de unas tres veces el de 1943—, el impacto de las bajas de blindados durante la Guerra del Yom Kippur es, en términos fijos, seis veces mayor que el de El Alamein.

Las acciones aéreas fueron de proporciones similares a las de las batallas de carros, si bien resulta menos fácil demostrar esto por comparación directa. En 1943, los principales aviones de ata-



Prisioneros de guerra israelíes.

que eran Beaufighter y Beaufort, Blenheim y Baltimore, Boston y Bombay, ninguno de los cuales podía volar a mucho más de 560 kilómetros por hora, y ninguno disponía de nada que se aproximara al espectacular armamento de los aviones de guerra modernos. En la Guerra del Yom Kippur, aviones de reconocimiento fotográfico volaron sobre las zonas de combate a velocidades de 3 Mach y alturas de veinticuatro mil metros. Los cazas Mig-21 y Mirage III lo hacían a 2 Mach, y el polivalente F-4E Phantom, con cinco toneladas de armamento diverso, volaba a 1 Mach a nivel del terreno. Tales aviones cuestan entre trescientos mil y tres millones de dólares por unidad y, con su sofisticado arsenal y su complejo equipo auxiliar, equivalen probablemente a unas diez veces el poder destructivo de sus iguales de 1943, y a por lo menos cinco veces en costo.

Se señala que las pérdidas de estos costosos aviones han sido: árabes, 449; israelíes, 106, es decir, un total de 555.

Prisioneros de guerra árabes.

Traducidas a términos monetarios, esto supone unos 1.500 millones de dólares, pero a esta cifra se debe añadir el gasto de proyectiles dirigidos —en tierra y en el aire— (se calcula que fueron destruidos unos 130 ingenios SAM-2, SAM-3 y SAM-6, y el coste de una instalación de proyectiles se sitúa en unos veinte millones de dólares).

Finalmente, hay que considerar un tremento tributo en vidas humanas. En El Alamein, las bajas británicas ascendieron a 13.500; los alemanes tuvieron veinte mil muertos y treinta mil heridos. En la Guerra del Yom Kippur, se estima que sirios y egipcios han sufrido un total de quince mil, incluidos cinco mil muertos; se dice que los israelíes tuvieron 2.523 muertos. (Otros 508 israelíes, incluidos 182 a los que se cree también fallecidos, se dan por desaparecidos. Los 215 cuya suerte es incierta incluyen 102 que, al parecer, fueron hechos prisioneros en el frente sirio).

Un último dato se puede relacionar con los anteriores: el costo de reempla-



zar el equipo perdido por los árabes ha sido fijado en dos mil millones de dólares, y el de los israelíes —incluido en el más reciente equipo electrónico por ellos solicitado— a más de tres mil millones. Por tanto, sin tener en cuenta las pérdidas en material humano, se puede decir que el costo total de diecinueve días de lucha excede de los cinco mil millones de dólares.

Mas tales sombrías estadísticas de lo que probablemente se registrará como la guerra más costosa de la historia moderna sólo cuenta la mitad de la historia. No hay medio de calcular el efecto humano de la contienda: la angustia y el pesar, junto con la muerte, la incapacidad, la desfiguración y los cuerpos mutilados y castigados. Las modernas técnicas médicas han hecho mucho para aliviar el dolor, y las probabilidades de supervivencia de un herido son mayores que nunca. El *shock*, la gangrena y la pérdida de sangre son aún mortíferos, mas la velocidad y eficacia con que se trata a los caídos en el campo de batalla es el logro progresivo y humano más destacado de nuestro tiempo.

Sólo un mínimo número de combatientes israelíes fueron hospitalizados a causa de «ansiedad profunda», más conocida en la Primera Guerra Mundial como «*shock* de explosión» o, en la Segunda, «fatiga de combate». Con mucho, el mayor número de heridas se debieron a la metralla: fragmentos de granadas, bombas y proyectiles dirigidos. Las quemaduras —causa número dos y, a menudo, la más dolorosa y letal— se produjeron especialmente en soldados literalmente «cocidos» en carros u otros vehículos. Las balas de fusil y de ametralladora causaron al parecer menos daño de lo que podía esperarse a juzgar por las municiones gastadas en las zonas de lucha. Las heridas de arma blanca fueron tan escasas que bien se las puede considerar como irrelevantes. Parece que ni los árabes ni los israelíes creen que el frío acero es el árbitro final. Por otra parte, los israelíes a menudo utilizaban una fría técnica de mandar explanadoras por delante de sus carros. Cada una de tales máquinas contaba con tres conductores y, cuando uno caía, otro ocupaba su lugar inmediatamente. Las perspectivas de vida de estos hombres frecuentemente podían medirse en minutos.

Un soldado egipcio al lado de un israelí caído en la lucha.

La guerra tuvo incontables costos ocultos. Millares de libaneses abandonaron sus hogares cuando los sionistas bombardearon y cañonearon las localidades del Sur del Líbano donde se refugiaban comandos palestinos. Y los sitiados habitantes de lugares tales como Port Said e Ismailía, que habían decidido permanecer en la zona del canal durante la Guerra de Desgaste, tuvieron también que escapar para salvar sus vidas. En Siria, los ataques aéreos israelíes contra Latakia y Homs convirtieron estas importantes ciudades industriales en lo que un sirio calificó de «Hanois árabes». Por su parte, los judíos tuvieron más suerte: la guerra exigió un elevado tributo económico, pero sus principales urbes sufrieron escasos daños.

En el lado positivo, los israelíes fueron arrancados de la complacencia que les inundó después de la Guerra de los Seis Días. Muchos señalaban que una de las razones del ataque árabe fue la de que Israel se estaba volviendo blando, preocupándose demasiado del Volvo a la puerta de la nueva casa y de los nuevos muebles del cuarto de estar. Ellos afirmaban que los árabes sabían esto y eligieron el mejor momento para el asalto. También, naturalmente, subestimaron la capacidad combativa de los árabes, como lo hicieron después del desastre de 1967. Así, bastante irónicamente, el fracaso de los israelíes en ganar la Guerra del Yom Kippur del modo convincente de la de 1967 puede, en realidad, haber hecho más fácil para ellos alcanzar la meta que no pudieron conseguir tras su victoria en seis días. Durante algún tiempo por venir, probablemente se sentirán sitiados, mas también hallarán quizá más sencillo hablar con sus oponentes, y éstos con ellos. Si las superpotencias logran acercarlos, hay por lo menos perspectivas de paz duradera.

HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

BATALLAS Rojo

Pearl Harbour, por A. J. Barker.
La Batalla de Inglaterra, por E. Bishop.
Kursk. Encuentro de fuerzas acorazadas, por G. Jukes.
Golfo de Leyte. Una armada en el Pacífico, por D. Macyntire.
Midway. El punto de partida, por A. J. Barker.
Día-D. Comienza la invasión, por R. W. Thompson.
Tarawa. Ha nacido una leyenda, por H. Shaw.
La Defensa de Moscú, por G. Jukes.
Batalla de la Bolsa del Ruhr, por Ch. Whiting.
El Sitio de Leningrado, por A. Wykes.
La Batalla de Berlín. Final del Tercer Reich, por E. Ziemke.
Salerno. Un pie en Europa, por D. Mason.
Beda Fomm. La victoria clásica, por K. Macksey.
Dien Bien Phu, por J. Keegan.
Iwo Jima, por M. Russell.

ARMAS Azul

Armas Secretas Alemanas. Prólogo a la Astronáutica, por B. Ford.
Gestapo SS, por R. Manvell.
Comando, por P. Young.
Luftwaffe, por A. Price.
Lanchas Rápidas. Los bucaneros, por B. Cooper.
Armas Suicidas, por A. J. Barker.
La Flota de Alta Mar de Hitler, por R. Humble.
Armas Secretas Aliadas, por B. Ford.
Paracaidistas en Acción, por Ch. Macdonald.
T-34 Blindado Ruso, por D. Orgill.
ME-109. Un caza incomparable, por M. Caidin.
La Legión Cóndor. España 1936-39, por P. Elstob.
La Flota de Alta Mar Japonesa, por R. Humble.
El Caza Cohete, por W. Green.
Waffen SS. Los soldados del asfalto, por J. Keegan.
División Panzer. El puño acorazado, por K. Macksey.
El Alto Estado Mayor Alemán, por Barry Leach.
Armas de Infantería, por J. Weeks.
Los Tigres Voladores. Chennault en China, por R. Heiferman.
Cero. Un caza famoso, por M. Caidin.
Los Cañones 1939-45, por I. V. Hogg.
Granadas y Morteros, por I. V. Hogg.
El Jeep, por F. Denfeld y Fry.

CAMPAÑAS Verde

Afrika Korps, por K. Macksey.
Bombardeo de Europa, por N. Frankland.
Incursiones. Fuerzas de choque del desierto, por A. Swinson.
Barbarroja. Invasión de Rusia, por J. Keegan.
Operación Torch. Invasión angloamericana de Africa del Norte, por V. Jones.
La Guerra de los Seis Días, por A. J. Barker.
Tobruk. El asedio, por J. W. Stock.
La Guerra del Yom Kippur. Enfrentamiento árabe-israelí, por A. J. Barker.

PERSONAJES Morado

Patton, por Ch. Withing.
Otto Skorzeny, por Ch. Withing.
Hitler, por A. Wykes.
Tito, por P. Auty.
Mussolini, por C. Hibbert.
Zhukov. Mariscal de la Unión Soviética, por O. Preston Chaney Jr.
Rommel, por Sibley y Fry.

POLITICOS Negro

Conspiración contra Hitler, por R. Manvell.
La Noche de los Cuchillos Largos, por N. Tolstoy.

SAN MARTIN
HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

campañas libro nº 8

Durante la media docena de años que siguieron a la guerra de 1967 se desarrolló una precaria situación de punto muerto. Israel retuvo inflexiblemente sus conquistas, mientras los árabes rehusaban negociar y aumentaba la actividad guerrillera. En tanto no se llegó al punto de ebullición, hubo escasa preocupación real en Occidente. Pero la Unión Soviética estaba mandando complejas armas a millares, acompañadas por expertos técnicos. E, inevitablemente, la caldera hirvió y rebosó.

